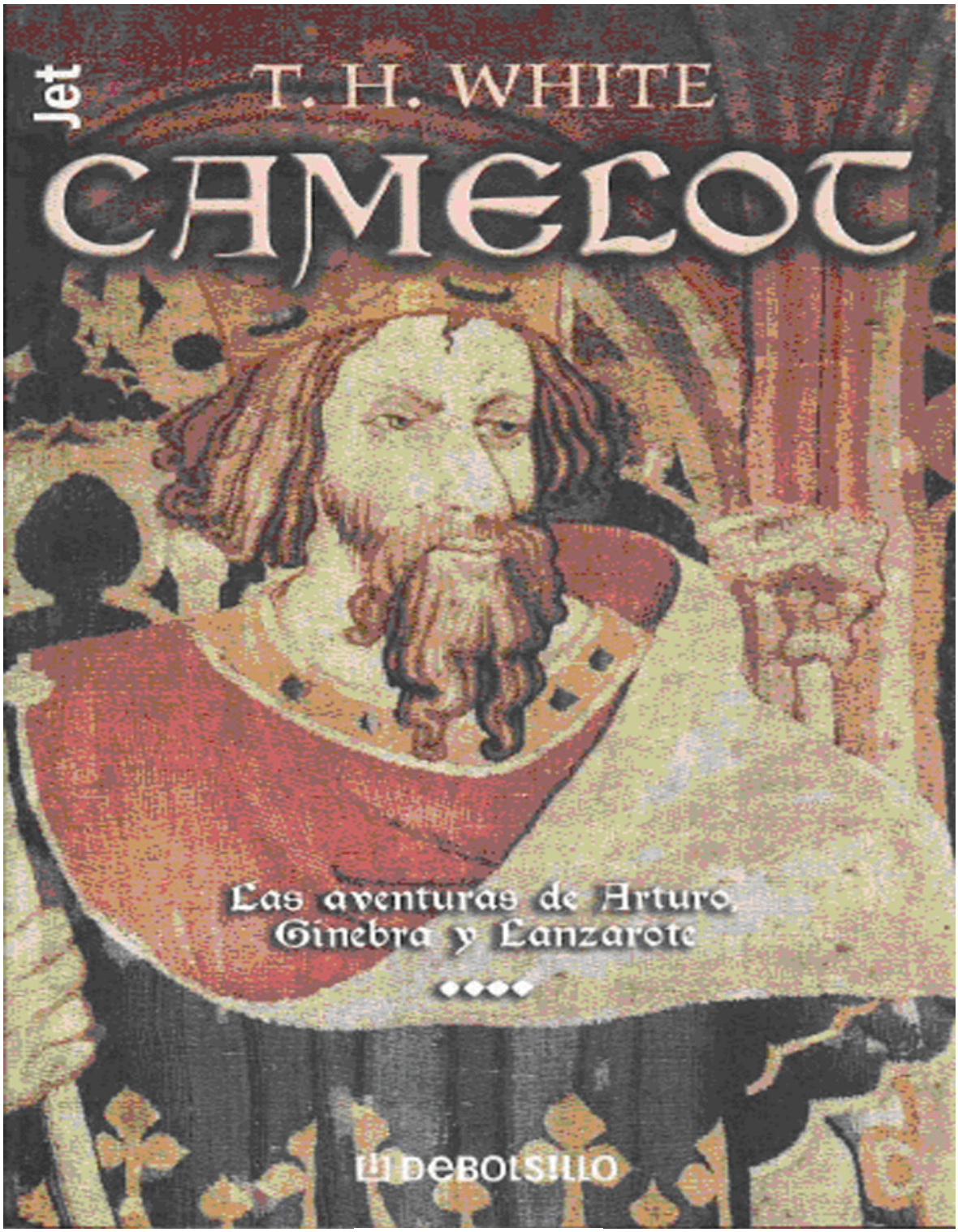
Camelot, IV. Una Vela al Viento
Terence H. White



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

INCIPIT LIBERT QUARTUS

UNA VELA Al VIENTO

Reflexionó un poco y dijo:
«He descubierto que los Jardines Zoológicos
Son benéficos para muchos de mis pacientes.
Recetaré a Mr. Pontifex un curso de grandes mamíferos,
Mas no le hagáis creer que debe tomarlos como medicina...»



l correr de los años no había tratado bien a Agravaine. Ya en los días en que contaba cuarenta, parecía tener los cincuenta y cinco años que tenía ahora. Rara vez estaba sobrio.

Mordred, frío exponente humano, daba la sensación de no tener edad. Sus años, como la gélida profundidad de sus ojos azules y las inflexiones de su voz bien modulada, resultaban neutros. Los dos hombres se encontraban en la galería del palacio de los Orkney, en Camelot, observando los halcones que tomaban el sol sobre los postes del verde patio. Ea galería presentaba las llamativas arcadas que estaban de moda entonces. Los halcones se mantenían erguidos con noble indiferencia. Eran un halcón peregrino, un cernícalo, un gavilán y cuatro pequeños azores que habían sobrevivido al invierno. Las aves estaban muy limpias, pues los deportistas de aquellos días consideraban que si había que dedicarse a un deporte sangriento, era un deber ocultar su carácter salvaje con todo el escrúpulo que se pudiera. Los arreos de los halcones eran de cuero español pintado de rojo y con filetes de oro. El halcón peregrino tenía una traílla de color blanco y había sido traído desde Islandia.

-Por Dios, vámonos de aquí -dijo Mordred, desabridamente-. Este lugar apesta.

Cuando habló, los halcones se estremecieron un poco y las campanillas que llevaban colgando emitieron un leve tintineo. Dichas campanillas habían sido traídas de las Indias, sin reparar en gastos, y el par de ellas que usaba el halcón peregrino eran de plata. Un enorme buharro que usaban a veces como señuelo, pero que en ese momento se hallaba sobre una percha a la sombra de la galería, abrió los ojos cuando oyó el sonido de las campanillas. Antes de alzar la cabeza parecía una gorda lechuza, un montón desaliñado de plumas. Pero en el momento en que se abrieron sus párpados se convirtió en el personaje de Edgar Allan Poe. No resultaba grato mirar a aquella ave. Sus ojos eran rojos, homicidas, aterradores, y parecían despedir chispas. Eran como rubíes cargados de llamas. Al ave le llamaban Gran Duque.

-Yo no huelo nada -repuso Agravaine, y olfateó atentamente tratando de comprobar si era cierto. Pero ya no tenía olfato ni gusto; sólo le quedaba un fuerte dolor de cabeza.

-Insisto en que esto apesta. Será mejor que nos vayamos al jardín -manifestó Mordred.

Agravaine volvió tenazmente al tema que estaban tratando, Y dijo:

-No vale la pena armar tanto alboroto sobre ese asunto. Nosotros conocemos las ventajas y los inconvenientes, pero no los sabe nadie más. Nadie nos escuchará.

-Sí, deben hacerlo.

Unas motas diminutas que tenía Mordred en el iris de los ojos refulgieron con luz de color turquesa, tan vívidamente como las de una lechuza. En lugar de ser un fatuo individuo con un hombro lisiado y vestido con caros ropajes, Mordred se había convertido en una Causa, en todo lo que Arturo no era: un enemigo irreconciliable de los ingleses. Transformóse en la invencible Gael, la espada de las razas desesperadas, más antiguas que la de Arturo y también más sutiles. Ahora se hallaba inflamado de ardor por su Causa. La justicia de Arturo le parecía burguesa y ridícula. Los antepasados maternos se reflejaban en su semblante cuando hablaba desdeñosamente de Arturo, unos antepasados cuya cultura, como la de Mordred, había sido matriarcal; gentes que fueron expulsadas de sus tierras, que montaban a pelo, que combatían con estratagemas y que adornaron sus tétricos baluartes con las cabezas de sus enemigos; tipos de largos pelos, que según nos cuenta un antiguo escritor, «atacaban feroces con la espada en la mano contra ríos desbordados y océanos rugientes». Era la raza -ahora representada por el Ejército Republicano Irlandés, más que por los Nacionalistas Escoceses- que había perseguido siempre a los terratenientes, culpándolos de asesinos; los que eran capaces de hacer un héroe nacional de un hombre como Lynchahaun, porque arrancó de un mordisco la nariz de una mujer, siendo ella una gaélica; la raza que fuera expulsada por el ímpetu de la historia hasta los rincones más alejados del globo, donde con un venenoso sentido de la aflicción y la inferioridad, hasta en nuestros días proclaman su antigua megalomanía. Era la raza cuyo bárbaro, astuto y valiente desafío fuera sojuzgado, muchos siglos antes, por el pueblo de extranjeros que Arturo representaba. Esa era una de las barreras que se alzaban entre Arturo, el padre, y Mordred, su hijo.

-Mordred, quiero hablarte -dijo Agravaine-. Siéntate ahí y yo lo haré aquí. Nadie puede oírnos.

-Poco me importa que nos escuchen. Eso es lo que necesitamos, proclamarlo en voz alta, no susurrarlo debajo de una galería.

-Nuestros susurros llegarán, de todas formas, al final.

-No, no será así. El no querrá escuchar, mientras murmuremos. Podrá decir que no ha oído. No se puede ser rey de Inglaterra tantos años, sin haber aprendido a emplear la hipocresía.

Agravaine sentíase incómodo. Su odio por el rey no era algo tangible, como el de Mordred. A decir verdad, no sentía odio personal contra nadie, con excepción de Lanzarote. Su actitud era menos maliciosa.

-No creo que suponga ventaja alguna quejarse de lo que ha ocurrido en el pasado -dijo Agravaine, sombríamente-. No podemos esperar que otras gentes se unan a nosotros cuando todo es tan complicado y ocurrió hace tanto tiempo.

-Pudo suceder hace mucho tiempo, y sin embargo, Arturo sigue siendo mi padre, y me quiso ahogar cuando era pequeño.

-Para ti quizá eso signifique mucho, pero no para otras personas. Es un embrollo tan grande que nadie se ocupa de ello. No puedes pedir a la gente corriente que se acuerden de sus bisabuelos, de hermanastras y de cosas semejantes. Lo cierto es que las personas no van hoy a la guerra por rencillas particulares. Para ello se precisa una ofensa nacional, algo relacionado con la política que esté esperando para estallar. Necesitan emplearse los métodos que se encuentren a mano. Precisamos una bandera, sí, y un distintivo; pero emplear una disputa personal contra el rey, no tendría objeto. Además, te llevaría más de media hora explicarlo, y puede que no te entendieran.

-Podría decir que mi madre era hermana de él, y que por eso trató de ahogarme.

-Bien, si así lo deseas... -dijo Agravaine.

Antes de que se despertase el gran buharro, los dos hombres habían estado hablando de las antiguas desgracias de la familia; de la abuela, Igraine, que fuera violada por el padre de Arturo; de la prolongada disputa entre gaélicos y normandos. Eran ésas las desgracias que Agravaine, con su temperamento más sereno, reconocía como demasiado antiguas para que sirvieran de instrumento contra el rey. Ahora llegaban a la más reciente ofensa, el pecado de Arturo con su media hermana, que había terminado con la tentativa de dar muerte al bastardo que de ese amor naciera. Esta podía ser ciertamente un arma más fuerte, pero lo malo del caso es que el propio Mordred era ese hijo. El hermano mayor le dijo, haciendo gala de mayor astucia, que un hijo nunca puede alzar su ilegitimidad como bandera para derrocar a su padre. Por otra parte, el asunto fue callado largo tiempo antes por Arturo, y no parecía oportuno que el mismo Mordred lo resucitase ahora.

Permanecieron sentados en silencio, mirando al suelo. Agravaine sentíase bastante mal y tenía bolsas debajo de los ojos. Mordred seguía tan delgado como siempre, pero componía una figura esbelta y elegante. Lo complicado de su atavío era un buen disfraz para él, ya que debajo de las ropas apenas se notaba su deformidad.

Mordred miró amargamente a su hermanastro. Parecía estar diciéndole: «Mira mi deformidad; no tengo motivo alguno para estar orgulloso de mi nacimiento.»

Agravaine se puso en pie lleno de impaciencia.

-Necesito tomar una copa -manifestó y dio unas palmadas para llamar a un paje. Luego se pasó los temblorosos dedos por los párpados, y se volvió cansadamente, mirando con disgusto al buharro. Mientras esperaban que trajesen la bebida, Mordred le miró desdeñosamente.

-Si resucitas la vieja querella -dijo Agravaine, reanimado por el hipocrás-, puedes salir mucho más perjudicado. Recuerda que no estamos en Lothian, sino en la Inglaterra de Arturo, y que sus ingleses le quieren.

Posiblemente se negarán a creerte, o si te creen te culparán a ti, y no a él, por haber sido el que desenterró el asunto. Lo cierto es que no habría un solo hombre que apoyara una rebelión de esa clase.

Mordred le miró. Al igual que al buharro le estaba odiando y le condenaba por cobarde. No podía soportar que le disuadieran de sus sueños de venganza, y por ello volcaba su amargura sobre Agravaine, diciendo para sus adentros que éste era un borracho y un traidor a la familia.

Agravaine notó todo eso, y consolado ya por la media botella, rióse de Mordred en su cara. Luego le dio unas palmaditas en el hombro bueno, y le obligó a que se tomara una copa.

-Vamos, bebe -declaró entre risas, y Mordred lo hizo como un crío que traga una medicina.

-¿Has oído hablar de un poderoso santo al que llaman Lanzarote? -agregó Agravaine, con voz pastosa, y guiñó uno de sus fofos párpados significativamente.

-Sí, ¿y qué?

-Imagino que conocerás a nuestro *preux chevalier.*

-Claro que conozco a Lanzarote.

-Creo que no me equivoco si digo que ese puro caballero nos ha desmontado a ti y a mí en una o dos ocasiones, ¿no es verdad?

-Hace ya tanto tiempo que Lanzarote me tiró del caballo, que casi no lo recuerdo. Pero eso no quiere decir nada. El que otro hombre le desmonte a uno con una lanza no significa que valga más que uno.

Resultaba extraño que ahora que Lanzarote entraba en la conversación, la vehemencia de Mordred se hubiera transformado en indiferencia. Agravaine, en cambio, era el que se mostraba comunicativo.

-Justamente -contestó Agravaine-. Y el hecho es que nuestro noble caballero ha sido el amante de la reina de Inglaterra durante todo este tiempo.

-Sí, todos saben que Ginebra es la querida de Lanzarote desde antes del Diluvio; pero, ¿qué tiene eso de particular? El mismo rey está enterado. Tres veces se lo han dicho, que yo sepa. No veo que eso sirva de nada.

Agravaine se colocó un dedo a un lado de la nariz, como un gaitero borracho, y luego movió la cabeza con desdén.

-Se lo han dicho, pero con rodeos -dijo-. La gente le ha hecho insinuaciones, pero nadie se lo ha declarado abiertamente, cara a cara. Meliagrance sólo hizo una acusación general, y hasta eso ocurrió en los días en que creíamos en las ordalías. Piensa lo que podría ocurrir ahora si denunciamos a Lanzarote formalmente bajo estas nuevas leyes. Eso obligaría al rey a iniciar una investigación.

Los ojos de Mordred se abrieron apreciablemente, como los del buharro.

-¿Y entonces? -dijo.

-Entonces se produciría una escisión. Arturo depende de Lanzarote, que es comandante de sus tropas. En eso se basa su poder, porque todos saben que nadie se resiste a la fuerza bruta. Pero si logramos crear un abismo entre Arturo y Lanzarote a causa de la reina, la unidad se vendrá

abajo. Entonces será el momento de apelar a la política, a los descontentadizos, que nunca faltan. Entonces podremos llevar a cabo nuestra venganza.

-Y puede que no sea necesario porque se habrán destrozado entre sí - dijo Mordred.

-Pero puede significar más que eso.

-Puede significar que los Cornwall quedarán vengados, ellos por su abuelo, y yo por mi madre...

-... Sin emplear procedimientos de fuerza, sino tan sólo la cabeza.

-Eso quiere decir que podré vengarme como se merece del hombre que trató de ahogarme de pequeño...

-Y si tenemos un poco de cuidado, destruiremos al famoso ...

-... ¡Sir Lanzarote!

Lo cierto era que el padre de Arturo había dado muerte al conde de Cornwall. Le mató porque quería adueñarse de su mujer. En la noche de la muerte del conde, Arturo fue concebido por la infortunada condesa. Habiendo nacido demasiado pronto -pues aún perduraba el luto y otras formalidades-, fue enviado en secreto al castillo de sir Héctor, en el Bosque Salvaje, para que el caballero le criase.

Creció ignorando quién era su padre, hasta que a los diecinueve años fue seducido por Morgause, sin saber tampoco que ella era una de sus medias hermanas. Esta, que ya era madre de Gawain, Agravaine, Gaheris y Gareth, doblaba en edad al joven rey. El resultado de aquella aventura fue Mordred, que creció junto a su madre en el bárbaro y remoto ambiente de las Islas. Creció él solo con ella porque era mucho más joven que los demás hermanos.

Los otros ya se habían marchado a la Corte llevados por la ambición, pues se trataba de la mayor corte del mundo, y también porque deseaban escapar de su madre. Mordred quedó al lado de ella, quien le transmitió su antiguo odio por el rey. Pues aunque logró seducir al joven Arturo, éste pudo librarse de la influencia de Morgause y se casó con Ginebra. Llena de resentimiento, la reina del norte concentró sus maternales cuidados en el pequeño lisiado. En unas ocasiones le quería y en otras le olvidaba, como una insaciable carnívora que vivía del cariño de sus perros, sus hijos y sus amantes.

Por fin uno de los hijos que habían ido a Inglaterra le cortó la cabeza en un acceso de celos y odio, al descubrirla en la cama a la edad de setenta años con un joven llamado sir Lamorak. Mordred, confundido entre los amores y los odios de su terrible hogar, fue uno de los que influyó en el asesinato de su madre. Ahora, en la corte del padre, el desdichado Mordred se vio reconocido como hermano de Gawain, Agravaine, Gaheris y Gareth, y tratado con afecto por su rey y padre, al que Morgause le había enseñado a odiar con todo su corazón. Lleno de resentimiento, se vio como el heredero de una cultura que había sido siempre antagónica a la embotada moral de las gentes del Sur.



CAPITULO II



El mismo paje que había traído el hipocrás a sir Agravaine, se presentó en la puerta de la galería. Inclinóse dos veces con la exagerada cortesía que se esperaba de los pajes antes de hacerse escuderos, en su camino hacia la Caballería, y anunció: -Sir Gawain, sir Gaheris, sir Gareth. Los tres caballeros entraron bulliciosamente, animados por el aire fresco y sus recientes actuaciones. Así pues, el clan quedaba completo. Todos ellos, menos Mordred, estaban casados y tenían a sus mujeres escondidas por alguna parte, pues nunca las vio nadie. Pocas veces se los veía separados largo tiempo, y cuando estaban juntos había algo infantil en su comportamiento, algo que resultaba grato, no desagradable. Quizá haya algo infantil en todos los paladines de la historia de Arturo, si es que ser simple es ser infantil.

Gawain, que era el jefe de la familia, avanzó el primero con un halcón joven sobre el puño. El robusto caballero tenía ahora algunos cabellos claros en la rojiza cabeza. En las sienes esos pelos eran amarillentos, y no tardarían en volverse blancos. Gaheris se parecía a él, al menos en mayor proporción que los demás; pero su aspecto era más suave. Se trataba de un hombre menos fornido, menos alto y obstinado. En realidad, era algo necio. Gareth, el más joven de los hermanos legítimos, había conservado sus rasgos juveniles, y andaba con pasos elásticos, como si gozara de la vida.

-Aja, conque ya bebiendo, ¿eh? -dijo Gawain con su voz ronca, al aparecer por la puerta.

Aún seguía conservando el acento escocés, como desafío a la lengua inglesa, pero al menos había dejado de pensar en gaélico. Su inglés mejoraba contra su voluntad. Se estaba haciendo viejo.

-Bien, Gawain, bien.

Agravaine, que sabía que sus tragos antes de la comida eran desaprobados por su hermano mayor, preguntó cortésmente:

-¿Has tenido un buen día?

-No ha sido malo.

-Ha sido espléndido -terció Gareth-. Gawain ha adiestrado un halcón hembra a la perfección. Se lanza sin vacilar un segundo, como si no hubiera hecho otra cosa que perseguir presas en toda su vida. Ahora describió un círculo en torno al Castillo Blanco, se dirigió hacia Gañís, y...

Gawain, que había notado que Mordred estaba bostezando exageradamente, dijo:

-Puedes ahorrarte la explicación.

-Fue un hermoso vuelo -agregó Gareth, ya con menos entusiasmo-. Como el ave ya ha conseguido su primera presa, hemos pensado en darle un nombre.

-¿Cómo vais a llamarla?

-Puesto que la trajeron de Lundy, que empieza con L, se nos ocurrió que podríamos ponerle Lanzarota, en recuerdo de Lanzarote, o algo por el estilo. Será un halcón hembra de primera clase.

Agravaine miró a Gareth con los párpados entrecerrados, y dijo lentamente:

-En tal caso podríais llamarla Ginebra. Gawain volvió del patio, donde había estado colocando al halcón peregrino sobre su poste.

-No digas necedades -repuso secamente.

-Lamento no haber acertado.

-Poco importa que aciertes o no. Lo que digo es que debes contener tu lengua.

-Gawain -dijo Mordred, mirando hacia arriba- es un caballero tan íntegro que no consiente que se hable mal de nadie. Ya lo veis, es fuerte y admira al gran Lanzarote.

El corpulento pelirrojo volvióse hacia Mordred con gesto lleno de dignidad, y repuso:

-Sí, soy bastante fuerte, hermano, aunque no me vanaglorio de ello. Lo único que trato es de que mis gentes se comporten decentemente.

-Según tú -manifestó Agravaine-, es decente dormir con la mujer del rey, y que la familia de éste haya destrozado a nuestra familia, y que el propio rey haya tenido un hijo de nuestra madre, y que luego haya intentado ahogarle.

Gaheris intervino en son de protesta:

-Arturo siempre fue bueno con nosotros. Deja ya de rebuznar de una vez.

-Ha sido bueno porque nos teme.

-No veo por qué va a temernos -declaró Gareth-, cuando tiene a Lanzarote a su lado. Todos sabemos que es el mejor caballero del mundo, y que puede vencer a cualquiera. ¿No es cierto, Gawain?

-Maldición, no quiero hablar más de eso.

De pronto Mordred irritóse ante el tono de Gawain, y exclamó iracundo:

-Si tú no quieres hablar, lo haré yo. Puede que yo no obtenga éxito en las justas, pero al menos tengo el valor de defender los derechos de mi familia, y no me comporto como un hipócrita. Todos saben en esta Corte que la reina y el comandante en jefe son amantes y, sin embargo, se nos tiene por caballeros puros, protectores de damas indefensas, sin que ninguno nos atrevamos a hablar de otra cosa que del Santo Grial. Agravaine y yo hemos decidido presentarnos ante Arturo, cuando esté reunida la Corte, y acusar a la reina y a Lanzarote en su cara.

-¡Mordred, no harás eso! -exclamó Gawain-. Sería una bajeza.

-Lo hará -dijo Agravaine-, y yo iré con él.

Gareth mostróse entre dolorido y asombrado.

-Parecen decididos -dijo.

Gawain se repuso en seguida y manifestó:

-Agravaine, soy el jefe de nuestro clan, y te prohibo que hagas lo que dices.

-¿Dices que me lo prohibes?

-Sí, eso he dicho.

-El honrado Gawain... -observó Mordred-. El intachable caballero...

Esta vez el corpulento pelirrojo se volvió hacia Mordred como si le hubieran pinchado.

-¡Basta ya! -exclamó-. Crees que no voy a pegarte porque eres un tullido, y por eso te aprovechas. Pero voy a darte un guantazo si sigues burlándote.

Mordred repuso fríamente, con una voz que parecía salirle de detrás de las orejas:

-Me sorprendes, Gawain -dijo-. Acabas de enunciar un pensamiento completo.

Entonces, como el gigantesco escocés se acercara a él, la misma voz agregó:

-Vamos, pégame. Así demostrarás tu valor.

-Basta ya, Mordred -rogó Gareth-. ¿No puedes dejar de molestar a la gente?

-Mordred no haría enfadar a nadie -intervino Agravaine-, si no pretendieran avasallarle.

Gawain estalló como uno de los nuevos cañones. Volvióse hacia Mordred y Agravaine igual que un toro atraído por la capa, y vociferó:

-¡El diablo me lleve! ¿Os calláis de una vez? ¿Es que nunca va a haber paz en esta familia? Más vale que olvides esa cháchara acerca de Lanzarote.

-No podemos olvidarlo -respondió Mordred, y poniéndose en pie agregó-: Bien, Agravaine, ¿vamos a ver al rey? ¿Viene algún otro?

Gawain se colocó delante de él.

-No irás, Mordred -dijo.

-¿Quién va a detenerme?

-Yo.

-Un valiente caballero -hizo notar Mordred, con voz helada, y luego trató de pasar.

Gawain alargó su gran mano cubierta de vello rojizo en el dorso de los dedos, y empujó a su hermanastro hacia atrás. En ese momento, Agrávame echó mano a la empuñadura de su espada y dijo:

-No te muevas, Gawain. Estoy armado.

Gareth exclamó:

-¡Dices que estás armado, maldito!

El más joven de los hermanos vio ahora al asesino de su madre, al que había matado al unicornio y a un niño en una despensa. Todo ello le hizo lanzar un grito.

-Sí, Gareth -repuso Agrávame, blanco como la cera-. Y por si lo dudas, voy a desenvainar.

Los hechos se precipitaron. Gawain, a la vista del acero, sufrió uno de sus ciegos arrebatos de ira. Dejó a Mordred, y mientras lanzaba un torrente de improperios extrajo el cuchillo de caza que era la única arma que llevaba encima, y avanzó hacia Agravaine. Este retrocedió defendiéndose de la furia de su hermano, mientras sostenía la espada con mano temblorosa.

-Sabes bien lo que dices, maldito carnicero -rugió Gawain-. No vacilas en desenvainar la espada para amenazar a tu hermano, aunque esté sin armas. ¡La tumba te maldiga! ¡Deja esa espada! ¿No basta con que hayas matado a nuestra madre? Deja esa espada o ataca con ella, Agravaine...

Mordred se deslizó por detrás del iracundo Gawain, con una mano en su daga. Un segundo después el brillo de la hoja rasgó la penumbra de la galería, y en ese mismo momento Gareth saltó cogiendo a Mordred por la muñeca.

-¡Suelta eso! -gritó Gareth-. Gawain, tranquilízate de una vez.

-¡Apártate, hermano! -repuso éste-. Yo me basto para amaestrar a este perro.

-Agrávame, suelta esa espada en seguida si no quieres que Gawain te mate. No seas necio. Y tú, Gawain, déjale ya, es capaz de cumplir su amenaza. ¡Gawain! ¡Agrávame!

Pero Agrávame había lanzado una débil estocada hacia el cabeza de familia, que Gawain rechazó desdeñosamente con su cuchillo. Luego, el pelirrojo se abalanzó contra su hermano y le cogió por la cintura. La espada cayó al suelo al retroceder Agravaine y precipitarse sobre la mesa del hipocrás, con Gawain encima de él. La daga de Agravaine alzóse venenosa para completar el trabajo, pero Gaheris retuvo a éste por la muñeca. Hubo como un cuadro de perfecta inmovilidad y silencio. Gareth retenía a Mordred. Agravaine aún tenía en alto el cuchillo, queriendo dar un golpe que Gaheris no le dejaba descargar.

En ese momento la puerta de la galería se abrió por segunda vez y un cortés paje anunció impasiblemente:

-¡Su majestad el rey!

Todos parecieron volver a la cordura. Soltaron lo que estaban aferrando y comenzaron a moverse. Agravaine sentóse jadeante; Gawain se separó de él, pasándose una mano por el rostro, mientras murmuraba:

-¡Ah, señor, si no fuera por estas enfermizas pasiones!

El rey apareció en el umbral.

Entró el sereno anciano que parecía más viejo de lo que era, si bien su edad era ya respetable. La real mirada se hizo cargo de la situación al momento. Entonces cruzó la galería y besó a Mordred suavemente, y sonrió a los demás.



CAPITULO III



anzarote y Ginebra se hallaban sentados ante la ventana del salón. Un observador de nuestros días que conozca la leyenda de Arturo por la obra de Tennyson y escritores semejantes, se hubiera asombrado al ver a los famosos amantes pasada ya su juventud. Nosotros, que hemos aprendido a fundamentar nuestra interpretación del amor en la convencional y adolescente relación entre Romeo y Julieta, nos maravillaríamos si pudiéramos retroceder hasta la Edad Media, cuando el poeta de la Caballería podía escribir acerca del Hombre, diciendo que tenía *«en ciel un dieu, par terre une déesse».*

Los amantes no salían entonces de las filas de los jóvenes y los adolescentes, sino que eran gente madura que sabía lo que hacía. En esos días las personas se amaban para toda la vida, sin acogerse a las ventajas de los tribunales de divorcio ni el consejo de los psiquiatras. Tenían un dios en el cielo y una diosa en la tierra, y como la gente que adora a las diosas obra con cautela al elegirlas, así ellos no las elegían por razones pasajeras ni por la apariencia corporal únicamente, ni las abandonaban cuando sus encantos comenzaban a marchitarse.

Lanzarote y Ginebra estaban junto a la ventana de la elevada torre, y la Inglaterra de Arturo se extendía a los pies de ellos bajo los rayos del sol poniente.

Era el reino de Gramarye de la Edad Media, época que algunos acostumbran a considerar como una larga etapa de oscuridad, y que Arturo cambió en lo que ahora veían. Cuando el ahora viejo rey subió al trono, Inglaterra era un país de barones díscolos, de hambre y de guerras. Era la tierra de los juicios por ordalía. En lo más profundo de los extensos bosques, los últimos sajones se defendían contra el rudo dominio de Uther el Conquistador. Entonces podía encontrarse a mendicantes que vagaban por los caminos, a mutilados que llevaban su mano derecha cortada, en la izquierda, y a los perros del bosque que trotaban a su lado, también mutilados del dedo gordo para que no pudieran cazar en los bosques del señor.

Cuando Arturo subió al trono, las gentes del campo acostumbraban a asegurar con barras de hierro las puertas de sus casas todas las noches, como en un asedio, y luego rezaban a Dios para que les diera paz durante la oscuridad, terminando la plegaria con las palabras «el Señor nos bendiga y nos ampare», a lo que todos los presentes contestaban «amén». Dentro del castillo del barón, en esos tempranos días, podían verse pobres diablos a los que despanzurraban para arrancarles las entrañas, las cuales quemaban delante de ellos; a otros que les abrían el estómago para ver si se habían tragado su oro, o que colgaban de los pies, con la cabeza sobre el humo espeso de una hoguera, o que tenían torniquetes de cuero estrujándoles la cabeza, o que eran introducidos en cajones que llenaban de piedras, las que les quebrantaban los huesos.

Basta con que uno se aplique a la literatura de ese período, con sus relatos sobre las míticas familias de entonces, como los Plantagenets, los

Capelos y demás, para comprender cómo marchaba el país. Reyes legendarios como Juan, tenían por costumbre hacer ahorcar a veintiocho rehenes antes de la comida; otros como Felipe, iban siempre protegidos por «sargentos de maza», una especie de guardaespaldas que cuidaban la vida de su señor con unas pesadas mazas; y aun otros, como Luis, decapitaban a sus enemigos colocando debajo del patíbulo a los hijos de los que iban a ser ajusticiados, para que les cayera la sangre encima.

Esto es lo que Ingulfo de Croyland nos contaba, y hasta se pensó que era una superchería. Pero había arzobispos a los que apodaban «Piel de villano», abadías que se usaban como fortalezas, con trincheras cavadas en los cementerios, entre los huesos; cuerpos de excomulgados que yacían sin enterrar, y campesinos hambrientos que comían hierbas, cortezas de árboles, o que se comían unos a otros. En las piras se quemaba a los herejes, y así fueron ajusticiados cuarenta y cinco templarios en un solo día; y las cabezas de los cautivos eran arrojadas a los castillos asediados por medio de catapultas. Aquí el jefe de una secta se retorcía en sus cadenas al ser coronado con un aro de hierro al rojo vivo. Allí un prelado se lamentaba, mientras le hacían tragar veneno. Unos albañiles tapiaban montones de barras de oro entre los muros de un castillo, y luego eran ejecutados para que no revelasen el secreto.

Hus y Jerónimo, con las mitras de la apostasía sobre sus cabezas, ardieron y se consumieron en la hoguera. Los niños que correteaban por las calles de París se burlaban del cadáver de un condestable tirado en la calzada. Giles de Retz fue acusado de tener en su castillo nada menos que una tonelada de huesos calcinados de chiquillos, a los que fue asesinando a razón de ochenta por año, durante nueve años. Al joven conde de San Pol le enseñaron las artes de la guerra entregándole veinticuatro prisioneros vivos para que los matara de distinta manera, a fin de practicar.

Luis XI, otro de los reyes con imaginación, encerraba a los obispos molestos en jaulas hechas de caros metales. El duque Roberto fue llamado «el Magnífico» por sus nobles, y «el Demoníaco» por sus siervos. Y mientras tanto, antes de la llegada de Arturo, la gente del pueblo, de los que catorce eran comidos por los lobos en una población todas las semanas; un tercio moría de la Peste Negra, quedando sus cadáveres hacinados en pozos, «como tocino ahumado»; cuyos refugios por las noches solían ser las cuevas de los bosques y los pantanos, esas gentes del pueblo gritaban en voz alta que el Cielo y sus santos les tenían olvidados.

«¿Pourquoi?», decían los desdichados, en medio de sus sufrimientos:

Pourquoi nous laisser faire dommage?
Nous sommes hommes comme ils sont.

Aquélla era la sorprendente civilización que Arturo había heredado. Pero ése no era ya el mundo que los dos amantes contemplaban desde la ventana de su torre. Ahora, a salvo bajo el rojizo crepúsculo, extendíase la fabulosa y alegre Inglaterra de la Edad Media, en una época que ya no era tan oscura como antes. Lanzarote y Ginebra comenzaban a vislumbrar la Edad de los individuos.

¡Qué asombrosa edad de la Caballería era aquélla! Todo el mundo era esencialmente él mismo, y se ocupaba afanosamente de satisfacer las fantasías de la naturaleza humana.

¡La oscura Edad Media! Evidentemente, el calificativo de «oscura» es impropio. Pues mientras Ginebra y Lanzarote contemplaban el crepúsculo, los rayos del sol inflamaban como miríadas de gemas los cristales estañados de los monasterios y conventos, o danzaban en las agujas de catedrales y castillos, que sus constructores habían alzado con amor. La arquitectura, en aquella época, era una pasión tan grata para los corazones, que los nobles bautizaban a sus castillos con románticos nombres. El de Joyous Gard, de Lanzarote, no era una rareza en una época donde se llamaban a otros Beauté, Plaisance y Malvoisin; una época en la que hasta un zoquete como Ricardo Corazón de León, que padecía de furúnculos, era capaz de llamar «Gaillard» a su castillo, y de hablar de él como «mi hermosa hija de un año». Hasta aquel legendario truhán que fuera Guillermo el Conquistador recibió un segundo apodo: «el Gran Constructor». Pensad en las cristaleras, con sus cinco colores. Eran más rústicas que las nuestras, más gruesas y ajustaban en pequeñas piezas. Las querían con la misma pasión con que amaban a sus castillos, al punto que Villars de Honnecourt, atraído por una cristalera especialmente hermosa, se detuvo a dibujarla durante uno de sus viajes, explicando que «iba camino de Hungría, a cumplir un mandato, cuando dibujé aquella ventana, porque me gustaba más que las otras». Imaginaos el interior de aquellas antiguas iglesias, no los grises y mohosos interiores que vemos hoy, sino unas paredes resplandecientes de colorido, cubiertas de frescos en que las figuras aparecen de puntillas, y donde flamean los tapices y los brocados de Bagdad. Imaginad también los castillos que se divisan desde las ventanas de la estancia de Ginebra. Esas no eran ya las sombrías fortalezas de cuando Arturo subió al poder. Ahora se hallaban repletas de muebles hechos por ebanistas, y no por carpinteros. Si uno observa de cerca un ruinoso castillo, aún podrá ver los ganchos de los que colgaban finos tapices. Recordemos también los orfebres de Lorena, que hacían sagrarios en forma de pequeñas iglesias, con sus pasillos, imágenes, altares y todo lo demás, igual que casitas de muñecas.

No olvidemos a los esmaltadores de Limoges, a los tallistas de marfil alemanes y a los repujadores irlandeses. Por fin, si queremos hacernos una idea del fermento creador que existía en aquella edad llamada oscura, debemos desechar la idea que la cultura escrita llegó a Europa con la caída de Constantinopla. Por el contrario, todo escribiente en cada uno de los países europeos era un hombre de cultura por aquellos días, pues su profesión así lo requería. «Cada carta que se escribe -decía un abad del medievo- es una derrota que se inflige al demonio.» La biblioteca de San Piquier, ya en el siglo IX tenía 256 volúmenes, entre los que se contaban obras de Virgilio, Cicerón, Terencio y Macrobius. Un alto príncipe tenía nada menos que novecientos diez volúmenes en su biblioteca, que por consiguiente era una de las mayores del mundo en aquellos tiempos.

Por último, detrás de las cristaleras habitaban unas gentes singulares. Con Silvestre II ascendió al trono papal un gran mago que se hizo famoso por haber inventado el reloj de péndulo. Un fabuloso rey de

Francia llamado Roberto, que tuvo la desgracia de ser excomulgado, se vio en un grave problema con los dos únicos criados que le quedaron, ya que éstos echaban a la hoguera la vajilla después que él la había usado.

Un arzobispo de Canterbury, habiendo excomulgado a todos los prebendados de San Pablo, irrumpió en el priorato de San Bartolomé y atacó a golpes al superior en medio de la capilla. Esto enfureció a los presentes, que desgarraron sus vestiduras comprobando que el arzobispo llevaba debajo una armadura. El prelado tuvo que huir en una lancha hacia Lambeth. Cierto obispo de Bath, bajo Eduardo I, fue considerado después de graves reflexiones como inepto para su alto cargo, ya que tenía demasiados hijos ilegítimos, en lugar de unos pocos.

Era una época de plenitud, en la que todos se responsabilizaban totalmente de lo que hacían. Tal vez Arturo impuso este ideal en la cristiandad, debido a la eficacia de su propia educación bajo la égida de Merlín.

Y es que el rey, o al menos así le considera Malory, era el santo patrono de la Caballería, la que había alcanzado su punto culminante tal vez unos doscientos años antes de que nuestro antiguo autor comenzase a escribir. Arturo era la encarnación de todo lo bueno de la Edad Media.

Tal como lo describe Malory, Arturo de Inglaterra era el paladín de una civilización que ha quedado reflejada defectuosamente en los libros de historia. El siervo del caballero no era un esclavo sin esperanzas. Por el contrario, tenía al menos tres formas de perfeccionarse, la mejor de las cuales era la Iglesia católica. Con el auxilio de Arturo, esta Iglesia -que aún sigue siendo la más grande de las corporaciones abiertas a los eruditos del mundo-, se transformó en el camino por el que podía avanzar hasta el más humilde esclavo. Un labriego sajón se convirtió en el papa Adriano IV, y Gregorio VII era hijo de un carpintero. En aquellos desdeñados días de la Edad Media, uno podía transformarse en el hombre más importante del mundo con sólo tener voluntad de aprender.

También resulta un error creer que la época de Arturo fue parca en hombres de ciencia. Estos, aunque fueran llamados magos por entonces, inventaron artefactos casi tan terribles como los que hemos inventado nosotros. Los magos más importantes, como Alberto Magno, Fray Bacon, y Raymond Lully, conocieron numerosos secretos que hoy hemos perdido, y descubrieron entre otras cosas ese elemento básico de nuestra civilización que es la pólvora. Se los honró por su sabiduría, y a Alberto Magno le hicieron obispo. Uno de ellos, Bautista Porta, parece ser que inventó el cine, aunque obrando con buen criterio, decidió no perfeccionarlo.

En cuanto a la aviación, en el siglo X un monje llamado Ethelmer hizo algunos experimentos al respecto, y habría tenido éxito de no ser por un accidente que le ocurrió al ajustarse la cola de su artefacto. Según escribe Guillermo de Malmesbury, el monje se estrelló *«quod caudam in posteriori parte oblitus fuerat adaptare».*

Aun en el aspecto modernista la Edad Oscura no iba muy por detrás de nosotros. Prueba de ello son los nombres pintorescos con que bautizaron algunos de sus cócteles más enérgicos, como eran los de Perro Loco, Bocado de Ángel, Leche de Dragón, Contra la Pared, Paso en Falso y Levantapiernas.

El panorama que se divisaba desde la ventana de Lanzarote y Ginebra era magnífico, si bien en cierto modo resultaba extraño. Donde hoy existen prados con setos, y extensos parques, entonces había poblados, páramos, pantanos y bosques de enorme extensión. El de Sherwood se extendía a lo largo de cientos de millas, desde Nottingham hasta el centro de York.

Una persona curiosa podía satisfacer su inclinación con sólo colocarse ante una ventana. En primer lugar, quizá viera pasar a un caballero de armadura. Si no llevaba puesto el yelmo, se apreciaría que tenía la cabeza afeitada en torno a las orejas y por atrás, dejando sólo una especie de cepillo en la parte superior del cráneo, lo que le servía como amortiguador de golpes debajo del casco. A continuación, podía pasar un escribiente o un fraile, en cuyo caso el pelo iba cortado precisamente a la inversa que el del caballero, es decir, totalmente calvo por arriba, debido a la tonsura. Luego vería seguramente a un cruzado, de los que se habían comprometido a liberar la tumba del Señor. Cualquiera hubiese esperado verle luciendo la cruz en su sobreveste, pero nos habríamos maravillado al comprobar que el hombre estaba tan contento con su misión que había colocado el mismo símbolo allí donde podía. Como un nuevo Boy-Scout, lleno de entusiasmo, colocaba la cruz en su escudo, en la coraza, en el yelmo, en la silla de montar y en los arreos del caballo. El siguiente peatón bien podía ser un hermano lego del Císter, del que cabía esperar que fuera una persona instruida, a causa de su hábito. Pero no, éste era *ex officio* y analfabeto. Su trabajo consistía en poner sellos de plomo a las bulas papales, y para guardar el Secreto del Papa, le empleaban a él para asegurarse de que no era capaz de leer una sola palabra. Después quizá pasara un sajón de amplia barba, tocado con una especie de gorro frigio en señal de desafío.

A lo lejos bien pudiera divisarse una humareda en el paisaje, alzándose del crisol de algún alquimista que estaría, con toda seguridad, tratando de convertir el plomo en oro, arte en el que perseveramos hasta en nuestros días, aunque estamos mucho más cerca de lograr el objetivo gracias a la fusión atómica. Más allá, en los alrededores de un monasterio, podía contemplarse una procesión de coléricos monjes que caminaban descalzos en torno a su convento, pero que lo hacían de cara al sol, como castigo, por haberse insolentado con el abad. Mirando en cierta dirección alcanzaba a divisarse un viñedo vallado con huesos, pues ya en los tempranos días de Arturo se había descubierto que los huesos llegaban a ser una excelente valla para los viñedos, los cementerios e incluso las fortalezas.

Dirigiendo la vista hacia otro lado tal vez se viera un torneo que se desarrollaba según las reglas establecidas por Godofredo de Preully, y se vería a los jueces examinando cuidadosamente a los combatientes, como los árbitros antes de un encuentro de boxeo, a fin de descubrir si los caballeros estaban pegados en sus sillas. Los jueces del duelo legal entre cierto conde de Salisbury y el obispo de la misma localidad, bajo el reinado de Eduardo III, hallaron que el paladín del obispo tenía cosidas

por todo el cuerpo, debajo de la armadura, numerosas plegarias y encantamientos, lo que casi era tan incorrecto como el boxeador que esconde una herradura en el guante.

Debajo de la ventana bien pudieran desfilar ahora un par de constipados nuncios papales que cabalgaban sombríamente de vuelta hacia Roma. Dicha pareja había sido enviada con unas bulas para excomulgar a Barnabas Visconti, pero Barnabas se limitó a hacerles comer las bulas con sellos de plomo, pergamino y todo lo demás. Pisándoles los talones vendría luego un peregrino profesional, apoyándose en un nudoso cayado y cubierto todo de medallas benditas, reliquias, veneras, escapularios y demás. A continuación, pasaría un sombrío personaje, uno de esos que «duermen de día y acechan de noche, que comen y beben bien sin poseer nada», es decir, un salteador de caminos, del que se ha escrito:

Para el forajido es ley el que le aprehendan
y que sin piedad sea colgado, balanceándose al viento.

Pero antes de balancearse al viento, el hombre habría vivido su vida. Al lado de él caminaría su compañera, también con la cabeza puesta a precio, y el pelo afeitado desde el momento de esconderse en el bosque. Ella solía echar una mirada recelosa por encima del hombro, dispuesta a dar la voz de alarma.

Y por allí tal vez vendría un barón delante del cual llevaban un gran pastel recién cocinado, pues debía presentar dicho pastel una vez por año al rey Arturo para que éste lo olfatease como percepción del pago del tributo feudal. Otro barón con armadura completa pudiera pasar persiguiendo alguno que otro dragón, y cayendo de pronto al suelo con horrísono estrépito, mientras su caballo seguía trotando tranquilamente. Pero de ocurrir esto, su escudero le haría montar inmediatamente en su propio caballo, porque así era la ley feudal. A la distancia, hacia el Norte, se divisaría la ventana iluminada de una choza perteneciente a una atareada bruja que no sólo haría la imagen de cera de alguien al que odiaba, sino que además la bautizaba -factor decisivo-, antes de clavarle los alfileres malditos.

Igualmente lejano, pero hacia el Oeste, posiblemente vierais a Enguerrand de Marigny, caballero que construyó un enorme patíbulo en Mountfalcon, y que ahora se pudría colgando de ese cadalso por haber sido hallado culpable de ejercer la Magia Negra. Los duques de Berry y de Bretaña -dos personas decentes- quizá trotasen por la carretera ataviados con corazas de seda que imitaban al acero. Estos dos caballeros no aceptaban la ventaja de la armadura, y encontrando la seda más fresca de llevar, decidieron ser tan valientes como ordinarios.

Más al Sur, en dirección a la cuenca del Mediterráneo, podría verse a un marinero castigado por jugador, según la ley de Ricardo Corazón de León. El castigo consistía en arrojarle al agua tres veces desde el palo mayor, mientras sus camaradas acogían cada chapuzón con sonoras ovaciones. Otro ingenioso castigo seguramente estaría llevándose a cabo en el mercado, no lejos de nuestra ventana. Allí, a un mercader de vinos

acusado de vender mercancía de mala calidad, le estarían haciendo beber todo lo que le cupiera dentro, de su propia mercancía, después de lo cual le derramarían el resto sobre la cabeza. ¡Qué resaca a la mañana siguiente! Siempre en esa misma dirección, y si teníais buena vista, ibais a ver a un escolar que tuvo la buena suerte y la iniciativa de alcanzar al conde de Salisbury con uno de los nuevos cañones, dejándole seco en el acto, por lo que sería aclamado por sus compañeritos de estudios en el patio del colegio. Los ciruelos, que sólo habían sido introducidos en el país hacía poco tiempo, lo mismo que las zarzamoras de Merlín, florecían a la luz del atardecer, cerca del patio antedicho. Otro pequeñín, que en este caso era un rey de Escocia de cuatro años, quizá estuviera dictando tristemente un mandato real para su niñera, lo que permitiría a ésta zurrarle sin resultar culpable de delito de alta traición.

Los miembros de un desacreditado ejército que solían ganarse la vida con la espada, como mercenarios, llamarían de puerta en puerta suplicando un trozo de pan. Y en una escondida casa, un hatajo de ladrones, falsificadores, asesinos y deudores estarían ocupados falsificando o afilando sus cuchillos para la salida de esa noche.

¿Sabéis que en aquella oscura Edad había tanta decencia en el mundo que la Iglesia católica podía imponer la paz a todos los combatientes en la llamada Tregua de Dios, que duraba toda la cuaresma hasta el lunes de Pascua y todo el Adviento? ¿Creéis por ventura que ellos, con sus hambres, pestes negras, batallas y servidumbres feudales estaban menos dotados que nosotros, actualmente, con nuestras guerras, bloqueos, gripes y servicios militares?

Aun cuando hubieran sido lo suficientemente necios como para creer que la Tierra era el centro del Universo, ¿acaso no estamos convencidos nosotros, en la actualidad, de que el Hombre es la obra maestra de la Creación? Si se requiere un millón de años para que un pez se transforme en reptil, ¿va el Hombre, en unos pocos siglos, a cambiar tanto?

CAPITULO IV



azarote y Ginebra miraban sobre el ocaso de la Caballería desde la ventana de la torre. Sus oscuros perfiles se recortaban contra la luz crepuscular. El perfil de Lanzarote, ahora viejo y feo, era el de una gárgola parecida a las meditabundas de Nótre Dame. Pero en su madurez, Lanzarote había adquirido nobleza. Los rasgos de fealdad se habían convertido en surcos de energía. A semejanza de un perro dogo -uno de los más vilipendiados de nuestros perros-, tenía ahora una cara en la que se podía confiar.

Lo más conmovedor era que la pareja estaba cantando. Sus voces, menos llenas que las de los jóvenes, aún se dejaban oír con claridad. Lanzarote cantaba así:

Cuando el tiempo de mayo
Llega y el día
Esparce sus rayos,
No temo a la lucha.

Y replicó Ginebra:

Cuando el sol
Inicia su carrera,
Se esfuman las tinieblas
Y no temo a la noche.

Luego cantaron los dos juntos:

Pero, ¡ahí, tanto en el día como en la noche,
La alegría de mí alma
Se ensombrecerá con el presagio
De lo que se marcha para siempre.

Cuando cesaron de cantar, Lanzarote dijo:

-Tu voz es buena, pero me temo que la mía se esté enmoheciendo.

-No debieras tomar bebidas alcohólicas.

-¿Cómo puedes decir eso? Casi me he convertido en un abstemio desde que salí en busca del Santo Grial.

-Preferiría que no bebieras nada.

-Bien, no beberé en tal caso; ni siquiera agua. Me moriré de sed a tus pies, Arturo me hará un espléndido entierro y no te perdonará nunca lo que me hiciste.

-Sí, y yo me retiraré a un convento por mis pecados, y viviré muy feliz a partir de entonces. Bueno, ¿qué cantamos ahora?

-Nada -repuso Lanzarote-. No tengo ganas de cantar. Ven y siéntate más cerca, Jenny.

-¿Te sientes desdichado por algo?

-No. Jamás me he sentido más dichoso en mi vida. Y me atrevo a decir que nunca volveré a serlo tanto como ahora.

-¿Por qué te sientes tan feliz?

-No lo sé. Quizá porque la primavera ha llegado por fin, y el claro verano se presenta ante nosotros. Tus brazos se pondrán morenos otra vez, tostados por aquí arriba y sonrosados hacia el codo. Tus brazos me gustan extraordinariamente.

Ginebra hizo caso omiso de aquellos elogios y preguntó:

-¿Qué está haciendo ahora Arturo?

-Fue a ver a los Gawain, pero yo estoy hablando de tus brazos.

-Sí, ya lo sé.

-Jenny, creo que me siento feliz porque me estabas dando consejos. Esa es la explicación. Estabas refunfuñando acerca de que no debía beber demasiado. Me gusta que te preocupes de mí, y que me digas lo que debo hacer.

-Pareces necesitarlo.

-Sí, eso creo -repuso él, y tras una pausa preguntó de improviso-: ¿Puedo ir esta noche?

-No.

-¿Por qué?

-Por favor, Lanza, no me lo preguntes. Sabes bien que Arturo está en casa, y que eso es peligroso.

-A él no le importa.

-Si nos sorprendiera -repuso ella, en voz baja-, se vería obligado a mandarnos matar.

Lanzarote negó con la cabeza.

-Arturo lo sabe todo acerca de nosotros -dijo-. Merlín se lo advirtió hace tiempo, y Morgana le Fay le hizo insinuaciones a ese respecto en dos oportunidades. Además, no olvides lo que sucedió con sir Meliagrance. Pero él no quiere que las cosas se compliquen. Nunca nos sorprendería, a menos que nosotros quisiéramos.

-Lanzarote -repuso ella, irritada-, no quiero que hables de Arturo como si fuera un alcahuete.

-No se me ocurriría hacer eso. Fue mi primer amigo y le tengo en gran estima.

-En tal caso hablas de mí como si fuese algo bastante peor -dijo ella.

-Ahora te estás comportando como lo que dices.

-Bueno, si es eso lo que tienes que decirme, es mejor que te marches.

-Así podrás hacerle el amor a Arturo, tal vez.

-¡Lanzarote!

-Vamos, Jenny -dijo él poniéndose en pie ágilmente y rodeándola con sus brazos-, no te enfades. Lamento haber obrado con tan poca delicadeza.

-¡Márchate! ¡Déjame en paz!

Pero él continuó reteniéndola con fuerza, como alguien que impidiera huir a un animal salvaje.

-No te enfades. Sabes que no quería ofenderte, Jenny.

-Eres un bruto.

-No es cierto. Pero te seguiré teniendo así hasta que dejes de estar enfadada. Si dije eso es porque estaba triste.

Ella repuso con voz velada y quejumbrosa:

-Sin embargo, acababas de decir que eras muy feliz.

-Bueno, no es verdad. En realidad me siento muy desdichado y con una gran pena por todo lo que pasa en el mundo.

-¿Crees ser el único al que le ocurre eso?

-No, ya sé que no lo soy, y me apena haberlo dicho. Ahora sí que me sentiré triste. De modo que procura ser un poco cariñosa y no me hagas infeliz por más tiempo, ¿quieres?

Ella se aplacó. Los años habían suavizado su temperamento de antaño.

-No, no quiero -dijo, pero su sonrisa animó de nuevo a Lanzarote.

-Entonces, ¿te vienes conmigo? -preguntó él.

-Por favor, no empecemos de nuevo.

-Imposible dejar de repetirlo -repuso Lanzarote, desesperado-. No sé qué hacer. Señor, llevamos así toda la vida, y cada primavera parece ser peor. ¿Por qué no vienes conmigo a Joyous Gard, y lo echamos todo por la borda?

-Lanza, apártate un poco y sé razonable. Así, siéntate ahí y cantaremos otra canción.

-He dicho que no quiero cantar.

-Y yo no quiero escuchar esas insensateces.

-Si accedieras a venir conmigo a Joyous Gard todo eso se terminaría de una vez. Viviríamos juntos nuestra ancianidad, seríamos felices, no engañaríamos a nadie día tras día, y podríamos morir en paz.

-Has dicho que Arturo sabía todo lo nuestro, y ahora dices que no debemos engañarle.

-No es precisamente eso lo que deseo decir -repuso él. Yo quiero a Arturo y no lo puedo soportar cuando me mira. El se da cuenta de eso, pero nos quiere a los dos.

-Pero Lanzarote, si tanto le aprecias, ¿cómo eres capaz de huir con su esposa?

-Quiero jugar limpio -contestó él, tercamente-. Al menos al final.

-Creo que no podrá ser. Yo no lo haré.

-Lo que tú deseas es tener dos maridos. Las mujeres siempre lo quieren todo.

Ginebra rehusó entrar en discusiones, y dijo con tono paciente:

-No, no quiero tener dos maridos, y te aseguro que me encuentro en una situación tan incómoda como tú; pero ¿qué ganaremos con aclarar las cosas? Como ahora estamos es muy desagradable, pero al menos Arturo sólo lo supone; seguimos queriéndonos, y estamos seguros. Si me escapara contigo todo se vendría abajo. Arturo tendría que perseguirte, asediaría Joyous Gard, y uno u otro de los dos resultaríais muertos, si no ambos a la vez. También morirían centenares de hombres, y nadie saldría ganando. Además, no quiero abandonar a Arturo. Cuando me casé con él prometí permanecer a su lado; él siempre fue atento conmigo, y le tengo afecto. Lo menos que puedo hacer por él es darle un hogar y ayudarle, por

mucho que te ame a ti también. No veo la ventaja de aclarar las cosas. ¿Por qué debemos hacer desgraciado a Arturo públicamente?

Ninguno de los dos había notado, en la oscuridad creciente del anochecer, que el propio rey había entrado en la estancia mientras ella hablaba. Situados junto a la ventana, poco podían ver de la habitación que estaba a sus espaldas. Pero Arturo había entrado y durante un momento permaneció haciendo acopio de valor. Con su pálida mano, en la que relucía el sello real, retuvo la cortina que cubría la puerta. Luego, sin escuchar más, dejó caer de nuevo la cortina y se alejó. Había ido a buscar un paje para que le anunciara.

-Lo único decente en tal caso -dijo entonces Lanzarote, retorciéndose las manos entre las rodillas-, sería que yo me fuera y que no regresara más. Pero ya sabes que no lo soporté la vez pasada, cuando lo intenté.

-Mi pobre Lanzarote, ¡más nos hubiera valido no haber dejado de cantar! Ahora te vas a poner de mal humor de nuevo, y te dará uno de tus arrebatos. ¿Por qué no dejas las cosas como están? De nada vale pensar en todo esto, ni decirse si estará bien o mal. Es preferible que confiemos en nosotros mismos y que hagamos lo que buenamente podamos, esperando lo mejor.

-Pero tú eres su esposa y yo su amigo.

-Bien -repuso ella-, ¿quién hizo que nos amásemos el uno al otro?

-Jenny, no sé qué hacer.

-En tal caso no hagas nada. Ven aquí y dame un beso cariñoso. Dios velará por nosotros.

-Vida mía...

En ese momento llegó el paje subiendo las escaleras. Venía ruidosamente, como solían hacerlo los pajes, y traía con él un candelabro. Arturo había ordenado que llevase luz a la estancia.

En torno a los amantes la habitación resplandeció de colorido, mostrando el esplendor de las colgaduras. Los floridos arabescos de los tapices de Arras aparecían cubriendo las cuatro paredes. El cortinaje de la puerta se levantó de nuevo, y el rey entró en la habitación.

Parecía anciano, más viejo que ellos dos, pero era una noble vejez que imponía respeto. Lanzarote, ahora que podía vérsele con claridad, se mostraba erguido, como hombre que sabe aceptar sus responsabilidades. Ginebra, y ello hubiera sorprendido al que la hubiese conocido en sus días de tormenta, parecía dulce y atractiva. Casi daban ganas de protegerla. Pero era Arturo el que tenía un aspecto más conmovedor de los tres, a tal punto parecía tan suave, paciente, y su atavío trascendía sencillez. A menudo, cuando la reina recibía a distinguidos invitados, bajo las lámparas del gran salón, Lanzarote había encontrado a Arturo sentado solo en una pequeña habitación, repasándose unos calcetines. Ahora con su bata azul -pues éste era el tinte más caro de aquellos días, que sólo usaban los reyes, y los santos y ángeles en los cuadros-, hizo una pausa en el umbral de la resplandeciente habitación y sonrió.

-Hola, Lanza; Ginebra.

Esta, que todavía respiraba con gran agitación, devolvió el saludo.

-Hola, Arturo. No te esperábamos.

-Lo siento. Acabo de regresar.

-¿Cómo están los Gawain? -preguntó Lanzarote, con un extraño tono que nunca logró hacer que pareciera natural.

-Estaban peleándose cuando llegué.

-¿Cómo es posible? -exclamaron los dos-. ¿Qué hiciste tu? ¿Por qué luchaban?

Hicieron estas preguntas como si se tratara de un asunto de vida o muerte.

El rey miró serenamente al frente y repuso:

-No les pregunté nada.

-Sería algún asunto familiar, sin duda -declaró la reina.

-Seguramente.

-Es de esperar que no se hayan herido.

-No, nadie resultó herido.

-Bueno, en tal caso -dijo ella, advirtiendo que su tono de alivio resultaba absurdo-, todo ha salido bien.

A Arturo parecía divertirle un poco la turbación de Ginebra y Lanzarote, aunque el ambiente era normal.

-¿Necesitamos seguir hablando de los Gawain? -declaró-. ¿Es que mi mujer no me va a dar nunca un beso?

-Querido…

Ella se acercó a él y le besó en la frente, como a un fiel anciano. Lanzarote se puso en pie y dijo:

-Será mejor que me marche.

-No, no te vayas, Lanzarote -repuso Arturo-. Es grato tenerte con nosotros un momento. Ven, siéntate junto al fuego… como en tu casa.

-Te agradezco que me ofrezcas tu casa, Arturo -dijo Lanzarote, con un tono especial.

-¿Por qué?

-Porque yo no tengo hogar.

-No te preocupes, Lanzarote, lo tendrás. Espera a tener mi edad, y luego podrás preocuparte.

-Sin embargo -terció la reina-, todas las mujeres de varias millas a la redonda están dispuestas tarde o temprano a darte caza.

-Por las buenas o por las malas -agregó Arturo.

-Sí, algunas hasta se me declaran -dijo Lanzarote.

-Y todavía te quejas de que no tienes hogar.

Lanzarote echóse a reír, y los últimos vestigios de tensión parecieron haberse esfumado.

-¿Te casarías -dijo- con una persona que quiere cazarte por las buenas o por las malas?

El rey reflexionó el asunto gravemente durante un momento y luego contestó:

-Yo no lo haría, porque ya estoy casado.

-Con Ginebra -añadió Lanzarote.

Era algo notable. Parecían estar hablando con un sentido que no se reflejaba en las palabras. Algo así como las hormigas hablando con sus antenas.

-Con la reina Ginebra -rectificó Arturo.

-¿O con Jenny, más bien? -sugirió ella.

-Sí -dijo el rey, pero sólo tras una larga pausa-. Con Jenny.

El silencio se hizo más denso, hasta que Lanzarote se puso en pie por segunda vez.

Debo marcharme -declaró.

Arturo le colocó una mano en un brazo.

-No, Lanza, quédate un momento. Quiero decirle algo a Ginebra esta noche, y deseo que tú lo oigas. Llevamos juntos mucho tiempo, y deseo poner en claro cierto desdichado asunto mío ante los dos, puesto que tú eres como uno más de la familia.

Lanzarote volvió a sentarse.

-Así me gusta. Ahora dadme una mano, los dos, y yo me sentaré entre ambos. Eso es. Mi reina y mi Lanzarote al lado mío; ninguno de vosotros podrá culparme de lo que voy a deciros.

-No estamos en situación de culpar a nadie, Arturo -contestó Lanzarote, amargamente.

-No, ¿eh? Bien, no sé exactamente lo que quieres decir con eso, pero voy a contaros algo que me ocurrió cuando era joven. Fue antes de que Ginebra y yo nos casáramos, mucho antes también de que te armasen caballero, Lanza. ¿Os molestaría que os lo contara a los dos?

-No, claro que no nos molestará.

-Estoy segura de que no puede ser algo malo que hayas hecho -dijo la reina.

-Todo comenzó antes de que yo naciera, en realidad; mi padre se enamoró de la condesa de Cornwall y mató al conde para conseguirla. Creo que ya conocéis parte de la historia.

-Sí.

-Mas quizá no sabréis que nací en una fecha inoportuna, cuando era demasiado pronto, y por ello me llevaron en secreto al castillo de sir Héctor. Merlín fue el que me llevó hasta el castillo.

-Y luego -agregó Lanzarote, lleno de contento- regresaste a la Corte al morir tu padre, y sacaste una espada clavada en una roca encantada, lo cual demostró que eras el rey hereditario de Inglaterra. Viviste feliz desde entonces, y allí acabó todo. No puede decirse que sea una historia desagradable.

-Por desgracia, ése no ha sido el final.

-¿Cómo es eso?

-Veréis, queridos míos. Me alejaron de mi madre en cuanto nací, y ella no supo nunca a donde me habían llevado. Yo también ignoraba quién era mi madre. Los únicos que sabían quién era yo, eran Uther Pendragon y Merlín. Muchos años después, cuando ya era rey, conocí a la familia de mi madre, si bien aún no sabía quiénes eran. Uther ya había muerto, y Merlín estaba siempre tan abstraído que se olvidó de decírmelo, por eso nos conocimos como extraños, mi familia y yo. Entonces advertí que una de las hermanas era agradable y hermosa.

-Las hermosas hermanas de Cornwall -dijo la reina, fríamente.

-Sí, las famosas hermanas de Cornwall. Eran las tres hijas del difunto conde, y aunque yo no lo sabia, eran hermanastras mías. Se llamaban Morgana Le Fay, Elaine y Morgause, y se las consideraba las mujeres más hermosas de las Islas Británicas.

Aguardaron a que la voz serena de Arturo reanudase el relato, lo que hizo sin vacilar.

-Yo me enamoré de Morgause -agregó-, y de nuestro amor nació un niño.

Si alguno de los otros dos sintió sorpresa, resentimiento, lástima o envidia, no lo demostraron. Lo único que les extrañó fue que el secreto hubiera sido guardado así durante tan largo tiempo. Pero pudieron advertir por el tono de voz de Arturo, que estaba sufriendo y que no deseaba que le interrumpieran hasta haber abierto su corazón plenamente.

Contemplaron el fuego durante un prolongado silencio, y luego Arturo se encogió de hombros.

-Así pues -dijo al fin-, soy el padre de Mordred. Gawain y los otros son sobrinos míos, pero Mordred es mi hijo.

Lanzarote vio en la mirada del rey que le permitía hablar, y declaró:

-Aun así, no creo que sea un asunto desgraciado. Tú no sabías que era hermanastra tuya. Tampoco habías conocido a Ginebra. Y probablemente, la culpa fue de ella, pues era una mujer endemoniada.

-Era mi hermana, y la madre de mi hijo.

Ginebra le acarició una mano.

-Lo siento -dijo.

-Además -agregó Arturo-, era una hermosa criatura.

-Pero Morgause... -comenzó a decir Lanzarote.

-Morgause pagó sus culpas cuando le cortaron la cabeza, de modo que debemos dejar que descanse en paz.

-Le cortó la cabeza uno de sus propios hijos -declaró Lanzarote-, porque la encontró acostada con sir Lamorak...

-Por favor, Lanzarote.

-Perdón.

-Por mi parte -terció Ginebra-, no creo que tuvieras culpa alguna, Arturo. No sabías que era tu hermana.

El rey aspiró profundamente y añadió, ahora con voz más ronca:

-No os he contado lo peor de todo.

-¿Qué ocurrió?

-Por aquel entonces yo era joven, tenía sólo diecinueve años. Y Merlín llegó demasiado tarde para decírmelo. Mis allegados me dijeron lo terrible que sería si Mordred llegaba a nacer. Me asustaron con tremendas profecías, y entonces hice algo de lo que estoy arrepentido desde entonces. Nuestra madre escondió a Morgause en cuanto se enteró.

-Sí; pero ¿qué fue lo que hiciste, Arturo?

-Dejé que lanzaran una proclama por la cual todos los niños nacidos en determinada época serían colocados en una gran nave, dejando que se perdiesen en alta mar. Quería destruir a Mordred a toda costa, e ignoraba totalmente el lugar donde podía nacer.

-¿Se hizo eso?

-Sí. Se puso el barco a flote, Mordred fue en él, y la nave se estrelló contra una isla. La mayor parte de las inocentes criaturas se ahogaron, pero Dios salvó a Mordred y le envió de vuelta aquí, para mi vergüenza. Morgause me lo reveló un día, mucho después de que hubiese enviado a la

Corte a Mordred. Pero siempre dijo a la gente que éste era hijo legítimo de Lot, como Gawain y los demás. Como es lógico, no quería hablar del asunto a los extraños. Tampoco lo han hecho los demás hermanos de Mordred.

-Bien, si nadie lo sabe más que los Orkney y nosotros -dijo Ginebra-, y si Mordred está seguro...

-No puedo olvidar a los demás niños que murieron -dijo Arturo, acongojado-. Sueño con ellos por las noches.

-¿Por qué no nos lo dijiste antes?

-Me sentía avergonzado.

Esta vez Lanzarote no pudo contenerse y dijo:

-Arturo, no tienes por qué sentirte culpable. Todo esto te lo hicieron cuando eras demasiado joven para darte cuenta. Si pudiera poner las manos sobre los brutos que asustan a los muchachos con historias de pecados, les retorcía el cogote. ¿Que se gana con ello? Piensa en todos tus sufrimientos para nada. ¡Y aquellas pobres criaturas!

-Murieron ahogadas...

De nuevo tomaron asiento, mirando a las llamas de la chimenea hasta que Ginebra volvióse hacia su esposo, y le preguntó:

-Arturo, ¿por qué nos has contado eso hoy precisamente?

El tardó un momento en contestar, como si pensara la respuesta.

-Es porque me temo que Mordred siente rencor hacia mí, pobre muchacho -dijo-. Y con razón.

-¿Se trata de una traición? -preguntó Lanzarote.

-Bueno, no es exactamente un traidor. Pero creo que no está contento.

-Corta la cabeza del rebelde, y todo habrá terminado.

-¡No, no debo pensar en eso siquiera! Te olvidas de que Mordred es mi hijo, y que yo le quiero. He causado al muchacho un gran daño, y mi familia, de un modo u otro, siempre perjudicó a los Cornwall, de forma que no puedo agregar a ello esa barbaridad. Además, repito que soy su padre. Casi puedo decir que me veo reflejado en él.

-No parece haber gran semejanza entre vosotros dos.

-Pues la hay. Mordred es ambicioso y apegado al honor, como yo siempre lo fui. Sólo porque es débil de cuerpo no tuvo fortuna en nuestras actividades caballerescas, y eso le ha hecho desdichado, lo mismo que me hubiese amargado a mí, de haber tenido su suerte. Pero también es valiente, a su modo, y es leal con su gente. Debéis comprender que su madre le indispuso contra mí, lo cual también es lógico. Está casi seguro de que al final tendrá que matarme.

-¿En serio dices que todo eso es una razón para no ajusticiarle ahora?

El rey pareció sentirse asombrado de pronto. Había permanecido sentado entre Ginebra y Lanzarote, en actitud tranquila, aunque llena de aflicción, y de repente se irguió y miró a su capitán a los ojos.

-Debes recordar que soy el rey de Inglaterra. Cuando se es rey no puede matarse a la gente tan a la ligera como tú propones. El rey es la cabeza de su pueblo, debe mostrarse como un ejemplo, y hacer lo que deseen sus gentes.

Luego advirtió la expresión atribulada que apareció en el rostro de Lanzarote, y cogiéndole de nuevo una mano prosiguió diciendo:

-Comprende que cuando los reyes se comportan como matones que sólo creen en la fuerza, el pueblo obra del mismo modo. Si yo no defiendo la ley, no puedo esperar que mi pueblo la acate. Y yo, como es lógico, deseo que mis súbditos respeten la nueva ley, pues así serán más prósperos, y como consecuencia yo también lo seré.

Le miraron preguntándose adonde quería ir a parar. Arturo sostuvo la mirada, tratando de hablar con los ojos.

-Ya ves, Lanza, que debo ser totalmente justo -agregó-. No puedo permitirme tener otro asesinato sobre mi conciencia, aparte del de aquellas pobres criaturas. La única forma de evitar la fuerza es empleando la justicia. Lejos de estar dispuesto a castigar a sus enemigos, un rey justo debe ser capaz de ejecutar a sus amigos.

-Y a su mujer también, ¿verdad?

-Si fuera necesario -repuso Arturo, gravemente.

Lanzarote se agitó incómodo en su asiento, y observó con forzado humor:

-Supongo que aún tardaréis un tiempo en cortarle la cabeza a la reina.

El rey seguía reteniéndole la mano y mirándole fijamente a los ojos.

-Si Ginebra o tú, Lanzarote -dijo-, fuerais declarados culpables de algún delito contra mi reino, tendría que haceros cortar la cabeza a los dos.

-¡El cielo nos asista! -exclamó ella-. Espero que a nadie se le ocurra acusarnos.

-Eso espero.

-¿Y Mordred? -preguntó Lanzarote, al cabo de un momento.

-Mordred es un joven desdichado, y me temo que trate por cualquier medio de darme un disgusto. Si, por ejemplo, puede hallar un modo de perjudicarme empleándote a ti, Lanzarote, o a Ginebra, estoy seguro de que lo hará. ¿Comprendes lo que quiero decir?

-Sí, comprendo.

-Por lo tanto, si llegara un momento en que alguno de vosotros dos..., bueno, le diera un motivo, ya sabéis lo que pasaría. Depende de vosotros dos.

-Pero eso parece tan absurdo...

-Has sido muy bueno con él desde que vino -terció Lanzarote-, ¿Por qué querría perjudicarte?

El rey cruzó las manos sobre las rodillas, y aunque cerró los ojos parecía seguir mirando al fuego.

-Olvidas -contestó suavemente- que no he podido tener un hijo de Ginebra. Si yo muriese, Mordred podría ser el rey de Inglaterra.

-Si trata de preparar alguna traición, yo mismo le mataré -dijo Lanzarote, apretando los puños.

En seguida la respetable mano de venas azules volvió a apoyarse en su brazo.

-Eso es lo que no debes hacer jamás, Lanza. Haga lo que haga Mordred, y aunque urdiese algún atentado contra mí, debes prometerme

que recordarás que es una especie de heredero de mi linaje. Yo he sido un hombre malvado y...

-Arturo, no digas eso -le interrumpió la reina-. Resulta tan ridículo, que hasta me avergüenza oírlo.

-¿Crees que no soy un malvado? -preguntó Arturo, lleno de sorpresa.

-No, claro que no lo eres.

-Pero yo pensé que, después de contaros lo de las criaturas...

-Ni se nos ha ocurrido pensar mal de ti -manifestó Lanzarote, lleno de convicción.

El rey se puso en pie delante de la chimenea, con gesto desconcertado y a la vez complacido. La parecería injusto que no le culparan, pero agradecía esa prueba de afecto.

-En todo caso -declaró-, me propongo no ser malvado en lo sucesivo. La misión de un rey es evitar los derramamientos de sangre, mientras pueda, y no provocarlos.

Luego miró a Lanzarote y a Ginebra, una vez más, a través de sus espesas cejas, y agregó alegremente:

-Y ahora, queridos míos, iré a la Corte de Justicia a zanjar algunos de nuestros famosos pleitos. Quédate aquí con Ginebra, Lanza, y trata de alegrarla después de la desdichada historia que os he contado.



CAPITULO V



uando Arturo dijo que iba a resolver algunos de los famosos pleitos, no quería decir en realidad que fuera a sentarse ante el Tribunal. Los reyes presenciaron personalmente los juicios, durante la Edad Media, hasta el reinado de Enrique IV, pero esa noche era ya demasiado tarde para administrar justicia. Arturo fue a leer las causas para el día siguiente, práctica que realizaba a conciencia. Por esos días la Ley era su principal interés contra el poder bruto.

En la época de Uther Pendragon no había una ley propiamente dicha, exceptuando una pueril y parcial reglamentación que se reservaba para las clases altas. Incluso ahora, desde que el rey había alentado la justicia a fin de impedir las arbitrariedades, existían tres clases de Derechos, el Consuetudinario, el Canónico y el Romano, que Arturo trataba de refundir en uno solo, el Derecho Civil. Esta ocupación, así como la lectura de las causas del día siguiente, era lo que le mantenía ocupado todas las noches, en la soledad y la quietud del Salón de Justicia.

Este se hallaba al otro extremo del palacio, y no estaba esa noche tan vacío como hubiese querido Arturo.

Aunque había cinco personas en la estancia, aguardando al rey, quizás un visitante moderno hubiese notado en seguida lo más singular del salón. Lo más notable de él es que era un cubo casi perfecto. Por ser de noche, las ventanas estaban cubiertas con cortinajes, en tanto que las puertas siempre aparecían descubiertas. Al estar dentro se tenía una extraña sensación de hallarse en un encierro perfectamente simétrico. Sobre las paredes y desde el suelo al techo, en doble fila, aparecían representadas en colgaduras de vivos colores las historias de David y Betsabé, de Susana y los Ancianos. Las desvaídas pinturas que vemos en la actualidad poca relación guardan con los brillantes tapices que hacían del Salón de Justicia como una caja pintada por dentro.

Los cinco hombres esperaban bajo la luz de los candelabros. Pocos muebles había allí que distrajeran su atención. Sólo una larga mesa sobre la que estaban extendidos los pergaminos para que el rey los examinara, el trono del monarca y, en una esquina, un alto atril con asiento incorporado. Los hombres usaban jubones de seda en los que se veía el blasón de la media aspa en gules, entre tres cardos. Se trataba, pues, de la familia Gawain, y como de costumbre estaban discutiendo.

-Por última vez, Agravaine -dijo Gawain-. ¿Te vuelves atrás? Por mi parte no quiero tener relación alguna con lo que vas a hacer.

-Ni yo -dijo Gareth.

-Yo tampoco -manifestó Gaheris.

-Si insistes, Agravaine, no harás otra cosa que dividir nuestro clan. Ya te he dicho que nadie querrá ayudarnos. Quedarás desamparado a tu suerte.

Mordred, que había estado escuchando en desdeñoso silencio, dijo:

-Yo estoy de parte de Agravaine. Lanzarote y la reina son una desgracia para todos nosotros. Agravaine y yo asumiremos la responsabilidad, si no la acepta nadie más.

Gareth volvióse hacia él y dijo furioso:

-Os llenaréis de vergüenza.

-Muy bien.

Gawain hizo lo posible por resultar conciliador. No era ésa su costumbre, de modo que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo que hasta le hizo estremecerse.

-Mordred -dijo-, por amor del cielo, procura ser razonable. Soy más viejo que tú, y sé lo que va a ocurrir.

-Pase lo que pase, veré al rey.

-Si lo haces, ello significará la guerra. ¿No comprendes que Arturo y Lanzarote se defenderán mutuamente, que la mitad de los reyes de Gran Bretaña apoyarán a Lanzarote a causa de su reputación, y que eso significará la guerra civil?

El jefe del clan se inclinó ahora hacia Agrávame como un oso bueno haciendo una gracia, y le dio unos golpecitos con su manaza.

-Vamos, muchacho. Olvídate de lo sucedido esta noche. En todo hombre anida la pasión. Ten en cuenta que todos somos hermanos. No sé cómo sois capaces de actuar contra sir Lanzarote, con todo lo que hizo por nosotros en varias ocasiones. ¿Acaso no os salvó a ti y a Mordred de sir Turquine? Le debéis vuestras vidas, lo mismo que yo, pues me salvó de sir Carados.

-Lo hizo en beneficio de su propio prestigio.

Gareth volvióse hacia Mordred y replicó:

-Podrás decir lo que quieras de Lanzarote y Ginebra, entre nosotros, porque desgraciadamente es verdad, pero no consentiré que les perjudiques. Cuando llegué a la Corte entré como mozo de cocina, y fue Lanzarote la única persona que me trató decentemente. No tenía él la menor idea de quién era yo, pero solía animarme, darme consejos y defenderme de Kay. Luego, fue él también quien me armó caballero. Todo el mundo sabe que jamás ha hecho nada mezquino en su vida.

-Cuando yo era un joven caballero -intervino Gawain-, y me veía envuelto en una disputa, solía dejarme llevar por la ira, y matar al oponente aunque me pidiera clemencia, Dios me perdone. Además, maté a una mujer. Pero Lanzarote nunca avasalló a nadie más débil que él.

-Anima a los caballeros noveles -agregó Gaheris-, y trata de ayudarles a que ganen sus espuelas. No comprendo cómo podéis tenerle rencor.

Mordred se encogió de hombros, alisóse una manga e hizo como que bostezaba.

-Por lo que se refiere a Lanzarote -observó-, es Agravaine el que tiene que ver con él. Mis problemas se relacionan con el viejo monarca.

-Lanzarote es un aprovechado -dijo Agrávame.

-Mentira -repuso Gareth-. Es la persona más noble que he conocido.

-Yo, que no siento pasión alguna...

Una puerta al otro lado de la estancia rechinó en sus goznes. El picaporte se movió.

-Calla, Agravaine -urgió Gawain, en voz baja-. Cierra la boca por un momento.

-No pienso hacerlo.

Arturo alzó los cortinajes.

-Por favor, Mordred -susurró Gareth.

El rey se hallaba en el salón.

-Considero necesario -dijo Mordred, alzando la voz, para que le oyesen- que en nuestra Tabla Redonda impere la justicia.

También Agravaine, haciendo como que no había notado la entrada del rey, añadió:

-Es hora de que alguien diga la verdad.

-¡Silencio!

-¡Toda la verdad! -concluyó el lisiado, a su vez, con acento triunfal.

Arturo, que había llegado pensando en el trabajo que tenía por delante, permaneció ante la puerta, sin mostrar sorpresa alguna. Los hermanos, al volverse hacia él, vieron al anciano rey en los últimos momentos de su grandeza. Durante algunos instantes permanecieron callados. No veían al héroe de los romances, sino a un hombre sencillo que había obrado siempre lo mejor que podía. No vieron al jefe de la Caballería, sino al alumno que trató de mantenerse fiel a su maestro, el mago Merlín. No era Arturo de Inglaterra, sino un solitario y anciano caballero que había llevado su corona durante media vida, pese a los embates de la adversidad.

Gareth hincó una rodilla en tierra.

Gawain, arrodillándose más lentamente, se situó junto a su hermano y dijo:

-Señor, he venido con la esperanza de poder dominar a mis hermanos, pero no me escuchan. No quisiera oír lo que van a decir.

Gaheris fue el último de los tres en arrodillarse.

-Queremos irnos antes de que hablen, majestad -dijo.

Arturo avanzó, hizo levantar a Gawain suavemente, y manifestó:

-Claro está que podéis iros, si lo deseáis. Supongo que no seré yo la causa de un problema familiar, ¿verdad?

-Es una disputa -dijo Gawain, volviéndose hacia los demás- que destruirá la flor de la caballería, una desgracia para nuestra noble congregación. ¡Y todo por causa de dos desdichados caballeros!

Cuando Gawain hubo salido lleno de disgusto del salón, empujando a Gaheris delante de él, y seguido por Gareth, que mostraba un gesto desesperado en el rostro, el rey se dirigió en silencio a su trono. Cogió entonces dos cojines del asiento y los colocó en los escalones.

-Vamos, sobrinos -dijo serenamente-, sentaos y decidme qué sucede.

-Preferimos estar de pie.

-Haced lo que queráis.

Tal comienzo no convenía a las intenciones de Agravaine, el cual protestó:

-Vamos, Mordred, no vamos a contradecir a nuestro rey. En eso no habíamos quedado.

-Yo permaneceré de pie.

Agravaine sentóse humildemente en uno de los cojines, y Arturo le dijo:

-¿Quieres el otro cojín?

-No, gracias, señor.

El anciano los observó y aguardó como el condenado que aguarda el golpe del verdugo. Esperaba con gesto levemente irónico y cansado, dejándoles a ellos la iniciativa.

-Quizá sería conveniente no hablar del asunto -dijo Agravaine, arrepentido.

-Nada de eso. Trataremos de ello -repuso Mordred, iracundo-. Esto es ridículo. Hemos venido a decir algo a nuestro tío, y es lógico que él lo sepa.

-Es algo desagradable.

-En tal caso, queridos muchachos, si lo preferís será mejor que no hablemos del asunto. Estas noches de primavera son demasiado hermosas para preocuparnos de cosas desagradables. Por lo tanto, sería mejor que vosotros dos fuerais a tratar de hacer las paces con Gawain. Podríais decirle que os deje ese magnífico halcón que ha adiestrado, y salir de caza mañana. La reina estaba diciendo hace poco lo que le gustaría tener un tierno lebrato para la comida de mañana.

Arturo estaba luchando por Ginebra o tal vez por todos ellos.

Mordred, mirando a su hermano con ojos relucientes, declaró sin preámbulos:

-Hemos venido a deciros lo que cualquier persona de esta corte sabe desde hace mucho. La reina Ginebra es la amante declarada de sir Lanzarote.

El anciano se inclinó un poco para alisar su manto. Lo alzó luego por abajo y se tapó con él los pies para mantenerlos calientes. Después alzó la cabeza, miró a Mordred directamente a los ojos y dijo:

-¿Estás dispuesto a probar tu acusación?

-Lo estamos.

-¿Sabéis que esa misma incriminación fue hecha antes de ahora? -preguntó suavemente el rey-. La última vez que hubo rumores de esta especie, partieron de un caballero llamado sir Meliagrance. Como la cuestión no podía comprobarse de ningún otro modo, se dejó la decisión a un combate personal. Sir Meliagrance acusó a la reina de adulterio y ofreció luchar por lo que había dicho. Por suerte sir Lanzarote fue lo suficientemente generoso como para defender a Su Majestad. Ya sabréis el resultado.

-Lo recordamos muy bien.

-Cuando tuvo lugar el combate, sir Meliagrance se tendió en el suelo e insistió en rendirse a sir Lanzarote. Era imposible hacerle levantar, hasta que sir Lanzarote ofreció luchar sin yelmo, sin la parte izquierda de la armadura y con una mano atada a la espalda. Sir Meliagrance aceptó la oferta, y a pesar de ello resultó muerto.

-Todo eso lo sabemos -manifestó el hermano menor, con impaciencia-. Mas el combate cuerpo a cuerpo no tiene ningún sentido. No es justicia limpia. De esa forma gana la fuerza bruta.

Arturo lanzó un suspiro y cruzó las manos. Siguió hablando con voz tranquila, que no se había alterado.

-Tú eres aún bastante joven, Mordred, y te falta aprender que casi todas las formas de hacer justicia son poco justas. Si conoces alguna otra manera de aclarar un asunto semejante, que no sea por medio de un combate personal, estaría dispuesto a hacer la prueba.

-El hecho que Lanzarote sea más fuerte que los demás, y que siempre defienda a la reina, no quiere decir que ésta se halle libre de culpa.

-Sé que puede ser como dices, pero hay que ventilar estas cuestiones de algún modo. De todas formas, no es necesario que luches tú mismo contra el paladín de la reina. Puedes alegar una enfermedad, y contratar al campeón más fuerte para que luche por ti. La reina hará lo propio a su vez. Sería lo mismo que si ambos contratarais a los mejores polemistas que pudierais encontrar, para que os defendieran con razonamientos. En última instancia, el que venza será el que haya pagado más al defensor más caro. Por tanto, no puede decirse que sólo sea cuestión de fuerza bruta.

Agravaine hizo ademán de comenzar a hablar, pero Arturo le interrumpió, añadiendo:

-No, Agravaine, escucha un momento. Quiero aclarar bien eso de las decisiones por combate personal. Hasta donde yo alcanzo a ver, se trata del triunfo del dinero. Del dinero y de la suerte, claro está. Además, está la voluntad de Dios. Y ahora, ¿estáis seguros de que acusando a la reina resultaréis favorecidos por la suerte?

Agravaine entró en la conversación con tono confiado. Había bebido con tiento, y sus manos ya no le temblaban.

-Si me perdonáis, tío, quiero deciros que esperamos arreglar el asunto sin necesidad de un combate cuerpo a cuerpo.

Arturo alzó la vista inmediatamente y dijo:

-Sabes bien que las ordalías que no sean a base de duelos han sido abolidas.

Agravaine, sonriendo, repuso:

-No sabemos mucho acerca de la nueva Ley, pero creemos que si una acusación puede probarse ante uno de los tribunales vuestros, en tal caso no es necesario el combate. Claro que tal vez estemos equivocados.

-Un juicio ante un Jurado -observó sir Mordred, desdeñosamente-. ¿No lo llamáis así?

Agravaine, lleno de contento, dijo para sus adentros: «Al rey le ha estallado en la cara su propio petardo.»

Arturo tabaleó con los dedos en el brazo del sillón, y a continuación repuso con lentitud:

-Parecéis saber bastante acerca del Derecho.

-Por ejemplo, tío, si a Lanzarote se le encontrara en el lecho de Ginebra, ante testigos, no habría necesidad de llevar a cabo un combate, ¿no es cierto?

-Si no te molesta, Agravaine, quisiera que hablaras de tu tía empleando su título, al menos delante de mí, y aun tratándose de este asunto.

-Hay quien la llama Jenny -observó Mordred.

-Sí, recuerdo que sir Lanzarote acostumbra a llamarla de ese modo.

-¡Y además, en este momento pueden estar besándose!

-Debes hablar como es debido, Mordred, o de lo contrario tendrás que abandonar esta habitación.

-Estoy seguro de que Mordred no desea ser descortés, tío. Es sólo que le disgusta el deshonor que esto puede representar para vuestro nombre. Deseamos que se haga justicia, y a Mordred le afecta mucho lo relativo a su... su Casa. ¿No es cierto, Mordred?

-Me importa muy poco mi Casa.

El rey, cuyo rostro cada vez tenía más aspecto de cansancio, suspiró con gesto resignado.

-Bien, Mordred -dijo-, será mejor no empezar a pelear por pequeñeces. Ya no tengo paciencia para eso. Dices que mi esposa es la amante de mi mejor amigo, y según parece estás dispuesto a demostrarlo, de modo que atengámonos a eso. Supongo que comprenderás las consecuencias de esta acusación, ¿no es cierto?

-No, no lo sé.

-Estoy seguro de que Agravaine lo sabe. Las consecuencias serán las siguientes: si insistís en un juicio civil, en lugar de apelar a una Corte de Honor, el asunto seguirá por cauces civiles. Si demostráis los cargos, el hombre que os salvó a los dos de sir Turquine será decapitado, y mi esposa, a la que amo mucho, será quemada viva por traición. Si no llegáis a probar nada, debo advertirte, Mordred, que tendré que desterrarte, lo que te privará de toda esperanza de sucesión, al par que habré de condenar a Agravaine a la pena de la estaca, pues al haber hecho una acusación falsa, se habrá hecho reo a su vez de traición.

-Todo el mundo sabe que podemos demostrar nuestra acusación en seguida.

-Muy bien, Agravaine, me parece que eres un buen abogado y veo que estás resuelto a hacer que se cumpla la Ley. Supongo que no valdrá de nada recordaros que existe la merced, ¿verdad?

-Una merced como la que recibieron aquellos niños que fueron enviados a la deriva en un barco, ¿no es eso?

-Gracias, Mordred, lo había olvidado.

-Lo que deseamos es que se haga justicia- insistió Agravaine.

Arturo apoyó un codo sobre las rodillas y se cubrió los ojos con una mano. Sentóse encogido por un momento, haciendo esfuerzos por recuperar la dignidad y el sentido del deber, y luego dijo sin quitarse la mano del rostro:

-¿Cómo pensáis sorprenderlos?

El corpulento Agravaine, sumamente cortés, contestó a su tío:

-Si vos lo consentís, y aceptáis marcharos una noche, podemos apostar un grupo armado para que capture a Lanzarote en la habitación de la reina. Tendréis que alejaros o de lo contrario Lanzarote no acudirá.

-Creo que no puedo prestarme ni favorecer el que se tienda una trampa a mi propia esposa, Agravaine. Es justo que la responsabilidad de buscar una prueba quede a cargo vuestro. Sí, me parece que es lo más lógico. En resumen, me niego a ser una especie de... cómplice en este

asunto. No forma parte de mis obligaciones ayudaros en semejantes planes.

-Pero no podéis seguir de esta forma, para siempre. No es posible que os paséis el resto de vuestra vida continuamente al lado de la reina, para mantener alejado a Lanzarote. ¿Qué haréis con la expedición de caza en la que ibais a tomar parte la semana próxima? Si no vais a ella, estaréis alterando vuestros planes deliberadamente a fin de desvirtuar la acción de la justicia.

-Nadie puede anular la acción de la justicia, Agravaine.

-En tal caso, tío, ¿iréis de caza y nos daréis permiso para penetrar en la alcoba de la reina, si Lanzarote entra en ella?

El tono de insinuación que trascendía de la voz de Agravaine era tan indecente que hasta el mismo Mordred sintióse incómodo. El rey se puso en pie y se cubrió más con su manto, como si tuviera frío.

-Iré de caza -dijo.

-¿Y no les diréis nada? -preguntó Agravaine, lleno de excitación-. No les hablaréis acerca de la acusación que hemos hecho, ¿verdad? No sería justo.

-¿Justo?

Arturo observó a los dos hombres más jóvenes como desde una inmensa distancia, como si se viese abrumado por el peso de la verdad y la justicia, y también por la maldad de los humanos. Luego pareció volver en sí y dijo:

-Tenéis mi permiso para actuar. Pero aún debo agregar algo, Mordred y Agravaine. Personalmente, la única esperanza que me queda es que Lanzarote os dé muerte a vosotros dos y a vuestros testigos, hecho que, me alegra decirlo, nunca ha estado fuera de las posibilidades de Lanzarote. Y debo añadir también, como administrador de la Justicia, que si fracasáis en vuestro intento de demostrar esta monstruosa acusación, os perseguiré implacablemente con todo el rigor de las mismas leyes que vosotros habéis invocado.



CAPITULO VI

Lanzarote sabía que el rey había ido a cazar al bosque, de modo que tenía la certeza de que la reina iba a mandar llamarle. En ese momento, en la alcoba de Lanzarote reinaba la oscuridad, con excepción del candil que alumbraba la imagen de un santo. El caballero paseaba por la estancia vestido con una bata. Exceptuando ésta, y una especie de turbante que llevaba arrollado a la cabeza, estaba preparado para ir a la cama: esto es, se hallaba completamente desnudo.

Se trataba de un cuarto sombrío, carente de lujos. Las paredes aparecían desnudas, y no había dosel alguno sobre el pequeño y duro lecho. Las ventanas estaban cubiertas con una especie de tela opaca y aceitada. Los grandes guerreros solían tener alcobas como aquéllas -se dice que el duque de Wellington dormía en un catre de campaña, en su castillo de Walmer-, en las que no se encontraba más que una silla o un viejo baúl. En la habitación de Lanzarote se veía un cofre parecido a un ataúd, con herrajes de metal. Aparte de eso y de la cama, no había nada más que el espadón que estaba apoyado contra la pared, y los arreos del mismo, que colgaban encima.

Sobre el cofre veíase un morrión. Al cabo de un tiempo de estar paseando, Lanzarote cogió el casco, lo acercó al candil del santo y con el mismo gesto de extrañeza con que lo había hecho de chiquillo, tanto tiempo atrás, observó su imagen reflejada en el acero. Luego volvió a colocar el morrión en su sitio, y reanudó el paseo.

Cuando oyó los discretos golpes en la puerta, Lanzarote creyó que era la señal convenida. Estaba recogiendo la espada, cuando se abrió la puerta y entró Gareth.

-Perdonad que entre -dijo éste.

-¡Gareth!

Lanzarote le miró lleno de sorpresa, y luego añadió sin gran entusiasmo:

-Pasad, Gareth. Me alegra veros.

-Lanzarote, he venido a poneros sobre aviso.

El viejo caballero sonrió después de observar atentamente a Gareth unos instantes.

-Espero que no se trate de nada importante -manifestó.

-Sí, es algo muy serio.

-Está bien, cerrad la puerta, os escucho.

-Lanzarote, se trata de la reina. No sé bien cómo empezar...

-No os toméis la molestia de hacerlo, en tal caso -dijo el hombre de más edad, y colocó un brazo sobre los hombros de Gareth, comenzando a llevarle hacia la puerta-. Habéis sido muy atento al querer advertírmelo, pero creo que no podéis decirme nada que yo no conozca ya.

-Bien sabéis que haría cualquier cosa por ayudaros. No sé qué dirán mis hermanos, cuando sepan que he venido a veros, pero no puedo mantenerme al margen de esto.

-¿Qué sucede?

Lanzarote se detuvo junto a Gareth. Este declaró:

-Se trata de Agravaine y Mordred. Debéis de saber que os odian. Al menos, es Agravaine el que os aborrece, pues siente envidia de vos. Mordred, en cambio, siente mayor odio hacia Arturo. Hemos tratado de impedirlo, pero ellos han seguido adelante con sus planes. Gawain dice que no se puede hacer nada, y Gaheris no ha tomado partido alguno, como siempre. De modo que he tenido que venir yo mismo, aunque me indisponga con mis hermanos y mi clan. Os lo debo todo a vos, y no puedo consentir que suceda lo que pretenden.

-Mi pobre Gareth, en qué comprometida situación os habéis colocado...

-Los dos fueron a ver al rey y le dijeron sin más rodeos que..., que entráis en el dormitorio de la reina. Tratamos de impedir que hicieran eso, pero no nos quisieron escuchar. Eso es lo que han dicho al rey.

Lanzarote soltó a Gareth y paseó brevemente por la habitación.

-No os inquietéis por eso -repuso, volviendo junto al caballero más joven- Muchos han dicho lo mismo antes de ahora, y nunca ocurrió nada.

-No será así esta vez. Os aseguro que presiento algo terrible.

-Bah, tonterías.

-No, no son tonterías, Lanzarote. Ellos os odian. No tratarán de combatir, como ocurrió con Meliagrance. Son demasiado astutos. Harán algo para atraparos. Os atacarán por la espalda, estoy seguro.

El veterano guerrero se limitó a sonreír y a dar unas palmadas a Gareth en la espalda.

-Os estáis imaginando cosas -dijo-. Volved a casa, a la cama, amigo mío, y olvidadlo todo. Os agradezco que hayáis venido a verme, pero id a dormir tranquilo. De haberse preparado algo grave, el rey no se hubiese marchado de caza.

Gareth se mordió las uñas levemente y por fin rogó a Lanzarote:

-Por favor, no vayáis a ver a la reina esta noche.

-¿Por qué no? -preguntó Lanzarote, con gesto de sincera extrañeza.

-Estoy seguro de que se trata de una trampa. Sin duda el rey se fue esta noche a fin de que vos pudierais encontraros con la reina. Entonces Agravaine os sorprenderá.

-Arturo no haría semejante cosa.

-¡Quién sabe!

-Tonterías. Conozco a Arturo desde que vos erais un crío, y sé que no lo haría.

-Corréis un gran peligro.

-Me gusta correr riesgos.

-¡Por favor!

De nuevo comenzó Lanzarote a llevar a Gareth hacia la puerta, mientras le decía:

-Y ahora, mi querido marmitón, escuchadme. En primer lugar, conozco a Arturo, y por otra parte, también conozco a Agravaine. ¿Creéis que puedo temerles?

-Pero, la traición...

-Mirad, Gareth; una vez, cuando yo era joven, se presentó ante mí una dama persiguiendo a un halcón que se le había escapado. La traílla

del ave se enredó en la rama de un árbol, y el halcón quedó colgando, allá arriba. La dama me rogó que subiera al árbol a buscar al ave. Yo nunca fui buen trepador. Una vez que hube liberado al ave, llegó el marido de la dama, bien armado, con intenciones de cortarme la cabeza. Todo había sido una treta para hacerme quitar la armadura quedando a merced de él. Así me vi en el árbol, sin una mala daga encima.

-¿Y qué ocurrió?

-Logré derribarle del caballo con una rama, a pesar de que era mucho más diestro que el pobre y viejo Agravaine, y aparte del reumatismo que hemos ido adquiriendo con el paso de los años.

-Sé que os bastáis de sobra contra Agravaine, pero imaginad si os ataca con un grupo armado.

-No hará eso.

-Sí, lo hará.

Oyóse un suave golpeteo en la puerta, que hasta podía haber sido producido por un ratón. Lanzarote prestó atención y dijo a Gareth:

-Bien, en tal caso me vería obligado a luchar contra toda la banda. Pero es imaginar demasiado.

-¿No podéis dejar de acudir esta noche? Habían llegado ya a la puerta, y el capitán del rey habló con decisión.

-Debéis comprender que la reina ha enviado por mí -dijo-. No podría negarme, ¿os dais cuenta?

-En tal caso, veo que mi infidelidad hacia los Antiguos no ha valido de nada.

-Sí, ha servido de algo. Yo os aprecio más por haber corrido el riesgo. Pero insisto en que podemos confiar en Arturo.

-¿Iréis a pesar de todo?

-Sí, buen marmitón. Iré en seguida. Y por Dios, no pongáis esa cara tan trágica. Dejadlo todo en manos de este veterano truhán, y corred a dormir.

-Me estáis diciendo adiós.

-Tan sólo os digo buenas noches. Comprendedlo, la reina está esperando.

El viejo caballero se echó un manto sobre los hombros, tan gallardamente como en sus años mozos. Hizo girar el picaporte y se quedó en la puerta, esperando a que Gareth se marchase.

-Si pudiera deteneros -manifestó Gareth.

-Ah, pero no podéis hacerlo.

Lanzarote aún permaneció un momento ante la puerta, pensando que había olvidado algo. Luego avanzó por el oscuro pasillo, desapareciendo en las sombras mientras procuraba no dejarse dominar por la preocupación. Lo que había olvidado era su espada.



CAPITULO VII

Lanzarote era esperado por Ginebra, que a la luz de los candelabros de su magnífica alcoba se peinaba el gris cabello. Tenía un aspecto realmente encantador, como correspondía a una mujer que ahora poseía alma. En voz baja canturreaba el hermoso himno *Veni, Sancte Spiritus,* que había sido escrito por un papa, según se decía.

Las llamas de los candelabros, elevándose quietas en el aire nocturno, se reflejaban sobre los leoncillos dorados que constelaban el azul dosel de su lecho. Los adornos de los peines y los cepillos también refulgían tenuemente. Un gran cofre de latón bruñido mostraba figuras de santos incrustadas en los tableros. Las colgaduras de brocado formaban suaves pliegues sobre las paredes, en tanto que cubriendo el suelo, como muestra de increíble boato, había una alfombra. A la gente le daba reparo pisar encima, pues en esa época las alfombras no se ponían en el suelo, sino colgadas de las paredes. Hasta el mismo Arturo solía dar un rodeo para no pisarla.

Ginebra seguía peinándose y canturreando. Su voz de bajo timbre iba bien con la quietud del ambiente. De pronto se abrió la puerta suavemente y el comandante del rey entró en la estancia, dejando caer su manto negro sobre el cofre. Luego se acercó a Ginebra y se colocó detrás de ella. La reina le miró sin dar muestras de sorpresa.

-¿Puedo ayudarte? -preguntó él.

-Si lo deseas...

Lanzarote cogió el cepillo y comenzó a deslizarlo sobre la plateada cascada con diestros ademanes, mientras la reina cerraba los ojos.

Después de un momento él fue el primero en hablar.

-Tu pelo es algo así como... no sé -dijo-, no es como la seda, sino más bien como un líquido, aunque tiene algo de nube. Al fin y al cabo las nubes están hechas de agua, ¿no es cierto? Es una pálida neblina, o un mar invernal, o un manantial. O quizá como un jardín, suave y repleto de los más exquisitos aromas.

-Es un estorbo, eso es -concluyó ella.

-No, es como el mar en que nací -agregó Lanzarote, solemnemente.

La reina abrió los ojos y preguntó:

-¿Has venido sin hallar ningún contratiempo?

-Nadie me ha visto.

-Arturo dijo que regresaba mañana.

-¿Es cierto? Ah, aquí hay una cana.

-Arráncala.

-Casi no se nota -dijo él-. Oye, Jenny, ¿cómo es que tienes el pelo tan fino y hermoso? Creo que se necesitarían seis de tus cabellos para hacer uno solo de los míos. ¿Crees que debo arrancarte esa cana?

-Sí, hazlo.

-¿Te dolió?

-No.

-No me explico cómo no te ha dolido. De pequeño, cuando alguien me tiraba del pelo me dolía muchísimo. Quizá sea que al envejecer nos volvemos insensibles, y somos menos capaces de sentir tanto el goce como el dolor.

-Nada de eso -repuso Ginebra-. Es porque me has quitado un solo cabello. Si me tirases de un mechón, entonces sí me dolería. Mira, así.

Ella tendió hacia atrás su brazo, cogió el flequillo de Lanzarote y tiró de él hasta que el caballero hizo un gesto de dolor.

-Sí, sí que duele. Menos mal -dijo él.

-¿Así era como te tiraban del pelo las muchachas? -preguntó Ginebra.

-En efecto. Claro que yo les tiraba mucho más fuerte. Cada vez que me acercaba a una de ellas, se cogían la coleta con las manos y me miraban llenas de enojo.

Ella se echó a reír y dijo:

-Me alegra no haber sido una de esas chicas.

-Bueno, creo que a ti no te habría tirado de la trenza. Tu pelo es muy hermoso. Me parece que hubiera preferido hacer otra cosa con él.

-¿Qué te hubiera gustado hacer?

-Pues quizá hubiera querido ser pequeño, como un lirón, para enrollarme y echarme a dormir sobre tu cabello. Ahora mismo me gustaría hacerlo.

-No lo hagas hasta que no hayas terminado de peinarme.

-Jenny -preguntó él, súbitamente-. ¿Crees que esto durará mucho?

-¿A qué te refieres?

-Gareth vino a verme hace un momento, para decirme que Arturo se había marchado con objeto de hacernos caer en una trampa, y que Agravaine o Mordred eran los que iban a sorprendernos.

-Arturo no haría semejante cosa.

-Eso mismo contesté yo.

-...A menos que se viese forzado a ello -añadió ella, tras reflexionar un momento.

-No veo cómo podrían obligarle.

-A propósito -dijo Ginebra-, ha sido un gran gesto el de Gareth al ir contra sus hermanos.

-Creo que es una de las mejores personas que hay en la Corte. Gawain es bueno, también, pero tiene demasiado temperamento, y no perdona nada.

-Es leal.

-Sí. Arturo suele decir que aunque los Orkney luchan entre ellos como gatos salvajes, se quieren profundamente. Es un verdadero clan.

-Lanza -agregó ella, volviendo de nuevo al asunto que estaban tratando-, ¿crees que ellos pudieron haber forzado al rey a tomar esa medida?

-¿Cómo dices?

-Es que Arturo tiene un sentido de la justicia demasiado estricto.

-No termino de comprenderte.

-Me refiero a la conversación de la semana pasada. Creo que Arturo estaba tratando de advertírnoslo. ¡Escucha! ¿No oyes algo raro?

-No.

-Me pareció que había alguien junto a la puerta.

-Iré a ver.

Lanzarote abrió la puerta y miró afuera, pero no vio a nadie.

-Una falsa alarma -dijo.

-Corre el pasador.

Lanzarote corrió un madero de roble bastante grueso, que se deslizó dentro de un conducto de la pared. Regresó luego junto a Ginebra y comenzó a trenzar su brillante pelo con inusitada rapidez.

-Bah, es una tontería que nos pongamos nerviosos -manifestó él.

Ginebra aún seguía pensando en lo que habían dicho, y respondió con una pregunta.

-¿Te acuerdas de Tristán?

-Desde luego.

-Tristán solía acostarse con la mujer del rey Mark, hasta que éste le dio muerte.

-Tristán era un necio.

-A mí me parecía muy amable -dijo ella.

-Eso deseaba aparentar. Pero no era más que un pedante, como tantos otros caballeros.

-Se dice que fue el segundo, entre los mejores caballeros del mundo. En primer lugar sir Lanzarote, luego sir Tristán, después sir Lamorak...

-Tonterías -manifestó Lanzarote.

-¿Por qué has dicho que era un necio? -preguntó Ginebra.

-Bueno, es una larga historia. Tú ya no te acuerdas de lo que era la caballería antes de que Arturo fundase la Tabla Redonda, de modo que no sabes bien el mérito del hombre con quien te casaste. Seguramente no llegas a apreciar la diferencia que hay entre Tristán, por ejemplo, y Gareth.

-¿Qué diferencia hay?

-En los viejos tiempos cada caballero campaba por sus respetos. Los antiguos barones, como sir Bruce Sans Pitié, eran verdaderos forajidos. Se sabían invulnerables con sus armaduras, y hacían lo que querían. Imperaba la matanza y el libertinaje. Cuando Arturo llegó al trono, todos ellos se pusieron furiosos porque el rey creía en el Bien y el Mal.

-Aún piensa lo mismo.

-Por fortuna tiene un carácter tenaz, a ese respecto -dijo Lanzarote-. Tardó unos cinco años en poner las cosas en orden. Yo fui uno de los primeros caballeros en darme cuenta de su ideal, el cual, siendo yo joven, quedó inculcado en mi espíritu. Todo el mundo dice que soy un caballero perfecto, bondadoso, pero eso se lo debo a Arturo. Es lo que él ha querido para las generaciones más jóvenes, como la de Gareth, y ahora es lo que está de moda. Esto fue lo que llevó a la idea de buscar el Santo Grial.

-Sí, pero ¿por qué crees que Tristán era un necio? -insistió Ginebra.

-Pues porque lo era. Arturo afirma que era un bufón. Tristán vivió siempre en Cornualles, y no pudo ser aleccionado por Arturo. No obstante, cogió al vuelo algo; se enteró de que los buenos caballeros debían hacer el bien, y como él siempre seguía las modas, decidió hacer lo mismo sin entender muy bien los motivos. Era un imitador, y realmente no fue

nunca bondadoso. Se portaba mal con su mujer y estaba molestando siempre al pobre de sir Palomides, diciéndole que era un negrazo. Además, trataba vergonzosamente al rey Mark. Los caballeros de Cornualles son de los Antiguos, y siempre fueron hostiles a la idea de Arturo, en el fondo, aunque hayan tomado partido por ella.

-Como le ocurre a Agravaine -dijo Ginebra.

-Sí, la madre de Agravaine era de Cornualles. La razón por la que Agravaine me odia es porque sigo manteniendo ese ideal. Resulta curioso que los que fuimos considerados como los tres mejores caballeros, Lamorak, Tristán y yo, hemos sido aborrecidos por los Antiguos. Estos se llenaron de contento cuando Tristán fue asesinado, puesto que se había unido al ideal; en realidad, fue la familia de Gawain la que mató a sir Lamorak a traición.

-A mi entender -dijo ella-, la razón de que Agravaine te odie es porque no puede ser tan buen caballero como tú. Seguramente le importa poco que le tengan por un gran caballero, pero no puede evitar el sentir envidia por cualquiera que sea mejor que él. Aborrecía a Tristán por el revolcón que le dio cuando se dirigía a Joyous Gard, y ayudó a matar a Lamorak porque éste le había derrotado en las fustas del Priorato. ¿Recuerdas cuántas veces te has enfrentado con él, de una u otra forma?

-No, no lo recuerdo.

-Lanza, debes darte cuenta de que los otros dos caballeros a quienes él odiaba ya han muerto.

-Todo el mundo muere, más tarde o más temprano.

De pronto la reina se volvió en redondo, en su silla, y cogiéndose una trenza se quedó mirando a Lanzarote con los ojos muy abiertos.

-¡Creo que es cierto lo que ha dicho Gareth! -exclamó-. ¡Estoy segura de que se proponen sorprendernos esta noche!

Inmediatamente se puso en pie y empujó con rapidez a Lanzarote hacia la puerta.

-Vete -le dijo-. Márchate mientras aún estemos a tiempo.

-Pero, Jenny...

-No digas nada. Sé que es cierto. Lo presiento. Aquí tienes tu manto. Por favor, Lanza, vete en seguida. Recuerda que apuñalaron a sir Lamorak por la espalda.

-Vamos, Jenny, no te pongas nerviosa por nada. Es sólo una idea tuya...

-No, no lo es. Escucha, escucha.

-No oigo nada.

-Mira la puerta -susurró ella.

El picaporte, una pieza de hierro en forma de casco de caballo, se estaba moviendo muy despacio.

-¿Qué le pasa a la puerta?

-¡Mira el picaporte!

Los dos se quedaron quietos, como fascinados, mientras la manecilla seguía desplazándose como si tantearan desde el otro lado.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Ginebra-. ¡Ahora es demasiado tarde!

El picaporte volvió a descender, y entonces sobre la madera de la puerta se oyeron unos golpes contundentes dados con un objeto metálico.

La puerta era de buena calidad, de las construidas con dos capas de maderos, una con la veta horizontal y otra con la veta vertical. Desde el otro lado estaban golpeando con un guantelete de hierro. Agravaine, cuya voz surgía cavernosa desde dentro de su yelmo, gritó:

-¡Abrid la puerta en nombre del rey!

-Estamos perdidos -dijo Ginebra.

-¡Sir Lanzarote, caballero traidor! -añadió la velada voz-. ¡Os hemos atrapado!

Otras voces se unieron a la de Agravaine, y al no ser necesaria ya ninguna precaución, oyéronse resonar por el pasillo las articulaciones de las armaduras. La puerta se estremeció contra su travesaño.

-¿Hay en esta habitación alguna armadura con que pueda protegerme? -preguntó Lanzarote a Ginebra.

-No la hay. Ni siquiera hay una espada -respondió la reina.

Lanzarote quedóse inmóvil, mirando a la puerta desconcertado. Varios guanteletes eran ahora los que golpeaban sobre la madera, y las voces semejaban las de una jauría de sabuesos.

-No, Lanzarote -dijo Ginebra-. No puedes luchar; estás casi desnudo y ellos están armados y son muchos. A ti te apuñalarán y a mí me harán arder en la hoguera. Nuestro amor habrá llegado a un final trágico.

Lanzarote sentíase irritado al no poder hallar una solución para resolver el problema.

-Si al menos tuviera mi espada y la armadura -dijo él, encolerizado-. Lo que más me duele es verme cogido como un ratón en la trampa.

Echó una mirada en torno a él, por la habitación, maldiciendo su torpeza por haber olvidado las armas.

-¡Caballero traidor! -repitió la voz desde afuera-. ¡Salid de la habitación de la reina!

Otra voz, más armoniosa y con mayor dominio de sí misma, exclamó:

-Con nosotros hay catorce soldados armados, de modo que no podréis escapar.

Era Mordred, y tras sus palabras los golpes sobre la puerta se hicieron más intensos.

-¡Maldición! -dijo Lanzarote-. No podemos dejar que sigan haciendo semejante ruido. Tendré que salir, si no quiero que despierten a todo el castillo.

El caballero volvióse y tomó a Ginebra en sus brazos.

-Jenny, mi noble reina, ¿vas a obrar con calma? -le preguntó.

-Querido mío...

-Mi dulce Jenny, dame un beso. Siempre salimos con bien de otras situaciones, no te asustes ahora. No obstante, si me dieran muerte, recuerda a sir Bors. Tanto mi hermano como mis sobrinos cuidarían de ti. Envía un mensaje a Bors o a Demaris, y ellos acudirán a rescatarte, si es necesario. Te pondrán a salvo en Joyous Gard y podrás vivir en mis propias tierras, como una reina que eres. ¿Has comprendido?

-Si te matan no quiero que nadie me rescate -contestó Ginebra.

-Hazlo -dijo él, firmemente-. Es necesario que alguien quede con vida para dar explicaciones. Será la dura tarea que te corresponda. Además, quiero que reces por mí.

-Otra persona tendrá que decir las plegarias. Si te dan muerte, a mí me quemarán en la hoguera. Habré de aceptar mi fin humildemente, como reina cristiana.

El la besó tiernamente y la hizo sentar en la silla. Luego declaró:

-Es demasiado tarde para discutir. Sé que seguirás siendo Jenny, pase lo que pase, y que yo continuaré siendo Lanzarote. Ginebra le miró procurando no llorar y él agregó:

-Daría mi brazo izquierdo por tener una espada, aunque sólo fuese para que pudieran acordarse de mí.

-Lanza, si me mataran y tú pudieras salvarte me daría por contenta.

-Y yo quedaría inmensamente afligido -contestó él, sintiéndose de pronto lleno de buen humor-. Bien, tendremos que obrar lo mejor que podamos. ¡Será una molestia para mis viejos huesos, pero creo que voy a pasarlo bien!

Lanzarote colocó los candelabros encima del cofre, de modo que la luz estuviera a sus espaldas cuando abriese la puerta. Luego cogió su manto negro y lo plegó cuidadosamente a todo lo largo en cuatro partes, después de lo cual se lo arrolló sobre la mano y el antebrazo izquierdos, a modo de escudo. Cogió un escabel que había junto al lecho, lo sopesó con la diestra, y echó una última mirada en torno a la habitación. Mientras tanto el ruido iba haciéndose cada vez más intenso afuera. Algunos soldados estaban tratando de romper la puerta con sus picas, lo que se veía dificultado por las vetas cruzadas. Acercóse Lanzarote a la puerta y alzó la voz, con lo que se hizo un repentino silencio.

-¡Nobles señores! -exclamó-. Dejad de armar estrépito. Voy a abrir la puerta y entonces podréis hacer lo que queráis conmigo.

-Está bien, abrid -respondieron confusamente-. Pero no os valdrá ninguna artimaña. Podréis salvar la vida si os entregáis al rey Arturo.

Aplicó Lanzarote un hombro contra la puerta, y después corrió suavemente el pasador. A continuación, mientras aún mantenía cerrada la puerta con el hombro, pues los del otro lado habían desistido en sus esfuerzos y se hallaban a la expectativa, plantó firmemente el pie derecho en el suelo, a unos dos pies de la puerta, y quitó el hombro de la misma.

La puerta se abrió rápidamente, pero se detuvo contra su pie, dejando una estrecha abertura. Por ésta entró con toda rapidez la figura de un caballero en armadura completa, como si fuera un títere manejado por sus cordeles. Lanzarote cerró inmediatamente la puerta detrás del recién llegado y corrió el pasador. En seguida propinó al caballero un tremendo porrazo en el yelmo, con el taburete, y un momento después estaba sentado encima del pecho del hombre caído. El corpulento caballero había soltado la espada. Miraba a su adversario desde el suelo, a través de la abertura de su yelmo, y daba una sensación de gran docilidad. Lanzarote introdujo la espada por la mirilla del casco, y aferrando la empuñadura empujó con ambas manos. Luego se levantó y dijo:

-Lo siento. Tuve que matarle.

Abrió después la visera del yelmo y exclamó:

-¡Agrávame de Orkney!

Oyóse un tremendo griterío en el exterior, seguido de nuevos golpes y maldiciones. Lanzarote volvióse hacia la reina y manifestó:

-Ayúdame a ponerme la armadura.

Ella acudió en seguida y sin demostrar repugnancia se arrodilló junto al cuerpo de Agravaine y procedió a quitar al muerto las piezas protectoras más necesarias.

-Escucha -declaró Lanzarote, mientras trabajaban-. Esto nos proporciona un gran respiro. Si puedo hacerles huir, volveré por ti y vendrás conmigo a Joyous Gard.

-No, Lanza, ya hemos causado bastante daño. Si logras salvarte, es necesario que te alejes. Yo me quedaré aquí. En caso de que Arturo me perdonase, y si todo se mantiene en secreto, podrías volver más tarde. Si no me perdona, aún te sería posible acudir a rescatarme. ¿Dónde va esta pieza?

-Dámela.

-Aquí tienes esta otra.

-Sería mucho mejor que vinieras conmigo -repuso él, al tiempo que forcejeaba colocándose la cota de malla, como un futbolista se pone la camiseta.

-No. Si huyo todo se habrá perdido. Si me quedo, algo podrá arreglarse. Siempre queda el recurso de que acudas en mi ayuda en caso necesario.

-Me disgusta tener que dejarte aquí.

-Te prometo que si me condenan y logras rescatarme, iré contigo a Joyous Gard.

-¿Y si no te condenan?

-En tal caso podrás venir más tarde, y todo seguirá como hasta ahora.

-Muy bien. Puedo pasarme sin las demás piezas.

Irguióse Lanzarote empuñando la ensangrentada espada, y contempló el cuerpo exánime del hombre que había dado muerte a su propia madre.

-El hermano de Gareth -murmuró-. Tal vez estaba borracho. Dios le acoja en su seno, aunque sea absurdo decirlo.

La dama volvióse hacia Lanzarote y dijo en voz baja:

-Entonces, Lanza, nos despedimos... por un tiempo.

-Adiós, Jenny.

-¿Un beso? -preguntó ella.

Lanzarote hizo ademán de besarle la mano, ya que estaba revestido con la armadura y muy manchado de sangre. Ambos pensaron inmediatamente en los trece hombres que había afuera. Ginebra dijo entonces:

-Me gustaría darte algo mío, Lanza, y tener yo algo tuyo. ¿Quieres que cambiemos de anillos? Así lo hicieron ambos.

-Dios te acompañe con mi anillo -agregó ella-, como yo misma te acompaño.

Lanzarote dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta. Desde afuera estaban gritando:

-¡Salid de la habitación de la reina! ¡Habéis traicionado al rey! ¡Abrid la puerta!

Hacían todo el ruido posible para que aumentara el escándalo. Lanzarote se colocó de cara a la puerta aún cerrada, con las piernas bien separadas, y repuso:

-Dejad de gritar, sir Mordred, y aceptad mi consejo: marchaos de esta puerta sin armar más alboroto. De hacerlo así, mañana me presentaré ante el rey, y vos o cualquiera de los vuestros podrán acusarme de traición. Allí os contestaré como un caballero debe responder a otro.

-¡Muerte al traidor! -gritó Mordred-. Os cortaremos la cabeza en cuanto os pongamos el guante encima.

Otra voz gritó:

-No, entreguémosle al rey Arturo, para que él decida si se salva o muere.

Lanzarote se bajó la visera sobre el sombrío rostro, y empujó de nuevo el pasador hacia un lado. La gruesa puerta se abrió con violencia y dejó ver el umbral atestado de hombres revestidos de armaduras.

-¡Ah, caballeros! -dijo Lanzarote, amenazadoramente-. No hay otra solución con vosotros, ¿verdad? Entonces, ¡en guardia!



CAPITULO VIII

El clan de Gawain se hallaba en la Sala de Justicia, una semana más tarde. La estancia tenía un aspecto diferente a la luz del día, ya que las ventanas aparecían ahora libres de colgaduras. El salón había perdido algo su aspecto de cubo perfecto. Los rayos del sol vespertino entraban a raudales iluminando el tapiz que representaba a Betsabé en las almenas de un castillo, ante centenares de caballos, lanzas de trazos paralelos, yelmos y armaduras que atestaban el escenario de la batalla en que Uriah resultara muerto. El propio Uriah aparecía cayendo de su caballo, como si fuera un jinete inexperto, por efectos de un mandoble que uno de los caballeros enemigos le había propinado. La espada del contrario le estaba seccionando en dos partes, y una especie de gusanos de color rojizo le salían por la herida de manera muy realista, pretendiendo representar las entrañas del vencido.

Gawain se hallaba sentado silenciosamente en uno de los bancos laterales reservado para los demandantes, con los brazos cruzados y la cabeza apoyada en el tapiz que había detrás. Recostado sobre la larga mesa, Gaheris jugueteaba con una caperuza de halcón. Gareth se encontraba junto a él, mirando cómo su hermano manipulaba la caperuza de cuero. Mordred, con el rostro muy pálido y un brazo en cabestrillo, se apoyaba contra una ventana, mirando hacia afuera. Parecía sentir fuertes dolores. No obstante, dijo:

-El verdugo va a empezar.

-Ah...

-Será una muerte cruel -agregó-. Utilizan madera reseca, por lo que no habrá humo y ella se quemará en lugar de morir asfixiada.

-Así parece -observó sir Gawain, de mala gana.

-Pobre mujer -dijo aún Mordred-. Casi siente uno piedad por ella.

Gareth se volvió hacia él lleno de ira.

-Debiste pensar eso antes -manifestó.

-Ya ponen los últimos maderos -informó Gaheris, que estaba también junto a la ventana.

-Me parece -prosiguió Mordred en una especie de soliloquio- que nuestro soberano debiera presenciar la ejecución desde esta misma ventana.

Gareth perdió la paciencia por completo y repuso:

-¿No puedes contener la lengua por un momento? Cualquiera diría que gozas viendo quemar a la gente.

-A ti te ocurre también eso -manifestó Mordred, desdeñosamente-, aunque no lo confieses.

-¡Por Dios, cállate de una vez!

Intervino ahora Gaheris, que dijo lentamente:

-Creo que ya no hay por qué preocuparse.

Mordred se enfrentó con él al instante, y preguntó lleno de cólera:

-¿Qué es eso de que no hay por qué preocuparse?

-Lo que ha dicho -terció Gawain, no menos irritado-. ¿Crees que Lanzarote no vendrá a rescatarla? Lo hará, porque no es ningún cobarde.

Mordred estaba reflexionando rápidamente. Aún seguía junto a la ventana, pero en lugar de estar sereno parecía haberse puesto nervioso.

-Si trata de salvarla -dijo-, habrá lucha. El rey Arturo dará la orden.

-El rey Arturo se limitará a observarlo desde aquí.

-Pero eso es monstruoso -estalló Mordred-. ¿Vais a decirme que consentirán que Lanzarote escape con la reina ante nuestras propias narices?

-Eso es justamente lo que va a ocurrir.

-¡En tal caso, nadie resultará castigado!

-¡Por todos los cielos! -exclamó Gareth-. ¿Acaso deseas realmente que quemen a una mujer?

-Sí, sí, lo quiero -dijo Mordred-. Gawain, ¿vas a permitir que ocurra eso, después de la muerte de tu propio hermano?

-Ya se lo advertí a Agravaine -contestó en voz baja Gawain.

-¡Cobarde! ¡Gareth, Gaheris, obligadle a hacer algo! No podemos consentir que esto ocurra. Lanzarote dio muerte a Agravaine, vuestro hermano.

-Según tengo entendido, Mordred, Agravaine se presentó con otros trece caballeros, con armadura completa, y trató de matar a Lanzarote cuando no tenía puesto nada más que un camisón. El resultado fue que el propio Agravaine resultó muerto, así como los demás caballeros, menos uno, que salió huyendo.

-Yo no huí -exclamó Mordred.

-Pero has sobrevivido.

-Gawain, te juro que no escapé. Luché contra él como pude, pero me rompió un brazo y no pude hacer más. Por mi honor, Gawain, te aseguro que traté de luchar.

Mordred casi estaba llorando, y aún agregó:

-No soy ningún cobarde.

-Si no saliste huyendo -dijo Gaheris-, ¿cómo es posible que Lanzarote te dejase marchar después de matar a los demás? A él le convenía rematar a todos los que pudiera, para que no hubiese testigos.

-Me rompió un brazo.

-Sí, pero no te mató.

-He dicho la verdad.

-Sin embargo, no te dio muerte.

Entre el dolor de la fractura y su ira mal contenida, Mordred comenzó a llorar como un chiquillo.

-¡Traidores! -exclamó-. Siempre ha ocurrido así. Como no soy fuerte os ponéis en contra mía. Siempre estáis de parte de los patanes llenos de músculos, y no creéis lo que os digo. Agravaine ha muerto, y no queréis que castiguen a nadie por ello. ¡Traidores, traidores!

Mordred volvió a derramar lágrimas en el momento en que el rey hacía su entrada. Arturo, con aspecto cansado, avanzó lentamente hacia el trono y se sentó en él. Hizo entonces una seña a los hermanos para que ocuparan sus respectivos asientos.

Gawain se dejó caer en el banco del que se había levantado, en tanto que Gareth y Gaheris permanecían de pie, observando al rey con mirada compasiva, mientras continuaban oyéndose los sollozos de Mordred.

El rey se acarició la frente con una mano, y al fin preguntó:

-¿Por qué llora?

-Nos estaba explicando -replicó Gawain- cómo Lanzarote mató a trece caballeros, y decidió en última instancia perdonarle la vida a él. Da la impresión de que hay entre ellos un sentimiento de afecto, aunque no lo parezca.

-Creo que eso tiene una explicación -dijo Arturo-. Hace unos diez días pedí a sir Lanzarote que no diera muerte a mi hijo.

-Gracias -repuso Mordred, rencoroso y amargamente.

-No tienes que agradecérmelo, Mordred. Es a Lanzarote a quien debes darle las gracias.

-Mejor sería que me hubiese matado.

-Me alegra que no lo haya hecho. Trata de ser un poco comprensivo, hijo mío, ahora que nos vemos en estas dificultades. Recuerda que soy tu padre, y que no me queda más familia que tú.

-Quisiera no haber nacido.

-También yo hubiese preferido eso, mi pobre muchacho, pero el caso es que naciste, de modo que hay que solucionar las cosas lo mejor que se pueda.

Mordred se adelantó hacia Arturo rápidamente, con una especie de disimulo vergonzoso.

-Padre -dijo-, ¿sabéis que Lanzarote va a venir a rescatar a Ginebra?

-Estaba pensando que ocurriría eso.

-¿Habéis apostado caballeros y soldados para detenerle? ¿Habéis colocado una buena guardia?

-La guardia es buena, como de costumbre, Mordred. He tratado de ser justo.

-Padre -añadió Mordred, ansiosamente-. Enviad a Gawain y a estos dos a que la refuercen. De ese modo habrá más seguridad.

-¿Y bien, Gawain?

-Gracias, tío. Habría preferido que no me lo hubieseis preguntado.

-Debo preguntártelo, Gawain, para hacer justicia a la guardia que ya está allí. Comprende que no sería justo dejar una defensa endeble sabiendo que Lanzarote puede presentarse. Eso supondría traicionar a mis hombres, sacrificar sus vidas.

-Debo contestaros, majestad, que no deseo ir. Ya advertí que no quería saber nada con este asunto. No quisiera ver arder a la reina Ginebra, y tengo esperanzas de que no ocurra tal cosa. Menos desearía yo contribuir a quemarla. Eso es lo que pienso.

-Suena a traición -dijo Arturo.

-Quizá, pero no puedo evitar un sentimiento de afecto por la reina.

-También yo tengo cariño a la reina, Gawain, y por eso me casé con ella. Pero cuando surge un asunto de justicia pública, los sentimientos deben dejarse a un lado.

-Me temo que no pueda acallar tan fácilmente mis sentimientos -dijo Gawain.

El rey volvióse a los demás y preguntó:

-¿Y vosotros, Gareth y Gaheris? ¿Me complaceríais colocándoos vuestras armaduras y reforzando la guardia?

-Tío, por favor, no nos pidáis eso.

-No es para mí un placer pedíroslo, Gareth.

-Lo comprendemos, pero, por favor, no nos obliguéis. Lanzarote es nuestro amigo, y no podríamos luchar contra él. El rey le cogió una mano y repuso:

-Lanzarote hubiera esperado que cumplierais vuestro cometido, fuera contra quien fuese. También él es fiel a la justicia.

-No podría combatir contra él, tío. Fue Lanzarote quien me armó caballero. Iré si me lo pedís, pero no llevaré armadura. Me temo que lo mío también sería una traición.

-Yo estoy dispuesto a ir con armadura -dijo Mordred-, aunque tengo el brazo roto.

Gawain observó sarcásticamente:

-Eso sería muy peligroso para ti, cuando el rey ha pedido a Lanzarote que no te hiera.

-Calla, traidor.

-¿Y Gaheris, qué dice? -preguntó el rey.

-Yo iría junto con Gareth, desarmado.

-Bueno, creo que esto es todo lo que yo podía hacer. Espero no haber dejado de intentarlo.

Gawain se puso en pie y avanzó desde su banco hacia el rey mostrando un gesto de satisfacción.

-Habéis hecho mucho más de lo que cualquiera podía esperar -dijo Gawain afablemente, cogiendo entre sus manazas la mano llena de venas azulinas del anciano-. Y ahora dejad que mis hermanos vayan desarmados. Lanzarote no les hará daño, cuando los reconozca. Yo me quedaré con vos.

-Id, entonces.

-¿Digo al verdugo que empiece?

-Sí, si lo deseas, Mordred. Entrégale mi anillo, y pide antes la autorización a sir Bevidere.

-Gracias, padre, gracias. En un momento habré terminado.

El hombre de pálido semblante, ardiendo de entusiasmo y con una extraña muestra de gratitud, salió rápidamente de la habitación. Siguió detrás de sus hermanos, que iban a reunirse con la guardia. Sus ojos relucían, y sus labios se curvaban nerviosamente.

El viejo rey, que había quedado con Gawain, ocultó su rostro entre las manos.

-Bien pudo haberlo hecho con un poco más de disimulo -dijo-. Al menos Mordred podía aparentar que no le complacía realizar esa tarea.

-No temáis, tío -declaró Gawain, colocando una mano sobre la encorvada espalda-. Todo saldrá bien. Lanzarote la rescatará a tiempo; Ginebra no sufrirá daño alguno.

-He tratado de cumplir con mi deber.

-Sois digno de admiración.

-La condené porque es lo que manda la Justicia. Pero hice lo posible porque no se cumpliera la sentencia.

-No se llevará a cabo. Lanzarote la pondrá a salvo.

-Gawain, no debes pensar que ahora estoy tratando de que la rescaten. Yo represento a la justicia de Inglaterra, y nuestra misión en este momento es hacer que Ginebra muera en la pira, sin que nos queden remordimientos de conciencia.

-Sí, tío, y nadie negará que habéis hecho lo que corresponde, pero eso no es obstáculo para que ambos deseemos de todo corazón que ella se salve.

-Ah, Gawain -repuso el anciano rey-, no en vano he estado casado con ella tantos años...

El caballero más joven dio media vuelta y se dirigió hacia la ventana.

-No os preocupéis, todo saldrá bien -dijo.

-No sé por qué decís que todo saldrá bien -repuso el anciano con gesto atormentado-. Aun cuando Lanzarote acuda a rescatar a Ginebra, tendrá que matar a esos inocentes individuos de la guardia que he colocado junto a la pira. Ellos confiaban en mí, y yo los he mandado ahí a sabiendas de lo que puede ocurrir. Para que Ginebra se salve, ellos tienen que morir. Si ellos no mueren, Ginebra morirá en la hoguera. Morirá quemada viva, entre atroces sufrimientos, ella, mi querida Ginebra.

-No penséis en eso, tío. No llegará a ocurrir -aseguró Gawain.

Pero el rey se hallaba moralmente deshecho.

-¿Por qué no viene de una vez? -murmuró-. ¿A qué está esperando?

-Tiene que aguardar a que Ginebra esté al descubierto, en la plaza, pues de otra forma tendría que asaltar el castillo.

-Traté de avisarlos, Gawain. Procuré advertírselo a ambos hace unos días, antes de que los sorprendieran. Pero resultaba difícil decir las cosas claras, sin dañar los sentimientos de las personas. Y yo también me comporté como un necio; al preferir no darme cuenta de los hechos. Esperaba que de ese modo todo acabaría en nada. ¿No crees que fue culpa mía? ¿No te parece que podría haberlos salvado, de haber intentado algo más?

-Hiciste todo lo posible.

-Cuando yo era joven -manifestó Arturo-, cometí una mala acción, y he arrastrado mi vergüenza toda la vida. ¿Crees que puede enmendarse una perversidad si más tarde se procura hacer el bien? Yo no lo creo. He tratado de llevar a cabo actos buenos desde entonces, pero no adelanto nada. ¿No te parece, Gawain, que esto es consecuencia de aquella mala obra?

-No lo creo.

-¡Qué terrible es esperar de este modo! -exclamó el rey-. Y aún debe de ser peor para Ginebra. ¿Por qué no la traen de una vez, para que concluya todo?

-No tardarán en sacarla.

-Me pregunto si ha sido mía la culpa. Tal vez debí negarme a aceptar la evidencia de Mordred, impidiendo que se realizase este asunto. Quizá pude absolverla, aun cuando la acusaban, o bien pude promulgar una nueva ley. ¿No crees que hubiera sido mejor hacer eso?

-Sí, tal vez -repuso Gawain.

-Pude obrar como yo quería.

-Es cierto.

-Pero ¿qué habría sido de la Justicia entonces? ¿Cuáles hubieran sido las consecuencias? No, no puedo olvidar a aquellos niños ahogados. Los he tenido presentes esta última noche, en mis sueños.

Gawain habló ahora con un tono diferente, serenando su voz.

-Debéis olvidaros de lo que no tiene remedio, y guardar vuestra energía para los asuntos difíciles. ¿Lo haréis?

El rey se cogió a los brazos de su trono y repuso:

-Sí.

-Más vale que os acerquéis a la ventana -declaró Gawain-. Van a sacar a Ginebra.

El anciano no hizo movimiento alguno, con excepción de sus dedos, que se aferraron a la madera. Permaneció inmóvil, mirando hacia el frente. Luego se puso en pie apoyándose en las manos, y se adelantó a cumplir con su deber. A menos que él estuviera presente, la ejecución no sería legal.

-Lleva un camisón blanco -dijo Gawain.

Los dos permanecieron quietos, observando al populacho. Algo había en el sentir de los dos hombres que les impulsaba a hablar.

-Sí -repuso Arturo.

-¿Qué hacen ahora?

-No lo sé.

-Creo que están rezando.

-Sí, el obispo está delante de ella.

Observaron orar a la gente, y el rey dijo:

-Qué aspecto tan extraño tienen.

-Yo los veo como siempre.

-¿Te parece que puedo sentarme, ahora que ya me han visto? -preguntó Arturo, como si fuera un niño.

-Debéis continuar mirando.

-Creo que no voy a poder hacerlo.

-Es necesario.

-Pero, Gawain, ¿y si ella vuelve la mirada hacia aquí?

-Si no miráis, la ejecución no será legal.

Afuera, en la plaza del mercado que se extendía ante la ventana, la gente parecía estar cantando un himno. Resultaba imposible apreciar los versos ni la melodía. Podían ver a los clérigos ocupados con todas las formalidades relativas a la ejecución, a los caballeros que permanecían inmóviles, en guardia, y las cabezas de la gente, como nueces de coco en torno a la plaza.

No resultaba fácil ver a la reina, que quedaba un tanto oculta por el ceremonial y que era conducida de un sitio a otro por un grupo de funcionarios y confesores, siéndole presentado primeramente el verdugo, haciéndola arrodillar para luego orar, exhortándola a que dirigiese la palabra a la gente, rociándola con agua bendita, entregándole cirios para que los llevase encendidos, siendo perdonada y pidiéndole que perdonase, y rogándole que dejara esta vida con toda dignidad. Como puede verse, en

la Edad de las Tinieblas no se dejaba nada al azar, ni mucho menos, cuando se trataba de un asesinato legal.

-¿Puedes ver si llega alguien al rescate? -preguntó el rey.

-No -repuso Gawain.

-Me parece que tarda bastante.

Más allá de la ventana los cánticos habían cesado. En su lugar se había hecho un silencio impresionante.

-¿Cuánto va a durar esto?

-Unos minutos, aún.

-¿La dejarán rezar?

-Sí.

De pronto el anciano inquirió:

-¿Crees que nosotros también debiéramos orar?

-Si es vuestro deseo...

-¿Tenemos que arrodillarnos?

-Dudo que eso tenga importancia.

-¿Qué vamos a rezar?

-No lo sé.

-Tal vez el padrenuestro. Es lo único que recuerdo.

-Con eso creo que bastará.

-¿Lo rezamos juntos?

-Si lo creéis necesario...

-Gawain, voy a arrodillarme.

-Yo seguiré de pie -manifestó el señor de Orkney. Ya había comenzado la plegaria cuando un lejano sonido de trompetas se dejó oír más allá del mercado.

-¡Escucha, sobrino!

La oración se había interrumpido al comenzar.

-Llegan soldados. ¡Y caballos, me parece! -dijo Gawain.

Arturo se puso en pie y acercóse a la ventana.

-¿Por dónde? -preguntó.

-¡Oíd las trompetas!

El sonido de los bronces llegaba ahora claro y penetrante hasta la habitación. El rey, sacudiendo a Gawain por un codo, comenzó a gritar con voz temblorosa:

-¡Mi Lanzarote! ¡Ya sabía que iba a venir!

Gawain también se irguió dominado por la emoción.

-¡Sí, es Lanzarote! -manifestó.

-¡Mírale; su armadura parece de plata!

-Y el blasón es de plata y gules!

-¡El jinete bendito!

-¡Cuántos vienen con él!

Y lo cierto es que el espectáculo era digno de verse. La plaza del mercado se convirtió en un torbellino, cual si fuese una escena del salvaje Oeste. La gente corría de un lado a otro, los caballeros de guardia intentaron montar en sus corceles, y con el pie en un estribo comenzaron a dar vueltas sobre un punto siguiendo a sus caballos. Los acólitos arrojaban sus incensarios, los sacerdotes se abrían paso como podían, y los obispos, que deseaban quedarse, eran arrastrados por la multitud,

mientras su báculo iba tras ellos como un estandarte llevado en alto por algún fiel diácono. Un palio, que sostenían por los cuatro palos, se venía abajo por uno de sus costados, como un transatlántico que se hunde en el océano.

El alud de caballeros con armas relucientes y trompetas resonantes desembocó en la plaza. Sus cabezas emplumadas parecían las de un grupo de indios, mientras sus espadas subían y bajaban como accionadas por algún extraño mecanismo. Abandonada por el grupo de clérigos que la ocultaban mientras se ofrecían las últimas preces, Ginebra parecía ahora un faro en medio del mar. Con su blanco camisón, permanecía inmóvil en medio de la acción, atada a la estaca de la pira. La batalla se desarrollaba a sus pies.

-¡Qué movimiento de caballos!

-Ningún otro escuadrón podía cargar así.

-¡Ah, pobres guardias!

Arturo se retorcía las manos.

-Un caballero ha caído.

-Es Segwarides.

-¡Qué confusión!

-Los embates de Lanzarote -dijo el rey, con vehemencia- siempre fueron irresistibles. ¡Ah, qué empuje!

-Ese es sir Pertilope.

-No, es sir Perimones, su hermano.

-Mirad esos mandobles, tío, fijaos en los blasones. ¡Buen golpe, sir Gillimer, buen golpe!

-¡No, no, mira a sir Lanzarote! Observa cómo golpea y rasga. Ahí cae desmontado Agloval. Mira, ahora Lanzarote se acerca a la reina.

-Príamo va a detenerle.

-¿Príamo? Tonterías. ¡Venceremos, Gawain, venceremos! El corpulento escocés también se movía lleno de entusiasmo, pero inquirió:

-¿A quién os referís al decir «venceremos»?

-Bueno, bueno, vencerán. Me refiero a sir Lanzarote, desde luego. El ganará. Ahí cae ahora sir Príamo.

-Sir Bors ya ha caído.

-Ah, mira, Lanzarote ha traído una túnica para Ginebra.

-Es cierto.

-Mi Lanzarote no permite que mi Ginebra continúe vestida sólo con un camisón.

-No, claro que no.

-Le coloca la túnica.

-Y ella le sonríe.

-Dios les bendiga, criaturas. Pero continúa el ataque.

-Casi está terminando.

-Confío en que no harán más estragos que los indispensables.

-Lanzarote no se excedería en eso.

-¿No es Damas el que está debajo de ese caballo?

-Sí. Damas siempre usa cimera roja. Creo que ya está cesando el ataque. Con qué rapidez han actuado…

-Ginebra ya está libre.

El toque de las trompetas invadió de nuevo la habitación, esta vez con una llamada diferente.

-Todo ha concluido, tocan la retirada.

-Esperemos que no haya muchos heridos. ¿Puedes verlos? Habrá que acudir en su ayuda.

-Tendremos bastantes bajas -dijo Gawain.

-Nuestra fiel guardia...

-Pasan de la docena.

-¡Mis valientes! ¡Y ha sido por mi culpa!

-Yo diría que nadie en particular ha tenido la culpa, quitando a mi hermano que ya está muerto. Mirad, ya se llevan a la reina.

-Dios los bendiga, criaturas. Pero continúa el ataque.

-¿Debo saludarla con el brazo?

-No.

-¿No lo consideras apropiado?

-No.

-Bien, en tal caso no lo haré. De todos modos, me hubiera gustado hacer algo al verla marchar.

Gawain se volvió hacia el rey con una expresión de afecto pintada en el rostro.

-Tío Arturo -dijo-, sois un gran hombre. Ya os había dicho que Lanzarote llegaría a tiempo.

-Y tú también eres un gran hombre. Un gran hombre, y muy bueno también.

Ambos se besaron alegremente al uso antiguo, en las mejillas.

-¿Y ahora, qué podemos hacer?

-Eso debéis decidirlo vos.

El anciano monarca miró a su alrededor, como si buscara por allí la respuesta. Su edad, y hasta los indicios de una enfermedad, habían desaparecido de él. Parecía más erguido que antes, y sus mejillas estaban ahora sonrosadas. Las arrugas de su rostro se atenuaban con el gozo.

-Me parece que debiéramos celebrarlo con unos buenos tragos.

-Perfecto, llamemos al paje.

-¡Paje! ¡Paje! -gritó Arturo, ante la puerta-. ¿Dónde demonios te has metido? Ah, ahí estabas, gusanillo. Tráenos algo de beber. ¿Qué estabas haciendo, mirando cómo quemaban a tu ama, verdad? Vamos, date prisa.

El muchacho replicó prestamente al benévolo rey y bajó corriendo de nuevo las escaleras.

-¿Y después de la bebida? -preguntó Gawain.

Arturo se acercó a él lleno de gozo, mientras se frotaba las manos.

-Aún no lo he pensado. Algo habrá que hacer. Quizá consigamos que Lanzarote se disculpe, o lleguemos a un acuerdo y entonces puedan regresar. Tal vez acceda a explicar que estaba en el dormitorio de la reina porque ella le había mandado llamar para pagarle lo estipulado en el combate contra Meliagrance, y no deseaban que trascendiera demasiado ese pago. Luego él resolvió salvarla, como es natural, porque sabía que la reina era inocente. Sí, creo que podría arreglarse algo por el estilo. Pero será conveniente que se porten mejor en el futuro.

El entusiasmo de Gawain se había desvanecido ante el de su tío. El caballero habló lentamente, con la vista clavada en el suelo.

-Dudo mucho... -comenzó diciendo. Interrumpióse, y tras una breve pausa, durante la cual el rey le miró, prosiguió diciendo:

-Dudo mucho que todo esto pueda arreglarse, mientras Mordred siga con vida.

Alzando los cortinajes de la puerta con su pálida mano el fantasmal individuo, que aparecía con media armadura, el brazo herido sin protección y en cabestrillo, se detuvo en el umbral.

-Nunca -repitió el recién llegado, dramáticamente-, mientras Mordred siga con vida.

Arturo se volvió en redondo a causa de la sorpresa. Vio los febriles ojos y se dirigió hacia su hijo con un gesto de preocupación en el rostro.

-¡Ah, Mordred!

-Ah, Arturo.

-No te dirijas al rey de esa forma. ¿Cómo te atreves a hacerlo? -dijo Gawain.

-Y tú no me hables.

La voz desprovista de tono de Mordred detuvo al rey a medio camino.

-Vamos -dijo Arturo, suavemente-, ya sé que ha sido una terrible carnicería. Lo vimos desde la ventana. Pero sin duda es mejor que tu tía esté a salvo, y que la justicia haya quedado satisfecha...

-Ha sido una terrible carnicería -repitió Mordred. Su voz era casi la de un autómata, y sin embargo estaba repleta de significados.

-Los guardias...

-Basura.

Gawain se volvió hacia su hermanastro como impulsado por un mecanismo. Todo su cuerpo giró rígidamente.

-Mordred -preguntó con acento pesaroso-: ¿dónde has dejado a Gareth?

-Pregunta mejor dónde dejé a mis dos hermanos.

-Vamos, dilo.

-Vete a buscarlos, Gawain, entre los que están en la plaza.

-Gareth y Gaheris... -comenzó a decir Arturo.

-Yacen en el suelo, y es difícil reconocerlos a causa de la sangre que los cubre.

-No estarán heridos, ¿verdad? Iban desarmados. No les habrán herido, ¿eh?

-Están muertos.

-¡Cielos!

-Sí, cielos, Gawain -dijo Mordred.

-Pero si no llevaban armadura -protestó el rey.

-No, no llevaban armadura.

Gawain dijo entonces, con tono amenazador:

-Mordred, como estés diciendo una mentira...

-El justiciero Gawain va a matar al último miembro de su familia.

-¡Mordred!

-Sí, Arturo -replicó el aludido, volviendo hacia el rey un rostro pétreo, mezcla insana de veneno, mansedumbre y dolor.

-Si es cierto, es algo horrible. ¿Quién pudo matar a Gareth y a Gaheris, desprovistos de armas?

-¿Quién? -repitió Gawain.

-No iban a luchar, sino a hacer acto de presencia, como yo les dije -manifestó Arturo-. Además, Lanzarote es el mejor amigo de Gareth. Parece imposible. ¿Estás seguro de que no has sufrido un error?

La voz de Gawain llenó de pronto la habitación con inusitada fuerza.

-Mordred, ¿quién mató a mis hermanos? -preguntó-. ¿Quién los mató?

Gawain se acercó al lisiado hirviendo de ira.

Mordred agregó entonces:

-¿Quién iba a matarlos más que Lanzarote, mi rudo amigo?

-¡Mentiroso! Iré a verlo.

Salió Gawain de la estancia sin detenerse, con el mismo impulso que le había llevado junto a su hermano.

-Dime, Mordred, ¿estás seguro de que han muerto? -dijo Arturo.

-Gareth tenía la cabeza herida -repuso el otro con indiferencia-, y una expresión de sorpresa. Gaheris no tiene expresión alguna, porque su cabeza está partida por la mitad.

El rey sintióse más asombrado que horrorizado. Al fin dijo con meditabundo y hondo dolor:

-Lanzarote nunca hubiera hecho eso. El los conocía y los amaba. El armó caballero a Gareth. Jamas hubiera hecho tal cosa.

-No, claro que no.

-Pero has afirmado que él lo hizo.

-Sí, lo he dicho.

-Debió ser una equivocación.

-Tuvo que serlo.

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que el puro y justo Caballero del Lago, al que dejasteis que os hiciera cornudo y que os quitara la mujer, se divirtió antes de marcharse asesinando a mis dos hermanos, que iban desarmados y eran sus mejores amigos.

Arturo sentóse en el banco. El pajecillo, que llegaba en ese momento con las bebidas solicitadas, se inclinó dos veces y preguntó:

-¿Bebéis, majestad?

-No, llévate eso.

-Sir Lucano, el mayordomo, majestad -agregó el paje-, pregunta si puede prestar ayuda a los heridos de la plaza, y que dónde puede conseguir vendajes.

-Que se lo diga a sir Bevidere.

-Sí, majestad.

-Paje...

-¿Majestad?

-¿Cuántas bajas hay?

-Se dice que han muerto dieciocho caballeros, señor. Sir Belliance el Orgulloso, sir Segwarides, sir Griflet, sir Brandiles, sir Agloval, sir Tor, sir Gauter, sir Gillimer, los tres hermanos Reynolds, sir Damas, sir Príamo, sir Kay el Forastero, sir Driant, sir Lambegus, sir Herminde y sir Pertilope.

-¿Y Gareth y Gaheris?

-No he oído nada acerca de ellos, majestad.

Jadeando intensamente, el corpulento pelirrojo entró de nuevo en la estancia. Corrió hacia Arturo, y como un chiquillo dijo entre sollozos:

-¡Es cierto! ¡Es cierto! Encontré a un hombre que los vio. Los pobres Gaheris y Gareth han muerto, y estando desarmados...

Gawain cayó de rodillas y enterró su cabeza de pelo amarillento en el manto del anciano rey.



CAPITULO IX



eis meses después, durante un día invernal, Joyous Gard se hallaba sitiada. El sol brillaba oblicuamente, pero el viento del norte hacía que por ese lado los bastiones apareciesen blancos por la helada. Fuera del castillo los estorninos y las avefrías de verde plumaje buscaban ansiosamente algo que comer entre las rígidas hierbas. Los árboles de hojas caducas alzaban sus esqueletos como si fueran dibujos del aparato circulatorio o del sistema nervioso. Si se les daba una patada, los excrementos de las vacas saltaban como si fueran de madera. Todo tenía el color del invierno. Los desvaídos musgos parecían cojinillos verdes dejados al sol durante mucho tiempo. Las coníferas aparecían recubiertas hasta en las hojas con una capa blanquecina y brillante. El hielo crujía en los charcos y en el helado foso. Joyous Gard alzaba su hermosa estampa bajo los tenues rayos del sol. En el castillo de Lanzarote reinaba la actividad. No es posible hacerse una idea del aspecto de la fortaleza por los arruinados baluartes que hoy alcanzan a verse, con las piedras caídas en algunas partes. Las murallas estaban revocadas, y al haber puesto cromo en el yeso, el castillo despedía un fulgor dorado. Sus torrecillas eran cónicas, al uso francés, y poseían complicados bastiones interiores. Había un notable puentecillo cubierto, como el de los Suspiros, que iba desde la capilla a la torre del homenaje. Veíanse escaleras exteriores que ascendían Dios sabe adonde, quizá hasta el cielo. Las chimeneas surgían también de los lugares más insospechados. Ventanas de vidrios estañados, a salvo en la altura, relucían donde antes hubiera paredes lisas. Estandartes, gárgolas, veletas, espiras, cruces y campanarios atestaban los ángulos y puntos más altos de los techos. El lugar era una ciudadela más que un castillo; era como un delicado pastel, y no un rústico bollo como la vieja fortaleza de Dunlothian.

En torno al alegre castillo se hallaba el campamento de los sitiadores. Los reyes, en aquellos días, llevaban sus tapices con ellos a la batalla, procurando hacer más cómoda su estancia durante la campaña. Las tiendas eran rojas, verdes, ajedrezadas, listadas. Algunas eran de seda. Entre un océano de colores, cuerdas, banderolas, soldados y escuderos, Arturo de Inglaterra se había asentado en el interior de su gran pabellón, con el propósito de rendir por hambre a su antiguo amigo.

Lanzarote y Ginebra se encontraban de pie ante la chimenea del salón. El fuego no se encendía ya en el centro de las habitaciones, igual que antes, dejando que escapara el humo como mejor pudiera, por orificios en el techo. Ahora había ya hogares propiamente dichos, ricamente trabajados y exhibiendo el blasón de los propietarios, en este caso las armas de Benwick. Casi medio tronco se consumía en la gran chimenea del salón de Lanzarote. La helada caída afuera había vuelto el suelo demasiado resbaladizo para los caballos, por lo que era día de tregua, aunque no se hubiese declarado así abiertamente.

Ginebra estaba diciendo en ese momento:

-No me explico cómo pudiste hacerlo.

-Yo tampoco, Jenny. No sé siquiera si lo hice, aunque todo el mundo lo afirma así.

-¿No recuerdas nada?

-Estaba excitado por el combate, imagino, y temeroso por tu suerte. Había un montón de soldados esgrimiendo armas, y de caballeros procurando detenerme. Tuve que abrirme paso a la fuerza.

-Hubiera sido impropio de ti.

-¿No creerás que lo hice adrede, verdad? -preguntó él, amargamente-. A Gareth le tenía un gran afecto; casi me consideraba su padrino. Pero basta, dejemos de pensar en eso, por Dios.

-No te preocupes -repuso Ginebra-. Me atrevería a decir que ha sido mejor para él, pobrecillo.

Lanzarote dio una patada al tronco mientras se apoyaba pensativamente en la repisa de la chimenea y contemplaba las relucientes brasas.

-Tenía los ojos muy azules... -dijo. Callóse un momento, como si los viera en lo más oscuro del fuego, y luego añadió:

-Cuando llegó a la Corte no dijo de qué familia procedía. Era porque había huido de su casa. Hubo una disputa entre su madre y Arturo, y la mujer no quería que Gareth se trasladase a la Corte. Pero él no podía evitarlo. Sentía la llamada de la Caballería y el honor; de modo que vino a donde estábamos nosotros sin decir quién era. Ni siquiera pidió que le armasen caballero. Le bastaba con permanecer allí hasta probar sus méritos.

Lanzarote empujó con el pie un trozo de tronco que había caído hacia un lado.

-Kay le puso a trabajar en la cocina, y le dio un apodo, Bellasmanos, que aludía sarcásticamente a sus hermosas manos. Kay siempre fue un fanfarrón. En fin, todo aquello parece haber transcurrido hace tanto tiempo...

En medio del silencio, mientras ambos personajes se apoyaban con un codo sobre la chimenea, avanzando un pie hacia el fuego, las livianas cenizas se hundieron con un ruido sordo.

-Yo solía darle propinas a veces, para que se comprase alguna cosillas... Bellasmanos, el paje de cocina. No sé por qué me tomó afecto; luego, terminé armándole caballero yo mismo.

Lanzarote miróse los dedos con gesto de extrañeza, y los movió como si fuera la primera vez que los contemplaba.

-Después emprendió la aventura del Caballero Verde, y supimos que era un gran campeón.

-El afable Gareth... -murmuró la reina.

-Dicen que le maté con mis propias manos, y ello porque no quiso ponerse la armadura contra mí. ¡Qué espantosas criaturas somos los humanos! Cuando vemos una flor, mientras caminamos por un campo, la tronchamos con el bastón. Así ha muerto Gareth.

Ginebra cogió la mano del culpable llena de aflicción y dijo:

-No pudiste evitarlo.

-Sí, pude evitarlo -repuso él, en uno de sus arrebatos piadosos-. Fue por culpa mía. Tenías razón al decir que es impropio de mí. Fue mi culpa, mi culpa, mi tremenda culpa.

-Te habías propuesto rescatarme.

-Sí, pero debía atacar sólo a los caballeros armados, y en lugar de ello arremetí contra infantes a medio armar, que no tenían manera de atacar. Sólo se defendían con cuero y picas, pero yo me abrí paso a mandobles entre ellos, y Dios me castigó. Al olvidar lo que es un caballero, maté a Gareth y a Gaheris.

-¡Lanzarote! -protestó ella.

-Ahora hemos quedado reducidos a esta penosa miseria -prosiguió Lanzarote-, y nos vemos obligados a luchar contra nuestro propio rey, el cual me armó caballero y me enseñó cuanto sé. ¿Cómo soy capaz de luchar contra él? ¿Cómo puedo enfrentarme con Gawain, también, yo que maté a tres de sus hermanos? Pero sé que Gawain nunca me dejará en paz; jamás me perdonará, y no le culpo de ello. Arturo podría perdonarnos, pero Gawain no permitirá que lo haga. Debo seguir encerrado en este agujero, como un cobarde, cuando nadie quiere luchar exceptuando a Gawain. Por si fuera poco se acercan a las murallas y cantan:

Traidor caballero
sal a luchar,
¡yah, yah, yah!

-Importa poco lo que canten. No vas a ser un cobarde sólo porque entonen estúpidas tonadas.

-Sin embargo, mis propios hombres empiezan a pensarlo. Bors, Blamore, Bleoberis, Lionel, no hacen más que pedirme que salga de nuevo a luchar. Pero cuando lo haga, ¿qué ocurrirá?

-Lo único que puede suceder es que venzas a tus contrarios, y entonces éstos rogarán que les permitas volver a sus casas.

Lanzarote ocultó el rostro en el hueco de su brazo, y dijo:

-¿Sabes lo que sucedió en la última batalla? Bors luchó con el propio rey y le derribó al suelo. Saltó Bors del caballo y amenazó a Arturo con su espada. Yo vi lo que ocurría y galopé como un loco hacia ellos. Bors me preguntó: «¿Pongo fin a esta guerra?» «¡No hagáis eso, por vuestra vida!», le grité. Entonces dejamos que el rey volviera a montar a caballo, y yo le rogué, sí, le supliqué de rodillas que se marchase. Arturo comenzó a llorar. Sus ojos se llenaron de lágrimas, se quedó mirándome y no dijo nada. Parece ahora mucho más viejo. No quiere luchar contra nosotros, pero le empuja Gawain. Este se hallaba una vez de nuestra parte, pero yo maté a sus hermanos. Mi perversidad tuvo la culpa.

-No digas esas cosas. Todo se debe a lo impulsivo del carácter de Gawain, y a la astucia de Mordred.

-Sí, es cierto. De ser únicamente por Gawain -se lamentó Lanzarote- habría esperanzas de paz, pues es buena persona. Pero ahí está siempre Mordred, recordándoselo todo y haciéndole desgraciado. En Mordred perdura el antiguo odio entre los gaélicos y los normandos. No veo el fin de este asunto.

La reina le suplicó una vez más:

-¿Serviría de algo que fuera donde está Arturo, y que me entregase a él?

-Se le ha ofrecido eso y lo rechazó. Lo único que sucedería es que te quemarían viva.

Ella se alejó de la chimenea y se acercó a la ventana. Afuera las fuerzas sitiadoras se extendían por los alrededores. Algunos soldados del campamento, que se veían como diminutas figurillas, se distraían jugando sobre una laguna helada. Sus alegres risas llegaban muy atenuadas hasta las alturas.

-Mientras tanto la guerra continúa -dijo ella-, y los infantes, no los caballeros, caen muertos, aunque no llegue a notarse mucho.

-En efecto.

Sin volverse, Ginebra manifestó:

-Creo que voy a presentarme a Arturo, para probar suerte. Aunque me manden a la hoguera, eso será mejor que continuar en esta situación.

Lanzarote se acercó a la reina, junto a la ventana, y dijo:

-Jenny, yo iría contigo si pudiera servir de algo. Iríamos los dos juntos, y nos dejaríamos cortar la cabeza, si con ello pudiéramos detener la guerra; pero todos parecen haberse vuelto locos. Aunque nos rindiéramos, Bors, Héctor y los demás seguirían luchando, y más aún si nos ajusticiara Arturo. Además, hay un centenar de enemigos que están contra nosotros, por aquellos que matamos en la plaza del mercado, así como por incidentes que han ocurrido en los últimos cincuenta años. Pronto me sentiré incapaz de luchar contra todos ellos. Hebes le Renoumes, Villiers el Valiente, Urre de Hungría, todos ellos querrán vengarnos, y la situación empeorará aún más. Urre se muestra increíblemente agradecido.

-El mundo parece haberse vuelto completamente loco -comentó la reina.

-Sí, y sospecho que nosotros nos contagiamos. Bors, Lionel y Gawain están heridos, y todo el mundo se halla sediento de sangre. Tengo que hacer salidas con mis caballeros, fingiendo luchar, y cuando me veo enfrentado con Arturo o Gawain, debo cubrirme con mi escudo y defenderme, sin contestar a sus ataques. Mis hombres se dan cuenta de ello, y dicen que de esa forma estoy prolongando la guerra y perjudicándoles.

-Y tienen razón.

-Desde luego, pero de otro modo tendría que matar a Arturo y a Gawain. ¿Cómo voy a hacer eso? Si Arturo se limitara a llevarte con él de nuevo, marchándose de aquí, todo se habría solucionado.

Ella se hubiera encolerizado veinte años antes, al escuchar una sugerencia tan poco delicada. Pero sólo se mostró desanimada, lo que da idea del cambio que habían experimentado en el otoño de sus vidas.

-Sí, Jenny, es algo tremendo pero es cierto.

-Claro que es cierto.

-Da la sensación de que te tratamos como a una muñeca, como a un títere.

-Todos somos títeres.

Lanzarote se inclinó apoyando la frente en la fría piedra de la ventana, y Ginebra le cogió una mano.

-No pienses más en eso. Quédate en el castillo, y ten paciencia. Tal vez Dios nos ayude.

-Eso ya lo dijiste una vez anteriormente.

-La recuerdo, fue la semana antes de que nos sorprendieran en mi habitación.

-En caso de que Dios no nos ayude -repuso Lanzarote amargamente-, podemos recurrir al Papa.

-¡El Papa!

-¿Qué te ocurre? -preguntó él, alzando la cabeza, lleno de extrañeza.

-Eso, Lanza, lo que has dicho. ¿Qué pasaría si el Papa enviase bulas a ambos bandos manifestando que excomulga a los combatientes si no se restablece la paz? ¿No podríamos recurrir a un arbitraje del Papa? Bors y los demás tendrían que aceptarlo, ¿no crees?

Lanzarote observó despacio a Ginebra, mientras ella pensaba brevemente y añadía:

-El Papa podría nombrar al obispo de Rochester para que estableciera las condiciones de paz...

-¿Qué condiciones, Jenny?

Pero a Ginebra le seducía su propia idea y no estaba dispuesta a abandonarla tan fácilmente.

-Escucha, Lanzarote, ambas partes tendríamos que aceptar las condiciones, fueran las que fuesen... Aunque nos perjudicaran, pues significarían la paz para el pueblo. Y nuestros caballeros no tendrían disculpas si continuaban la lucha, ya que desobedecerían a la Iglesia.

Lanzarote no supo qué responder.

-¿Y qué más? -preguntó.

Ella se volvió hacia él con una expresión de alivio en el semblante, y añadió entusiasmada:

-Podríamos enviar un mensajero mañana mismo.

-Jenny...

El no podía soportar la idea de que Ginebra consintiera en ser manejada y llevada de unos a otros, con tal de solucionar las cosas y ayudarle. La reina le besó tiernamente, mientras en el exterior el coro de costumbre entonaba su cancioncilla:

Traidor caballero,
sal a luchar,
¡yah, yah, yah!

-Así, así -manifestó Ginebra, acariciando el blanco pelo del caballero-. Mi Lanzarote debe quedarse en el castillo y al fin todo saldrá bien.



CAPITULO X

De modo que Su Santidad ha conseguido la paz para ellos... -dijo Mordred, ferozmente.

-Así es.

Gawain y Mordred se encontraban en la Sala de Justicia, esperando a que se concertasen los últimos detalles de las negociaciones. Ambos vestían de negro, pero con la diferencia de que Mordred lucía mucho más con su atuendo y parecía una especie de Hamlet, mientras que Gawain semejaba un sepulturero.

Mordred había empezado a vestir con esa dramática sencillez desde el momento en que comenzó a erigirse en jefe del partido popular. Sus fines eran en cierto modo nacionalistas, con propósitos de autonomía gaélica y realizando también una matanza de judíos como venganza por un mítico santo llamado Hugo de Lincoln. En efecto, eran ya millares los partidarios de Mordred que se extendían por el país, que usaban un distintivo con un puño escarlata empuñando un látigo, y que se llamaban a ellos mismos «los Azotadores».

-Imagínate -prosiguió Mordred-. De no haber sido por el Papa, no habríamos contemplado esa hermosa procesión en que todos llevaban ramas de olivo, y los inocentes amantes iban vestidos de blanco.

Gawain dijo con tono dudoso, como si fuera una pregunta, más que una manifestación:

-Lanzarote asegura en sus cartas que mató a nuestros dos hermanos por error. Dice que no les vio.

-Es muy propio de Lanzarote el atacar a hombres desarmados, sin mirar quiénes son. Siempre se distinguió por obrar de esa forma.

-Eso no me parece del todo cierto.

-Pues lo es. Se hacía pasar por el *preux chevalier,* que siempre perdonaba a los débiles, pero sólo era con el fin de adquirir fama entre la gente. Un día abandonó su falsa postura y se dedicó a matar abiertamente a hombres desarmados.

En un patético esfuerzo por ser justo, Gawain manifestó:

-No creo que tuviera ninguna razón para matar a nuestros hermanos.

-¿No? ¿Acaso Gareth y Gaheris no eran eso, hermanos nuestros? Los mató como represalia, como venganza porque fue nuestra familia quien le sorprendió en la alcoba de la reina.

Luego, más cautamente, Mordred añadió:

-Fue también porque Arturo te aprecia, y él sentía celos de tu influencia. Lanzarote lo planeó todo perfectamente, con objeto de acabar con el clan Orkney.

-Pero se aniquiló él mismo.

-Y además, estaba celoso de Gareth, que cada día era mejor caballero. Nuestro Gareth le iba pisando los talones, lo que disgustaba al *preux chevalier.* Ciertamente, no pueden existir dos caballeros perfectos.

El Salón de Justicia estaba semivacío. Los dos hombres se hallaban sentados en los escalones del estrado del trono, Gawain delante de

Mordred. Este contemplaba la cabeza de su hermano, y Gawain miraba al suelo.

-Gareth era el mejor de nosotros -dijo Gawain.

De haberse vuelto repentinamente, le habría sorprendido la fijeza con que Mordred le miraba. En los últimos seis meses el comportamiento de Mordred se había vuelto bastante extraño.

-Pobre muchacho -dijo-, y pensar que le mató el hombre que pasaba por ser su mejor amigo...

-Eso me enseñará a no confiar jamás en ningún sureño -repuso hoscamente Gawain.

Mordred cambió ligeramente la frase.

-Sí, eso nos enseñará a no confiar jamás en ellos -manifestó.

El grueso escocés se volvió en redondo, cogió una de las blancas manos de Mordred entre las suyas, y habló atropelladamente.

-Yo creí que Agravaine y tú estabais en un error -dijo-. Pensé que teníais prejuicios contra Lanzarote. Ahora me avergüenzo de mi error.

-La sangre es más espesa que el agua.

-Sí, Mordred. Una persona puede rebosar de ideales, de pensamientos sobre el bien y el mal, pero al final siempre vuelve a los suyos. Me acuerdo de cuando Gareth solía entrar a robar frutas en el huerto del clérigo, junto a los acantilados.

La voz de Gawain se debilitó, hasta que fue reemplazada por la de Mordred.

-Tenía el pelo casi blanco, cuando pequeño, de tan rubio que era.

-Kay solía llamarle Bellasmanos.

-Era con el fin de insultarle.

-Quizá, pero llevaba razón. Gareth tenía unas manos hermosas.

-Y ahora está en la tumba.

Gawain enrojeció hasta las cejas, y las venas de las sienes se le hincharon.

-¡Malditos sean! -exclamó-. No aceptaré esta paz. No puedo perdonarles. ¿Por qué el rey Arturo trata de suavizar las cosas? ¿Qué tiene que ver el Papa con todo esto? Fue a mi hermano al que asesinaron, y no al de él, ¡y por todos los cielos, que terminaré vengándome!

-Lanzarote se escapará de entre nuestros dedos como el aceite -dijo Mordred-. Es un hombre escurridizo y astuto, difícil de atrapar.

-No, no se escapará. Esta vez le cogeremos bien. Los Cornwall ya han perdonado demasiado.

Mordred se irguió en los escalones, aunque seguía sentado, Y dijo:

-¿Has olvidado lo que la Tabla Redonda hizo a los Orkney? El padre de Arturo mató a nuestra abuela, Arturo sedujo a nuestra madre, y Lanzarote ha asesinado a tres de nuestros hermanos. Y sin embargo, aquí estamos, vendiendo nuestro honor, a fin de reconciliarnos con dos ingleses. Eso sólo tiene un nombre: ¡cobardía!

-No, no es cobardía. El Papa puede obligar al rey a aceptar a la reina, pero en las bulas no dice nada acerca de Lanzarote. Podemos permitirle que traiga a Ginebra, y también le dejaremos marchar. Pero después de eso...

-¿Por qué vamos a dejar que escape, incluso ahora?

-Porque tiene un salvoconducto. ¡Por todos los cielos, Mordred, somos caballeros!

-No debe detenernos nada, ni siquiera el juego sucio contra nuestros enemigos.

-Eso es. Dejaremos que el jabalí se ponga a tiro, y le perseguiremos hasta matarle. Arturo se muestra ya débil, y hará lo que le digamos.

-Es triste -manifestó Mordred-, ver cómo el pobre rey parece perder cada vez más energías, y sobre todo desde que comenzó este asunto.

-Sí, es lamentable. Pero él aún comprende la diferencia que hay entre lo que está bien y lo que está mal.

-En efecto.

-Arturo no se hubiera aliado con un traidor desde el comienzo.

-Ni se habría casado con Ginebra.

-Sí, la falta está en ellos. No fuimos nosotros los que iniciamos la querella.

-No, claro que no.

-El rey tiene que defender la Justicia. Aunque Su Santidad le haga llevar de nuevo a la mujer a su cama, nosotros tenemos derechos sobre Lanzarote. No es pequeña la traición que cometió al acostarse con la reina sino que, además, dio muerte a nuestros hermanos.

-Estamos en nuestro derecho.

El más corpulento de los dos permaneció en silencio y luego dijo:

-Es triste encontrarnos solos.

-Hemos tenido la misma madre, Gawain.

-Sí, es cierto.

-Y ella fue también la madre de Gareth...

-Aquí llega el rey.

La ceremonia de la reconciliación había llegado a su etapa final. Entre llamadas de trompetas, que tocaban desde el patio, los dignatarios de la Iglesia y el Estado comenzaron a ascender por las escaleras. Cortesanos, obispos, heraldos, pajes, jueces y espectadores, todos hablaban mientras ocupaban sus puestos. La cúbica estancia cubierta de tapices, casi desierta poco antes, comenzó a llenarse de gente. Veíanse damas cuyos peinados parecían medias lunas o conos, y cuyos vestidos iban ajustados a la altura de las axilas. Eran delicadas criaturas que despedían un aroma a mirra y miel. Sus galanes, jóvenes caballeros ataviados a la última moda, muchos de los cuales llevaban el distintivo de los Azotadores de Mordred, avanzaban con cierta dificultad con su calzado de descomunales puntas, que les hacía casi imposible subir las escaleras. La impresión que daban esos jóvenes era que sólo tenían puestas unas medias en la parte inferior del cuerpo, por lo que fue necesario dictar una ley que exigía que sus jubones les cubrieran las asentaderas. Luego venían los consejeros, más respetables, si bien usaban increíbles sombreros semejantes a turbantes, a alas de ave o a manguitos. Las túnicas de estos funcionarios formaban numerosos pliegues, y llevaban gruesos collares, charreteras y cinturones enjoyados. Había clérigos con ligeros bonetes destinados sólo a cubrir sus tonsuras, y cuyos hábitos contrastaban con las vestiduras de los cortesanos. Veíanse pieles de todas clases, incluidas una hermosa combinación de lanas blancas y negras, con diamantes

cosidos. Los presentes hacían al hablar un ruido semejante al parloteo de los estorninos.

Aquella era la primera parte de la ceremonia. La segunda parte comenzó con nuevos toques de trompetas. Entonces se presentaron diversos cistercienses, secretarios, diáconos y otros religiosos que cargaban con pergaminos, arenilla secante, tinta hecha hirviendo corteza de endrino, plumas, y una especie de navajas que los escribanos solían tener en la mano izquierda cuando escribían. También traían las actas de la anterior reunión.

La tercera parte del ceremonial estuvo constituida por la entrada del obispo de Rochester, el cual había sido nombrado representante papal. El obispo llegó con toda la pompa de los nuncios, si bien había dejado el palio en el piso de abajo. Era un personaje de cabello sedoso que lucía su crucifijo, alba y anillo, y del que trascendía un aire urbano, eclesiástico, consciente de su poder espiritual.

Por fin las trompetas tocaron junto a la misma puerta, y se presentó el monarca. Con un pesado manto de armiño que le cubría los hombros y el brazo izquierdo, tocado con pesada corona, lleno de majestad, pero apoyándose en sus gentileshombres, casi llevado en andas por éstos, el rey fue conducido hasta el trono situado bajo el dosel en cuya tela estaban bordados los dragones rampantes en gules. El anciano se hundió literalmente donde le colocaron. Gawain y Mordred se aproximaron a él. El nuncio también se sentó en un trono opuesto al del rey y cubierto con colgaduras de blanco y oro. El murmullo de los presentes se acalló.

-¿Estáis dispuestos a comenzar?

La voz venerable del obispo de Rochester calmó un poco la tensión general.

-La Iglesia está dispuesta -dijo.

-También lo está el Estado -contestó Gawain, con tono retumbante, ligeramente ofensivo.

-¿Hay algo que tratar antes de que se presenten los acusados?

-Todo está arreglado.

El obispo volvió su mirada al señor de Orkney y dijo:

-Estamos agradecidos a sir Gawain.

-Sed bienvenido.

-En tal caso -manifestó el rey-, creo que debiéramos decir a sir Lanzarote que el Tribunal está preparado para recibirle.

-Sir Bevidere, ordenad que traigan a los prisioneros.

La gente se dio cuenta de que Gawain había tomado la costumbre de hablar desde el estrado del trono, lo cual le consentía Arturo. El nuncio, en cambio, era menos complaciente.

-Un momento, sir Gawain -dijo-. Debo advertir que la Iglesia no considera a esas gentes como prisioneros. La misión de Su Santidad, que yo represento, es de pacificación, y no de venganza.

-La Iglesia puede calificar a los prisioneros como quiera -contestó Gawain- Aceptamos lo que la Iglesia nos ha sugerido, pero lo hacemos a nuestra humilde manera. Traed a los presos...

-Sir Gawain...

-Tocad por Su Majestad. El Tribunal comienza la sesión.

En medio de los toques de trompetas, que eran contestados desde las almenas, las cabezas se volvieron hacia la puerta de la estancia.

Oyóse un rumor de sedas y pieles e hízose un camino central entre los asistentes. En la puerta de arcada, ahora abierta, Lanzarote y Ginebra esperaban que los mandaran entrar.

Había algo de patético en la grandeza que trascendía de ellos, como si se hubiesen vestido para una gran ocasión y el atuendo no les sentara del todo bien. Ambos iban ataviados de blanco y oro, y la reina, que ya no era joven ni hermosa, llevaba en la mano una rama de olivo con muy poca gracia. Avanzaron tímidamente por el pasillo abierto por los cortesanos, como actores conscientes de que tratan de hacer lo que pueden, pero que actúan deficientemente. Por fin se arrodillaron ante el trono.

-Amado rey... -dijo Lanzarote.

Mordred sorprendió el movimiento general de simpatía, y murmuró:

-Verdaderamente encantador.

Lanzarote volvióse luego hacia el mayor de los Orkney y agregó:

-Sir Gawain...

El aludido le dio la espalda.

Se dirigió luego Lanzarote hacia la Iglesia, diciendo:

-Mi señor de Rochester...

-Bienvenido, hijo mío.

-He traído a la reina Ginebra, por orden del rey y del Papa.

Se produjo un denso silencio durante el cual nadie osó hablar.

-En tal caso -agregó Lanzarote-, es mi deber, puesto que nadie contesta, afirmar que la reina de Inglaterra es inocente.

-Falsario...

-Y he venido para confirmar con mi presencia que la reina es justa, honrada, buena y leal respecto al rey Arturo, y esto lo mantendré ante cualquier desafío, exceptuando que éste partiese del rey o de sir Gawain. Es mi deber para con la reina hacer la presente manifestación.

-El Santo Padre nos exhorta a que aceptemos vuestra oferta, Lanzarote.

El sentimiento que se iba adueñando de los presentes fue roto por segunda vez por los Orkney.

-Condenamos las altivas palabras de sir Lanzarote -dijo Gawain-. En cuanto a la reina, que permanezca aquí y sea perdonada, pero vos, falso y desleal caballero, ¿qué motivo tuvisteis para matar a mi hermano, que os tenía en más aprecio que a los demás de mi familia?

Los dos hombres se expresaban en la Lengua Alta, adecuada al lugar y las circunstancias.

-Dios sabe bien que no trato de disculparme, sir Gawain -repuso Lanzarote-. Antes hubiera preferido morir que hacer daño a quien maté, pero no los vi, sir Gawain, y ahora pago por ello.

-¡Lo hicisteis por vengaros de mí y de los Orkney!

-Me duele profundamente que podáis pensar eso, mi señor Gawain, pues sé que mientras estéis contra mí no gozaré de la buena voluntad del rey.

-Son ciertas vuestras palabras, Lanzarote. Habéis acudido con un salvoconducto a traer a la reina, pero es menester que paguéis como el asesino que sois.

-Si en realidad he matado, que Dios me ampare. Pero afirmo que jamás lo hice a traición.

Lanzarote trataba de demostrar su inocencia. Pero Gawain apoyó una mano sobre su daga y dijo:

-Os tomo la palabra. Queréis decir que sir Lamorak...

El obispo de Rochester alzó entonces una mano enguantada, interrumpiendo al escocés.

-Gawain, ¿no podemos dejar ese asunto para otra ocasión? El quehacer inmediato es rehabilitar a la reina. No hay duda de que sir Lanzarote querrá proporcionarnos algunas explicaciones sobre los hechos, a fin de que la Iglesia justifique este acto de reconciliación.

-Gracias, mi señor.

Gawain miró fieramente a Lanzarote, pero la cansada voz del rey dio su aprobación.

-Fuisteis sorprendidos con la reina -dijo Gawain.

-Señor, me envió a llamar la reina, nuestra señora, aunque yo no sabía el motivo. Pero en cuanto entré en la estancia, sir Agravaine y sir Mordred golpearon en la puerta llamándome caballero traidor y falsario.

-Os lo llamaron con acierto.

-Mi señor, en su última pelea ambos demostraron no tener razón. Estoy hablando por la reina, y no en beneficio propio.

-Está bien, sir Lanzarote.

El caballero Malhecho volvióse hacia su viejo amigo, hacia la primera persona que había querido profundamente. Abandonó entonces el lenguaje de la caballería, y dijo con toda sencillez:

-¿No podemos ser perdonados? ¿No podemos ser amigos otra vez? Hemos venido en penitencia, Arturo, cuando nadie nos obligaba a ello. ¿No recuerdas los viejos días en que luchábamos juntos y éramos como hermanos? Todo este malestar podría allanarse con la buena voluntad de sir Gawain, si éstos fueran sus deseos.

-El rey hace justicia -dijo el escocés-. ¿Acaso tuvisteis vos piedad con mis hermanos?

-Yo la tuve con todos vosotros, sir Gawain. Sin pretender jactarme, puedo asegurar que muchos de los que se hallan en este salón me deben su libertad, y tal vez la vida. Yo he luchado por la reina en otras ocasiones; ¿por qué no voy a hacerlo por mí mismo? También luché por vos, sir Gawain, y os salvé de una muerte innoble.

-Y sin embargo -terció Mordred-, sólo dejasteis a dos de los Orkney con vida.

Gawain volvió a intervenir, diciendo:

-Que el rey haga su voluntad. Mi decisión fue tomada hace seis meses, cuando encontré a sir Gareth bañado en sangre, y sin armas.

-Habría querido, bien lo sabe Dios, que hubieran estado armados, pues entonces se hubieran enfrentado conmigo. Quizá me habrían dado muerte, evitándome este dolor.

-Nobles palabras.

El anciano caballero, lleno de aflicción, exclamó apasionada y repentinamente, dirigiéndose a todos los que estaban presentes en la sala:

-¿Cómo podéis creer que yo deseaba matarlos? Fui yo quien armé caballero a Gareth. Yo le quería, y en el momento en que me dijeron que estaba muerto supe que jamás podría perdonarme. Os aseguro que nada podía impulsarme a matar a sir Gareth.

Lanzarote hizo una pausa, en un postrer esfuerzo de persuasión, y agregó luego:

-Gawain, perdonadme. Mi corazón sangra por lo que hice. Comprendo el dolor que debéis sentir, porque también a mí me duele profundamente. ¿No accederéis a dar paz a nuestro país, si hago penitencia? No me forcéis a luchar en defensa de mi vida; dejadme tan sólo que haga una peregrinación en memoria de Gareth. Comenzaré en Sandwich, con ropas delgadas, y avanzaré descalzo por Carlisle, deteniéndome a rezar por él cada diez millas.

-La sangre de Gareth -intervino Mordred- no puede pagarse con plegarias, por más que ello satisfaga al obispo de Rochester.

La paciencia del viejo caballero llegó al límite, y exclamó:

-¡Callaos la boca!

Gawain irritóse a su vez y dijo:

-¡Guardad la compostura, asesino, u os daremos de cuchilladas en presencia del mismo rey!

-No es necesario...

-Sir Lanzarote, por favor -intervino de nuevo el nuncio-. Procuremos mantener la cordura y la decencia. Tomad asiento, sir Gawain. Ha sido ofrecida una penitencia por la sangre de Gareth, y con ello la guerra puede llegar a su fin. Dadnos una respuesta.

Tras un momento de expectación, la voluminosa cabeza de pelo amarillento volvióse hacia el obispo. Gawain dijo así:

-He oído las palabras de Lanzarote, y su ofrecimiento. Pero el hecho es que mató a mis hermanos. Eso nunca podré perdonarlo, sobre todo la traición de que hizo objeto a Gareth. Si mi tío, el rey, lo desea, puede arrojarme a mí y a los míos de su lado. No obstante, debo decir la verdad. Este hombre ha obrado deslealmente. Nos ha traicionado al rey y a mí mismo.

-Gawain, no hay nadie con vida que me haya llamado traidor. Creo haber explicado lo de la reina.

-Ya lo sabemos. No me refiero a la reina, sino al castigo que merecéis.

-Aceptaré la decisión del rey.

-El rey estaba de acuerdo conmigo, antes ya de que llegaseis aquí.

-Arturo...

-Dirigíos al rey por su título.

-Señor, ¿es cierto lo del acuerdo?

El anciano se limitó a asentir con la cabeza.

-Al menos que yo lo sepa por boca del propio rey -manifestó Lanzarote.

-Hablad, padre -dijo Mordred.

El viejo soberano hizo algunos movimientos en su trono, pero no despegó la vista del suelo.

-Hablad.

-Lanzarote -se le oyó al fin decir-. Ya sabéis cómo se interpone la verdad entre nosotros dos. Mi Tabla Redonda ha quedado deshecha, mis caballeros se fueron o han muerto. Jamás busqué una querella con vos.

-Pero ¿no puede terminar todo esto?

-Gawain asegura... -dijo Arturo, débilmente.

-¡Justicia!

Gawain se puso de nuevo en pie, altivo y amenazador. Con voz tronante, dijo:

-Mi rey, mi señor, mi tío. ¿Es voluntad de este tribunal que yo pronuncie sentencia contra este traidor?

El silencio se hizo absoluto.

-Entonces, sabed todos que esta es la palabra del rey -agregó Gawain-. La reina volverá con él en libertad, como antes, y no se le hará cargo alguno por lo ocurrido previamente a este día. Esa es la voluntad del Papa. Pero vos, sir Lanzarote, seréis desterrado de este reino, al término de quince días, como falsario declarado, y, por Dios, que desde ese momento os seguiremos para derruir el más fuerte bastión de Francia en que podáis cobijaros.

-Gawain -dijo Lanzarote, con voz dolorida-, no me sigáis. Acepto el destierro, y me retiro a mis castillos franceses; pero no me sigáis, Gawain, no prolonguéis esta guerra indefinidamente.

-Dejad eso a quien corresponda. Esos castillos pertenecen al rey.

-Si me seguís, Gawain, no hagáis que el rey Arturo se me enfrente. No deseo luchar contra mis amigos. En nombre de Dios, no nos obliguéis a que luchemos.

-Basta de hablar. Entregad a la reina y marchaos cuanto antes de esta Corte.

Lanzarote movióse lentamente. Miró al rey y después a su atormentador. Luego volvióse hacia la reina, que no había hablado hasta entonces. Observó la ridícula rama de olivo que empuñaba, la torpeza con que se movía, y su absurdo ropaje. Alzando la cabeza, Lanzarote dijo con tono no exento de nobleza y gravedad:

-Bien, señora, creo que debemos separarnos.

El anciano caballero cogió a Ginebra por la mano y la condujo al centro del salón. Algo en la actitud de Lanzarote, en su andar, en la plenitud de su voz, en la forma de apretarle la mano, hizo que Ginebra se transformase de nuevo en la Rosa de Inglaterra. Tan majestuosamente como en un paso de danza, el rey llevó a su esposa al centro del salón. Allí la piedra angular del reino se despidió. Era la última vez que sir Lanzarote, el rey Arturo y la reina Ginebra estaban juntos.

-Mi rey, mis viejos amigos, unas palabras antes de marcharme. He sido sentenciado a dejaros a vosotros, a quienes he servido toda mi vida. Debo dejar vuestro país, y tal vez reemprender la guerra. Me erijo, pues, por última vez, en paladín de la reina. Lo hago para deciros, en presencia de este tribunal, que si algún peligro os amenazase en el futuro, este pobre brazo mío volverá de Francia para defenderos. Deseo que lo recordéis.

Luego Lanzarote besó brevemente la mano de Ginebra, se volvió despacio y comenzó a avanzar en silencio por el largo pasillo que le abrían los cortesanos, hacia la salida. Su futuro se cerraba con su marcha.

Quince días hasta Dover era el plazo asignado a cualquier delincuente al que se hubiera concedido salvoconducto temporal. Tenía que hacer el camino de modo infamante, descalzo, destocado, con ropas livianas como si fueran a colgarle en un patíbulo. Tendría que avanzar por el centro del camino, apretando entre las manos un pequeño crucifijo, que era el símbolo de la tregua que se le concedía. Es probable que Gawain o alguno de sus hombres le siguieran los pasos por si abandonaba un momento su talismán. Pero de todos modos, con basta camisa o con cota de malla, Lanzarote seguiría siendo el antiguo comandante. Avanzaría serenamente, sin prisas, mirando al frente. Cuando franqueó la puerta de la sala, la fuerza de su decisión ya se reflejaba en sus ojos. Los cortesanos que había en el salón de Justicia sintieron una extraña tristeza cuando el viejo soldado se hubo marchado, y muchos ojos se velaron con las lágrimas.



CAPITULO XI



staba Ginebra sentada en su habitación del castillo de Carlisle. El enorme lecho había sido reformado para constituir una especie de gran diván o trono. El asiento, por consiguiente, era rectangular y estaba provisto de dosel, por lo que intimidaba un poco sentarse en él.

Frente al diván había una chimenea con una pequeña olla calentándose a un lado, así como una silla de alto respaldo, y un escritorio. Sobre éste se veía un libro abierto, quizá el *Galeotto* que menciona Dante. El libro había costado tanto como noventa bueyes, pero como Ginebra lo había leído ya siete veces, su contenido no despertaba en ella gran interés.

Una reciente nevada reflejaba la luz vespertina hacia arriba, en la estancia, cuyo techo aparecía más claro que el suelo, alternando las sombras de costumbre que aparecían azules, y formando ángulos extraños. La regia dama estaba cosiendo sentada apaciblemente en la alta silla. Una de sus damas de compañía estaba asimismo cosiendo, pero se había sentado en los escalones del estrado en que se hallaba el gran diván.

Ginebra daba las puntadas mecánicamente, con la cabeza ocupada por sus pesares. Hubiera deseado no hallarse en Carlisle. El castillo estaba muy al norte -el país de Mordred-, demasiado alejado de la seguridad de la civilización. En lugar de ello, le habría gustado estar en Londres, en la Torre, posiblemente. En vez de observar la amplia extensión de nieve hubiese preferido contemplar desde las ventanas de la Torre el bullicio y la actividad de la ciudad, el puente de Londres, con las endebles casas que le rodeaban y que a menudo se derrumbaban sobre el río. Ginebra recordaba que era un puente con gran carácter, con las referidas casas, las cabezas de rebeldes exhibidas sobre picas, y los lugares donde sir David había celebrado su justa con lord Walles. Los sótanos de las casas se encontraban a la altura de los pilares del puente, el cual tenía su propia capilla y una torre para defenderle.

El lugar era como una ciudadela de juguete, con las amas de casa sacando la cabeza por las ventanas, dejando caer el contenido de recipientes en las aguas del río, sacando agua del mismo con largas cuerdas, colgando la ropa recién lavada o chillando a sus retoños cuando iban a alzar el puente.

Sólo por eso habría sido grato hallarse en la Torre. Allí en Carlisle, por el contrario, todo estaba tan quieto como la muerte. En la Torre del Conquistador el constante flujo de ciudadanos por las calles habría contribuido a disipar su tedio. Hasta la colección de animales exóticos de Arturo, que ahora se albergaban en la Torre, podría servirle de distracción. El último huésped en llegar era un elefante de buen tamaño, regalo del rey de Francia.

En el momento de recordar al elefante, Ginebra dejó un instante de coser y comenzó a frotarse los dedos, que tenía entorpecidos y que no se movían tan diestramente como solían hacerlo.

-¿Le has puesto la comida a los pájaros, Ana?

-Sí, mi señora. El petirrojo estaba hoy muy contento, y cantó una especie de dúo con uno de los mirlos.

-Pobres avecillas. Pero creo que dentro de pocas semanas estarán todos cantando.

-Me parece que ya hace una eternidad que se marchó todo el mundo -dijo Ana-. La casa está ahora como los pájaros, silenciosa y sin vida.

-Volverán, no lo dudes.

-Sí, mi señora.

La reina cogió de nuevo la aguja y reanudó la costura con todo cuidado. Luego dijo:

-Aseguran que sir Lanzarote ha estado valiente.

-Sir Lanzarote siempre fue un bravo caballero, mi señora.

-En la última carta decía que Gawain sostuvo un duelo con él. Debió de dolerle mucho tener que luchar contra él -manifestó Ginebra.

Tras una pausa, Ana declaró con vehemencia:

-No alcanzo a comprender por qué el rey se fue allí con sir Gawain, a luchar contra su mejor amigo. Cualquiera se da cuenta de que es una querella absurda. Es triste que arrasen las tierras de Francia sólo por vengarse de Lanzarote, y que hagan esas tremendas matanzas, y que digan cosas tan horribles como dicen esos Azotadores. Nadie saldrá beneficiado obrando de ese modo. Me pregunto por qué no olvidarán lo pasado de una vez.

-Creo que el rey ha acompañado a sir Gawain porque procura ser justo. Considera que los Orkney están en su derecho al pedir justicia por la muerte de Gareth, y en efecto, creo que hay algo de eso. Por otra parte, si el rey no cuida a sir Gawain, no quedará nadie a su lado. Estaba tan orgulloso con su Tabla Redonda, y ésta se ha deshecho.

-Triste modo de honrar la memoria de la Tabla -dijo Ana-, combatiendo a sir Lanzarote.

-Sir Gawain quiere justicia. Al menos, se dice que tiene derecho a ella. En cuanto al rey, no puede obrar libremente. Está influido por los que desean hacer conquistas en Francia, o por los que se hallan cansados de la prolongada paz que ha traído con su reinado, o incluso por los que están impacientes por ascender en la jerarquía militar, sin contar a los que quieren vengar a los muertos de la Plaza del Mercado.

»Hay demasiados caballeros jóvenes, pertenecientes al partido de Mordred, que apoyan el nacionalismo y que piensan, porque así se lo han enseñado, que mi esposo es un viejo achacoso. No hay que olvidar tampoco al clan de los Orkney, cuyo odio nunca se extinguió en sus corazones. La guerra es como el fuego, Ana. Un solo hombre puede encenderla, pero se extiende por todas partes. Así es la guerra.

-Ah, esas altas y complejas cuestiones, mi señora, se encuentran más allá del entendimiento de nosotras, las pobres mujeres. Pero, veamos, ¿qué decía él en su carta?

Ginebra quedóse en silencio mirando a la carta aunque sin verla, mientras su mente seguía insistiendo en los problemas de su esposo. Luego dijo despacio:

-El rey, aunque quiere mucho a Lanzarote, se ve forzado a ser desleal con él, por temor a no ser leal con otras personas.

-Sí, mi señora.

-Dice -prosiguió la reina, dándose cuenta sobresaltada de la carta que tenía en la mano-, dice que sir Gawain cabalga frente al castillo todos los días, y grita que Lanzarote es un cobarde y un traidor. Los caballeros de Lanzarote se muestran irritados, y salieron contra Gawain uno a uno, pero éste cargó contra ellos y dejó a algunos maltrechos. Casi dio muerte a Bors y a Lionel, hasta que al fin tuvo que salir el propio Lanzarote. La gente del castillo casi le obligó a hacerlo. Le dijo a Gawain que se veía forzado a salir, como un animal al que echan de su madriguera.

-¿Y qué contestó sir Gawain?

-Este dijo: «Dejaos de charla, venid aquí, y luchemos.»

-¿Y lo hicieron?

-Sí. Celebraron la justa frente al castillo, y todos prometieron no intervenir. El duelo empezó a las nueve de la mañana. Ya sabes que sir Gawain combate mejor en horas tempranas, por eso comenzaron a las nueve.

-Gracias a que sir Lanzarote es fuerte como un roble, pues he oído decir que los Antiguos poseen sangre hechizada a causa de su pelo rojizo. Eso hace que sir Gawain puede ser tan fuerte como tres hombres juntos, antes del mediodía, porque el sol lucha en su favor.

-Debió de ser terrible, Ana; pero sir Lanzarote es demasiado orgulloso como para no conceder esa ventaja.

-Debo imaginar que no resultó muerto, ¿verdad, mi señora?

-Casi lo fue. Pero consiguió resistir parando los golpes con su escudo y cediendo terreno. Dice en su carta que de ese modo aguantó hasta el mediodía. Luego, una vez que la ayuda sobrenatural hubo dejado de actuar en Gawain, Lanzarote pasó a la ofensiva y al fin le dio un golpe en la cabeza que le derribó al suelo. Gawain no podía levantarse.

-¡Cielos!

-Lanzarote pudo acabar con Gawain en aquel momento.

-Pero no lo hizo, ¿no es cierto?

-No, no lo hizo. Sir Lanzarote se apartó y apoyóse en su espada. Gawain le suplicaba que le diera muerte. Estaba más colérico que nunca y gritaba: «¿Por qué os detenéis? ¡Vamos, matadme y terminad vuestra carnicería! ¡No pienso rendirme! ¡Matadme de una vez, porque si me perdonáis volveré a combatiros!» Lanzarote afirma que Gawain lloraba de coraje.

-Debemos creer -manifestó Ana- que sir Lanzarote no quería dar muerte a un caballero caído.

-Eso parece.

-Siempre fue un hombre bueno y afectuoso, aunque no fuera precisamente una belleza.

-Fue el mejor de todos -afirmó la reina.

Permanecieron un momento en silencio, abstraídas en sus pensamientos.

-La luz empieza a debilitarse, Ana -dijo al fin la reina, que había reanudado la costura-. ¿No crees que sería conveniente encender los candiles?

-Ciertamente, mi señora. En eso mismo estaba yo pensando.

La dama de compañía comenzó a encender las lámparas en el fuego, gruñendo acerca del atraso de aquellas gentes del norte que carecían de candelabros, mientras Ginebra canturreaba con aire distraído. Entonaba el dúo que acostumbraba a cantar con Lanzarote, y al recordarlo se calló inmediatamente.

-Señora, parece que el tiempo mejora algo.

-Sí, no tardará en llegar la primavera.

Sentada ya y cosiendo a la luz humeante del candil, Ana quiso seguir enterándose del asunto.

-¿Y qué dijo el rey de lo ocurrido? -preguntó.

-No pudo evitar las lágrimas al ver cómo Lanzarote perdonaba a Gawain. Eso le trajo antiguos recuerdos, y le hizo sentirse culpable. Llegó a notarse enfermo.

-Tal vez fuera un acceso de nervios, mi señora -declaró la dama.

-Sí, Ana. Se enfermó de pena, mientras que Gawain quedaba conmocionado por el golpe. No obstante, los caballeros que acompañan al rey continúan con el asedio.

-Bien, no es precisamente una carta muy alegre, ¿verdad, mi señora?

-No, claro que no.

-Recuerdo haber recibido una carta parecida en cierta ocasión; no se puede negar que las malas noticias viajan rápidamente.

-Todo se hace con misivas, ahora que la Corte se ha marchado; el mundo parece trastornado, y aquí no queda nadie más que el lord Protector.

-Ah, ese sir Mordred -comentó Ana-, nunca me inspiró simpatía, os lo aseguro. ¿A qué santos vienen tantos discursos al pueblo, y tanto quitarse el sombrero cuando tienen que vitorearle? ¿Por qué no se vestirá un poco más alegremente, en lugar de ir siempre de negro como un enterrador? Y le ha contagiado la manía al pobre sir Gawain.

-Dicen que el uniforme de los partidarios de Mordred es como un luto en recuerdo de Gareth.

-Sir Mordred jamás quiso a sir Gareth. Creo que nunca ha sentido aprecio por nadie.

-El quería a su madre, Ana.

-Sí, y a su madre le cortaron el cuello por ser tan buena como él. Son una cuadrilla singular todos ellos.

-La reina Morgause -dijo Ginebra, pensativamente- fue sin duda una mujer extraña. Y también debió de tener encanto, cuando atrajo a nuestro rey en un tiempo en el que ella ya tenía cuatro hijos crecidos. Y no sólo eso; también sedujo a sir Lamorak siendo ya abuela. Debió de tener una influencia tremenda sobre sus hijos, para que uno de ellos se trastornara tanto como para matarla. Entonces tenía unos sesenta años.

-Hay quien dice, mi señora, que las hermanas de Cornwall eran unas hechiceras. Claro está que la peor de todas era Morgana le Fay. Pero Morgause no debía quedarse muy a la zaga.

-Una siente necesariamente piedad por Mordred, que estuvo influido por ella tanto tiempo.

-Más vale que os guardéis vuestra piedad para otras gentes, pues de sir Mordred nunca la obtendríais.

-Se ha mostrado cortés desde que quedó a cargo de los asuntos de Estado.

-Sí, desde luego, es de los que las matan callando.

Ginebra reflexionó acerca de estas palabras, mientras aproximaba su costura a la luz.

-¿Crees que sir Mordred trata de hacer algún daño, Ana? -preguntó la reina.

-Es un hombre sombrío.

-¿Te parece que obrará mal cuando el rey le deje que se ocupe del país y de los súbditos?

-El rey, mi señora, si me perdonáis la libertad, es una persona que no alcanzo a comprender. Primero va a luchar contra su mejor amigo porque sir Gawain se lo aconseja, y luego nombra a su peor enemigo Lord Protector. ¿Cómo puede obrar tan ciegamente?

-Mordred nunca ha vulnerado las leyes.

-Porque es demasiado astuto para hacerlo.

-El rey dice que Mordred debe ser el heredero del trono, y como el rey y el heredero no pueden abandonar el país al mismo tiempo, forzosamente debe quedarse como Protector. Es lo que corresponde.

-Pues eso no conducirá a nada bueno.

Ambas mujeres cosieron un momento, y la dama de compañía agregó algo después:

-De acuerdo con lo que decís, mi señora, el rey debió quedarse, dejando que fuera Mordred.

-Yo también lo hubiese preferido así. Sin embargo, me parece que el rey quiere estar junto a sir Gawain, por si puede actuar de mediador entre él y Lanzarote.

Siguieron dando puntadas con aire inquieto; sus agujas atravesaban la oscura tela produciendo reflejos semejantes a estrellas fugaces.

-¿Acaso tienes miedo de sir Mordred, Ana? -preguntó la reina.

-Sí, señora.

-Yo también. Últimamente casi no se le oye cuando anda, y mira a la gente de forma muy extraña. Con todos esos discursos acerca de gaélicos, sajones y judíos, y tanto grito e histerismo... La semana pasada le oí reír cuando estaba solo. Era algo horrible.

-Es un individuo siniestro. Quizá nos esté escuchando ahora mismo.

-¡Ana!

Ginebra lanzó la exclamación al tiempo que dejaba caer su costura.

-Bueno, mi señora, no debéis tomarlo tan en serio. Sólo era una broma.

Pero la reina seguía inmóvil.

-Vete a la puerta -dijo-; creo que tienes razón.

-Señora, no podría hacer eso.

-Abre la puerta en seguida, Ana.

-Pero, ¡imaginad si está ahí!

Las dos mujeres notaron que el castillo resultaba demasiado oscuro, solitario y vacío; demasiado lleno de noche y de invierno.

-Si está ahí, se marchará -dijo Ginebra.

Habían bajado la voz como si se hablaran bajo la sombra de un ala negra y amenazadora.

-Acércate a la puerta, y habla en tono normal antes de abrirla.

-¿Qué debo decir, mi señora?

-Dirás «¿Abro la puerta?», y yo te contestaré «Sí, ya es hora de que vayas a la cama».

-Es cierto, creo que ya es la hora.

-Vamos, hazlo.

-Muy bien, mi señora. ¿Empiezo?

-Sí, aprisa.

-No recuerdo muy bien cómo era.

-Vamos, Ana, rápido.

-Está bien, mi señora, ahora me acuerdo.

Encarándose con la puerta como si fuera un enemigo, Ana exclamó:

-¡Voy a abrir la puerta!

-¡Es hora de ir a dormir! -repuso la reina.

La dama de compañía accionó la manecilla, abrió la puerta y ante ella apareció Mordred, sonriendo.

-Buenas noches, Ana.

-¡Oh, señor!

La desdichada dama ensayó una forzada reverencia, mientras se oprimía el pecho con una mano, y pasó al lado del hombre en dirección a las escaleras. Mordred se hizo a un lado cortésmente. Cuando Ana hubo desaparecido, entró él en la habitación suntuosamente vestido de terciopelo negro y con un frío diamante reluciendo sobre el rojo de su insignia. Cualquiera que no le hubiese visto en un mes o dos, se habría dado cuenta de que Mordred estaba loco, pero su trastorno fue tan paulatino que los que vivían con él no llegaron a darse cuenta de ello. Le seguía su pequeño faldero negro de ojos brillantes y rabo enrollado.

-Nuestra Ana parece encontrarse nerviosa -dijo-. Buenas noches, Ginebra.

-Buenas noches, Mordred.

-Un fino bordado, ¿eh? Pensé que estaríais tejiendo calcetines para los soldados.

-¿A qué habéis venido, Mordred?

-Es sólo una visita vespertina. Debéis perdonar el dramatismo.

-¿Siempre os situáis fuera de las puertas?

-Uno tiene que entrar por las puertas, señora. Es más conveniente que hacerlo por las ventanas; si bien, según creo, había gentes que preferían hacerlo de ese modo.

-¿Queréis sentaros?

Mordred tomó asiento con ademanes estudiados, mientras su perrillo saltaba a su regazo. En cierto modo era trágico observarle, pues hacía lo

mismo que su madre. Estaba representando un papel; había dejado de vivir en la realidad.

La gente escribe tragedias en las que rubias fatales traicionan a sus galanes destrozándolos, en las que Cresidas, Cleopatras, Dalilas, y a veces incluso hijas malvadas como Jésica angustian a sus amantes o a sus padres; pero ése no es el núcleo de la tragedia, no son más que incidentes para el alma humana. ¿Qué importa que Antonio cayera sobre su espada? Tan sólo se mató. Es la lascivia de la madre, no la del amante, la que pudre el alma. Es eso lo que condena al carácter trágico a su muerte. Es Jocasta, no Julieta, la que habita en la morada interior. Fue Gertrudis, no la simple de Ofelia, la que envió a Hamlet al reino de la locura. El núcleo de la tragedia no radica en robar o arrebatar un corazón. Cualquier chica coquetuela puede robar un corazón. Radica en dar, en poner, en añadir, en obsequiar. El robo que pueda hacer Desdémona de la vida o el honor es insignificante frente a un Mordred, al que se le ha robado su propio ser, se le ha arrebatado su alma, se le ha asfixiado y destrozado, mientras su madre vivía triunfal, superfluamente, obsequiándole con un amor sofocante, aparentemente llena de buenas intenciones. Mientras sus hermanos partían para Inglaterra, él fue el único que permaneció con ella durante veinte años, convirtiéndose en su paño de lágrimas vivo. Ahora, que ella ya estaba muerta, él se había convertido en su tumba. Ella existía en él como un vampiro. Cuando se movía, o se sonaba las narices, lo hacía con movimientos de ella. Cuando actuaba lo hacía de forma tan artificial como ella cuando pretendía ser una virgen para el unicornio. El se interesaba por la misma magia cruel, había incluso comenzado a criar perros falderos como ella, aunque siempre habría odiado los de su madre con los mismos amargos celos con los que había odiado a sus amantes.

-¿No se siente cierta frialdad en el aire esta noche? -dijo Mordred.

-Suele hacer frío en febrero.

-Me refería a la excesiva delicadeza de nuestras relaciones personales.

-El Protector, al que mi esposo ha nombrado, será siempre bien recibido por la reina.

-El Protector sí, pero no el bastardo del rey, ¿no es cierto?

Ginebra alzó la cabeza y miró directamente a Mordred.

-No entiendo lo que queréis decir, ni por qué venís hablando de ese modo.

La reina no tenía deseos de mostrarse hostil, pero Mordred la estaba obligando a ello. Por otra parte, Ginebra nunca había temido a nadie.

-Estaba pensando en sostener con vos una pequeña conversación acerca de la situación política. Sólo una breve charla -dijo él.

Ginebra se dio cuenta de que había llegado al punto culminante, y ello la debilitó. Tenía demasiada edad para tratar con gentes trastornadas, si bien ella aún no sospechaba que Mordred estuviera loco. Sólo la ironía de su tono la volvía un tanto insegura, pero no estaba dispuesta a entregarse.

-Me gustaría saber qué me queréis decir -manifestó Ginebra.

-Sois muy generosa... Jenny.

Era algo monstruoso. Mordred estaba incluyéndola a ella en una de sus fantasías, sin hablar a una persona determinada, concreta.

-¿Queréis tener la bondad de dirigiros a mí de forma más respetuosa, Mordred? -repuso ella, indignada.

-Desde luego. Debo disculparme si he llegado al límite a donde llegaba Lanzarote.

El sarcasmo obró como un revulsivo. Ginebra irguióse en toda su real estatura, como reina que era, como mujer que había compartido el dominio del mundo durante cincuenta años.

-Me parece -repuso-, que tendríais muchas dificultades para hacer eso.

-Bien, al menos lo he intentado. Claro que siempre habéis tenido un carácter muy fuerte, lo sé... reina Jenny.

-Sir Mordred, si no sabéis comportaros como un caballero, me marcharé de aquí.

-¿Y adonde pensáis ir?

-Iré a cualquier parte, a cualquier sitio donde una mujer con la edad suficiente para ser vuestra madre, pueda verse libre de esta ridiculez.

-Lo difícil es saber dónde os hallaríais a salvo. El proyecto está destinado a fracasar, si tenéis en cuenta que todos se han marchado a Francia, y que yo soy el regente del reino. Claro que podéis iros a Francia... si llegáis.

Ella comprendió, o comenzó a entenderle.

-No sé lo que queréis decir.

-Entonces más vale que le penséis.

-Con vuestro permiso -declaró Ginebra-, voy a llamar a mi dama de compañía.

-Llamadla, pero yo le diré que se marche.

-Ana sólo acepta mis órdenes.

-Lo dudo. Hagamos la prueba.

-Mordred, ¿os marcháis de una vez?

-No, Jenny, quiero quedarme. Pero si os sentáis tranquila durante un minuto y me escucháis, prometo comportarme como un perfecto caballero, como uno de vuestros *preux chevaliers,* a decir verdad.

-No me dejáis otra alternativa.

-Puede ser.

-¿Qué queréis? -inquirió ella, y tomó asiento alisándose la falda con las manos. Estaba acostumbrada a una existencia azarosa.

-Bueno, bueno -dijo Mordred, de buen humor y gozando en medio de su trastorno con su juego del ratón y el gato-. No debemos precipitarnos tanto. Hay que tranquilizarse primero, para que esto no parezca forzado.

-Os escucho, Mordred.

-No, no, llamadme Mordy, o algún otro apodo. Entonces resultará más natural que yo os llame Jenny. Todo se desarrollará más fácilmente, de ese modo.

La reina no contestó.

-Ginebra, ¿tenéis idea de la posición en que os encontráis?

-Mi posición es la de la reina de Inglaterra, como la vuestra es la de Protector.

-Sí, mientras Arturo y Lanzarote luchan entre sí en Francia.

-En efecto.

-Imaginad que tuviera que deciros -dijo Mordred, dando énfasis a sus palabras- que he recibido una carta esta mañana, donde me comunican que Arturo y Lanzarote han muerto.

-Yo no os creería.

-Los dos se dieron muerte el uno al otro durante un combate.

-No es cierto -contestó Ginebra, sin alterarse.

-A decir verdad, no lo es. ¿Cómo lo habéis adivinado?

-De no ser cierto, es una crueldad decirlo. ¿Por qué lo habéis hecho?

-Mucha gente lo hubiese creído, Jenny. Espero que sean muchos los que lo crean.

-¿Por qué iban a creerlo? -inquirió Ginebra, antes de darse cuenta de lo que él quería decir. Entonces miró a Mordred y contuvo el aliento. Por vez primera comenzaba a sentir miedo, pero era por Arturo.

-No querréis decir...

-Sí, puedo hacerlo -dijo Mordred, alegremente-. ¿Qué os parece que ocurrirá si anuncio la muerte del pobre Arturo?

-Mordred, no iréis a hacer semejante cosa. Están vivos... Les debéis cuanto sois... El rey os hizo vuestro sucesor... ¡No puedo creer eso de vos! Arturo os ha tratado siempre con toda justicia.

-Arturo nunca me trató con benevolencia. Eso es algo que hace con la gente para divertirse.

-¡Pero si es vuestro padre!

-Yo no le pedí que me trajera al mundo. Imagino que lo hizo también por distraerse.

-Comprendo.

Ginebra volvió a sentarse, retorciendo entre las manos la tela que estaba cosiendo, y procurando pensar.

-¿Por qué odiáis tanto a mi marido? -preguntó ella, casi suplicando.

-No le odio, le desprecio.

-El no sabía -aseguró Ginebra, suavemente- que vuestra madre era su hermana, cuando aquello ocurrió.

-Y debo suponer que tampoco sabía que yo era su hijo cuando me abandonó en el barco, ¿verdad?

-Tenía entonces apenas diecinueve años, Mordred. Le habían asustado con las profecías, e hizo lo que le mandaban.

-Mi madre era una buena mujer hasta que conoció al rey Arturo. Tenía un hogar feliz con Lot de Orkney, y le dio cuatro hijos valientes. ¿Qué ocurrió después, lo sabéis?

-¡Pero si Morgause le doblaba la edad a Arturo! Cualquiera pensaría...

Mordred la interrumpió alzando una mano.

-Estáis hablando de mi madre.

-Lo siento de verdad, Mordred, pero lo cierto es...

-Yo quería a mi madre.

-Mordred...

-El rey Arturo abusó de una mujer que era fiel a su marido. Cuando la dejó, la había convertido en una disoluta, que terminó su vida desnuda en una cama, con sir Lamorak, muerta a manos de su propio hijo.

-Mordred, no debierais decir eso... Creed que Arturo lamenta cuanto ocurrió. El os quiere. Justamente me decía lo que os apreciaba uno o dos días antes de que comenzase esta pesadilla...

-Puede guardarse su cariño.

-Se ha mostrado siempre justo -dijo Ginebra.

-¡El noble y justo rey! Sí, es fácil ser justo, cuando ya se han hecho las cosas. Es un papel entretenido. ¡Justicia! También puede guardarse eso.

La reina procuró serenarse y dijo suavemente:

-Si os proclamáis rey, vendrán desde Francia a combatiros. Entonces una doble contienda se producirá en Inglaterra. La buena voluntad se habrá terminado.

Mordred sonrió lleno de gozo.

-Resulta increíble -declaró.

Nada podía agregar ella. Por un momento se le pasó por la mente que si se humillaba ante él, si se hincaba sobre sus viejas rodillas suplicando piedad, tal vez consiguiera ablandarle. Pero no serviría de nada, evidentemente. Mordred seguía un derrotero preciso. Hasta su conversación parecía pensada de antemano, y terminaría donde acabase su papel.

-Mordred -dijo la reina, tristemente-, tened compasión de la gente del pueblo, si no la tenéis de Arturo ni de mí.

El hombre hizo bajar al faldero de sus rodillas y sonrió a Ginebra con insana satisfacción. Estiróse mirando hacia ella, pero sin verla.

-Debiera tener piedad de vos, desde luego, ya que no la tengo de Arturo -dijo.

-¿Qué queréis decir?

-Estaba pensando en que la historia se repite, Jenny, sólo eso.

Ella le miró sin hablar.

-En efecto. Mi padre cometió incesto con mi madre. ¿No creéis que habría un precedente, Jenny, si yo me casara con la mujer de mi padre?

CAPITULO XII

En la tienda de campaña de Gawain reinaba la oscuridad, exceptuando un fuego de carbones que despedía un tenue fulgor. La tienda era pobre y raída, comparada con los espléndidos pabellones de los caballeros ingleses. Sobre el duro catre había una manta con los colores de los Orkney, y el único accesorio que por allí se observaba era una botella de agua bendita que Gawain tomaba como medicina y que tenía una etiqueta donde podía leerse: *Optimus egrorum, medicus fin Thomas bonorum,* así como un ramillete de brezo atado al poste. Esos eran los dioses familiares de Gawain.

Este se hallaba tendido boca arriba sobre la manta, en el catre, y estaba sollozando desesperadamente mientras Arturo, sentado a su lado, le acariciaba una mano. Seguramente le había debilitado su herida, pues de otro modo Gawain no hubiese llorado. El anciano rey trataba de consolarle.

-No te aflijas, Gawain -decía Arturo-. Has hecho lo que has podido.

-Es la segunda vez en un mes que me perdona, ¡la segunda vez en un mes!

-Lanzarote siempre ha sido robusto. Los años no parecen transcurrir para él.

-¿Por qué no me mata, entonces? Yo se lo he suplicado. Le dije que si dejaba que me curasen, volvería a combatirle cuando me encontrase bien. ¡Dios santo! -añadió Gawain, lacrimosamente-. ¡Cómo me duele la cabeza!

Arturo repuso, mientras lanzaba un suspiro:

-Es porque recibiste los dos golpes en el mismo sitio. Has tenido mala suerte.

-Eso avergüenza a cualquiera.

-No pienses en ello. Quédate quieto, o volverá a darte fiebre y no podrás luchar en mucho tiempo. Entonces, ¿qué haríamos? Nos sentiríamos perdidos si tú no nos condujeras al combate.

-No soy más que un hombre de paja, Arturo -repuso el escocés-, pero tengo mucho amor propio, y no consigo matar a Lanzarote.

-Los que dicen que no valen son siempre los mejores. Cambiemos de tema y hablemos de algo agradable. De Inglaterra, por ejemplo.

-No volveremos a ver Inglaterra.

-No digas eso. Estaremos allí en primavera. Bueno, si ya casi ha llegado la primavera. La nieve ha dejado de caer hace tiempo, y estoy seguro de que Ginebra estará esperando que florezcan algunas de sus plantas. Es muy buena jardinera.

-La reina siempre fue buena conmigo.

-Mi Ginebra es buena con todo el mundo -dijo el anciano, con orgullo-. Me pregunto qué estará haciendo ahora; disponiéndose a acostarse, seguramente. O tal vez vela hasta tarde, charlando con tu hermano. Es grato pensar que quizá estarían hablando de nosotros hace un momento, o tal vez de las proezas de Gawain, o diciendo ella que le gustaría que su viejo marido regresara a casa.

Gawain se movió inquieto sobre el catre.

-Si Lanzarote odia al clan Orkney -murmuró-, como dice Mordred, ¿por qué perdona al jefe de la casa? Tal vez, en efecto, haya matado a Gareth sin querer.

-Estoy seguro de que fue por error -repuso Arturo-. Si me ayudas, podremos detener la guerra muy pronto. Recuerda que estamos luchando por mantener tu justicia. Si tú lo deseas, nadie estará más contento que yo con poner fin a la contienda.

-Sí, pero juré luchar con él hasta la muerte.

-Has hecho dos buenos intentos.

-Y salí con el rabo entre las piernas las dos veces -repuso Gawain, amargamente-. Lanzarote pudo haber puesto fin a la guerra en dos ocasiones. No, parecería cosa de cobardes llegar a un acuerdo.

-Los más valientes son aquellos a quienes no les importa quedar como cobardes. Recuerda cómo Lanzarote se escondía en Joyous Gard durante varios meses, mientras le cantaban tonadas ofensivas desde afuera.

-No puedo olvidar el rostro de nuestro Gareth.

-Fue algo muy triste para todos nosotros.

Gawain estaba tratando de reflexionar, lo que no era muy habitual en él. Y en esa oscura noche tal empeño resultaba doblemente difícil debido al dolor de cabeza que sentía. Desde el día en que Galahad le produjo la contusión, durante la búsqueda del Santo Grial, Gawain tenía frecuentes dolores de cabeza. Ahora, por desdichada casualidad, Lanzarote le había golpeado en el mismo sitio.

-¿Por qué he de ceder? -dijo-. ¿Por qué me vence? Si pudiera concertar un tercer encuentro, quizá...

-En los campos de Inglaterra -contestó el rey, pensativamente- pronto florecerán las margaritas y las campánulas. Será muy grato obtener la paz.

-Sí, y llegará el tiempo de la cetrería.

El escocés movióse sobre el lecho, recordando, pero el dolor del cráneo le dejó inmovilizado.

-Señor Dios Todopoderoso -agregó-, cómo me late la cabeza...

-¿Quieres que pida que te traigan unos fomentos, o una bebida de leche?

-No, dejadlo estar. No valdría de nada.

-Pobre Gawain. Espero que no tengas ningún hueso quebrado.

-Lo que tengo quebrado es el espíritu. Hablemos de otras cosas.

-No debieras hablar mucho -contestó el rey-. Más vale que me marche y que te deje dormir.

-No, quedaos. No me dejéis solo. Casi me duele más cuando estoy solo.

-El médico ha dicho...

-Al demonio con los médicos. Retened mi mano un momento, y habladme de Inglaterra.

-Mañana debe llegar un correo; entonces podremos saber algo de Inglaterra. Serán los últimas noticias, nos escribirá Mordred y tal vez mi Ginebra.

-Las cartas de Mordred son bastante lúgubres casi siempre -declaró Gawain.

Arturo se apresuró a defenderle.

-Eso es porque no se siente feliz -dijo-. Pero puedes estar seguro de que en su alma hay un profundo cariño. Ginebra siempre afirma que Mordred sentía un gran afecto hacia su madre.

-Sí, quería mucho a nuestra madre.

-Quizá por eso él estaba celoso de ti.

Gawain se sorprendió ante aquel descubrimiento. Era la primera vez que se le ocurría.

-Tal vez por eso dejó que Agravaine la matara -agregó Arturo-, cuando tuvo aquel asunto con Lamorak... Pobre muchacho, no le ha tratado bien la vida.

-Es el único hermano que me queda.

-¿No crees que debieras perdonar a Lanzarote, Gawain? No trato de que eludas tus deberes, pero la justicia debe suavizarse con la piedad...

-Lo haré cuando le tenga a mi merced, no antes -repuso el escocés.

-Bien, tú eres quien debe decidirlo. Creo que aquí viene el médico a decirme que me he quedado demasiado tiempo. Pasad, doctor, pasad...

Pero fue el obispo de Rochester el que entró apresuradamente, cargado de paquetes y empuñando un farol de hierro.

-Ah, erais vos, señor de Rochester. Creíamos que se trataba del médico.

-Buenas noches, majestad. Y buenas noches a vos, también, sir Gawain.

-Buenas noches.

-¿Cómo va esa cabeza hoy?

-Creo que un poco mejor.

-Vaya, son nuevas alentadoras. Yo, por mi parte, también os traigo excelentes noticias. ¡El correo ha llegado adelantado esta vez!

-¡Cartas!

-Una para vos, majestad -dijo el obispo, entregándosela a Arturo-, y bastante larga.

-¿Hay algo para mí? -preguntó Gawain.

-Nada, me temo. Seguramente tendréis más suerte la próxima semana.

Arturo acercó su misiva al farol, y rompió el sello al tiempo que decía:

-Me perdonaréis que la lea, ¿verdad?

-Desde luego. No pueden guardarse ceremonias al recibir noticias de Inglaterra. Cielos, sir Gawain, nunca pensé que algún día podría convertirme en peregrino, y andar callejeando por el extranjero...

El obispo dejó de charlar. Arturo no había hecho movimiento alguno. No enrojeció, ni palideció, ni dejó caer la carta. Pero había algo en su actitud, al leerla, que hizo que los otros le mirasen.

-Majestad...

-No es nada -dijo Arturo, con un ademán-. Disculpadme, son las noticias.

-Esperemos que...

-Dejadme concluir, por favor. Hablad con sir Gawain.

-¿Ocurre algo malo? -preguntó Gawain.

-No, por favor, un momento.

-¿Se trata de Mordred?

-No, no es nada. El médico te ha dicho... Señor obispo, querría hablar con vos afuera, un momento.

Gawain se incorporó sobre el catre y manifestó:

-Decidme lo que ocurre.

-No hay por qué preocuparse. Échate, Gawain, no tardaremos en regresar.

-Si os marcháis sin mí, os seguiré.

-Te dolería más la cabeza.

-¿Qué sucede?

-Nada; sólo que...

-¿Y bien?

-Pues bien -dijo el rey, cediendo súbitamente-, parece ser que Mordred se ha proclamado a sí mismo rey de Inglaterra, bajo el Nuevo Orden que ha implantado.

-¡Mordred!

-Ha dicho a sus Azotadores que los dos habíamos muerto -explicó Arturo, gravemente.

-¡Mordred ha dicho que hemos muerto!

-Sí, y además...

Pero Arturo no era capaz de decirlo.

-¿Qué más?

-Va a casarse con Ginebra.

Se produjo un silencio sepulcral, mientras el obispo acariciaba abstraídamente su crucifijo y Gawain permanecía aferrado al borde de la cama. Luego los dos hablaron casi al mismo tiempo.

-El lord Protector... -dijo el obispo.

-No puede ser cierto. Es una broma. Mi hermano no podría hacer algo semejante.

-Por desgracia es verdad -repuso Arturo, impaciente-. Esta carta es de la propia Ginebra. Sólo el cielo sabe cómo habrá podido enviarla.

-Pero, con la edad de la reina...

-Después de haberse proclamado rey Mordred, le propuso el casamiento. Ella no tenía nadie que la ayudara, y tuvo que aceptar.

-¡Ha aceptado a Mordred!

Gawain se había sentado en el lecho, con los pies en el suelo.

-Tío, dejadme ver la carta.

Cogió Gawain la misiva y comenzó a leerla, inclinándola hacia el farol.

Arturo continuó explicando.

-La reina aceptó la propuesta de Mordred y pidió permiso para ir a Londres, a comprar su vestido de novia. Cuando se encontraba en la ciudad, con unos pocos que le eran fieles, entró en la Torre e hizo cerrar las puertas. Gracias a Dios, se trata de una fortaleza inexpugnable. Ginebra está sitiada en la Torre de Londres, y Mordred emplea un cañón.

-¿Un cañón? -inquirió el obispo de Rochester, asombrado.

-Así es.

Aquello era excesivo para el anciano prelado, que murmuró:

-¡Increíble! Decir que habéis muerto, querer casarse con la reina, y utilizar ese cañón...

-Ahora que empiezan a usar cañones -dijo Arturo-, la Tabla Redonda habrá terminado. Bien, lo cierto es que debemos volver cuanto antes a Inglaterra.

-Usar cañones contra los hombres... -murmuraba Gawain.

-Debemos ir inmediatamente al rescate, majestad. Sir Gawain puede quedarse aquí...

Pero el señor de Orkney ya estaba fuera del lecho.

-Gawain, ¿qué haces? Vuelve a acostarte en seguida -manifestó Arturo.

-Voy con vos, señor.

-Acuéstate, Gawain. Ayudadme, señor de Rochester.

-¡Mi último hermano ha obrado como un traidor!

-Gawain...

-Debo ir... ¡Ah, cielos, mi cabeza!

Gawain se tambaleó con las manos en el vendaje, mientras su sombra se movía grotescamente sobre la lona de la tienda.



CAPITULO XIII



nguish de Irlanda soñó en una ocasión con un viento que soplaba derribando los castillos y ciudades de sus enemigos. Aquel vendaval era algo semejante, y arreciaba sobre el castillo de Benwick con todas sus fuerzas. El ruido que hacía era como el de gigantescas telas de seda al ser desgarradas, como tambores distantes en una batalla, como una infinita serpiente arrastrándose sobre un lecho de hojas y ramas, como un grupo de arpías rugiendo y una manada de lobos aullando. Era un viento que silbaba, palpitaba, retumbaba y ululaba en las chimeneas. Pero, más que nada, daba la sensación de una criatura viviente, de un ser monstruoso, primitivo, que lloraba su condenación. Era el viento de Dante azotando riscos perdidos; un satanás sin infierno, girando en incesantes remolinos.

Sobre el océano occidental, el viento arrasaba la superficie del mar alzando agua de las aguas y arrastrando como espuma. En tierra firme obligaba a los árboles a inclinarse, y los nudosos espinos parecían agruparse unos contra otros lanzando lastimeros quejidos. En las ramas, las aves se enfrentaban con el viento colocando el cuerpo horizontal, convertidas sus garras en pequeñas anclas.

Los halcones de los acantilados aguantaban estoicamente la galerna, con sus plumajes chorreando. Los gansos salvajes batían con las alas contra el tormentoso aire, ganando apenas una yarda por minuto, y sus tumultuosos gritos sólo se oían detrás de ellos, una vez que habían pasado, aunque sólo volaban a unos pocos pies de altura. Los ánades y zarcetas, que volaban alto, con el viento a favor, ya estaban lejos antes de que hubieran llegado.

Por debajo de las puertas del castillo, el penetrante rugir del aire se difundía por los suelos. Ululaba en los conductos de las escaleras de caracol, hacía restallar las persianas de madera, bramaba en las saeteras y estremecía los tapices con gélidas ondulaciones. Las pizarras de los techos salían volando y se estrellaban secamente contra las piedras.

Bors y Bleoberis estaban sentados ante un brillante fuego, al que el áspero viento parecía comunicar la propiedad de arrojar luz sin despedir calor. La fogata parecía también helada, como si fuera una pintura. Sus mentes se hallaban desconcertadas como si sufrieran los embates del viento.

-¿Por qué se habrán marchado tan rápidamente? -inquirió Bors, con tono quejumbroso-. Nunca vi que un asedio fuera levantado tan inopinadamente como éste. Desmantelaron el campamento por la noche, y desaparecieron como si hubieran sido arrastrados por el viento.

-Probablemente recibieron malas noticias. Algo debe de ir mal en Inglaterra.

-Seguramente.

-De haberse decidido a perdonar a Lanzarote habrían enviado un mensaje.

-Sí que resulta extraño marcharse tan de repente, sin la menor explicación.

-¿Crees que pudo haber un alzamiento en Cornualles, en Gales o Irlanda?

-Mientras estén los Antiguos... -convino Bleoberis, sombríamente.

-Quizá no haya sido una revuelta. Tal vez el rey se puso gravemente enfermo, y quiso que le llevaran rápidamente a su país. O quizá fue Gawain. Ese golpe que le dio Lanzarote la segunda vez, seguramente le dejó mal parado.

-Sí, es probable.

Bors atizó la hoguera, e insistió:

-¡Irse así, sin decir una palabra!

-¿Por qué no hace algo Lanzarote?

-¿Qué puede hacer?

-La verdad es que no lo sé.

-El rey le ha desterrado.

-En efecto.

-De modo que no hay solución.

-No obstante -dijo Bleoberis-, preferiría que tomase alguna medida.

Una puerta se abrió produciendo un estampido en la parte baja de las escaleras de la torre. Los tapices se agitaron, el fuego lanzó una bocanada de humo, y la voz de Lanzarote, surgiendo entre el viento, gritó:

-¡Bors! ¡Bleoberis! ¡Demaris!

-¡Aquí estamos!

-¿Dónde?

-¡Aquí arriba!

Cuando la distante puerta se hubo cerrado de nuevo, el silencio volvió a la habitación. Los cortinajes quedaron inmóviles, y al momento se oyó el ruido de los pasos de Lanzarote al ascender las escaleras. El viejo caballero llegaba apresuradamente, trayendo una carta en las manos.

-Bors, Bleoberis, estaba buscándoos. Los aludidos se pusieron en pie.

-Ha llegado una carta de Inglaterra. El barco de los mensajeros fue arrojado contra la costa por la tormenta, cinco millas más arriba. Tenemos que disponer la partida inmediatamente.

-¿A Inglaterra?

-Sí, a Inglaterra, desde luego. He pedido a Lionel que actúe como oficial de transportes, y te pido a ti, Bors, que cuides de los abastecimientos. Aunque tendremos que esperar a que amaine la galerna.

-¿Por qué vamos a Inglaterra? -preguntó Bors.

-Es mejor que nos digas lo que ocurre.

-No hay tiempo para eso -repuso Lanzarote, vagamente-. Os lo diré en el barco. O mejor, aquí tenéis la carta; leedla.

Entregó la misiva a Bors, y se marchó antes de que éste pudiera replicar.

-Lee lo que dice.

-No sé ni siquiera de quién es.

-Tal vez lo diga en la carta.

Lanzarote reapareció antes que hubieran llevado sus investigaciones más allá de la fecha.

-Ah, Bleoberis, olvidaba decírtelo -manifestó Lanzarote-. Desearía que te cuidaras de los caballos. A ver, entregadme esa carta. Si comenzáis a deletrearla, os vais a pasar con ella toda la noche.

-¿Qué dice en ella?

-La mayor parte de las noticias llegaron por medio de un mensajero. Parece ser que Mordred se ha rebelado contra Arturo, proclamándose rey de Inglaterra, y que quiere casarse con Ginebra.

-¡Pero si es una mujer casada! -protestó Bleoberis.

-Luego, según parece, Mordred organizó un ejército en Kent para oponerse al desembarco del rey. Ha divulgado la noticia de que Arturo estaba muerto, y está sitiando a la reina en la Torre de Londres empleando un cañón. Por todo ello Arturo ha levantado el campamento que nos cercaba.

-¡Un cañón!

-Arturo llegó ya a Dover, donde se celebró una dura batalla, mitad en el mar y mitad en tierra. El rey ganó y pudo desembarcar sus fuerzas.

-¿Quién ha escrito la carta?

Lanzarote se sentó de improviso y dijo:

-Es de Gawain, del pobre Gawain. Me han dicho que ha muerto.

-¡Gawain muerto!

-Es una carta terrible. Gawain era un buen hombre. Todos los que me forzabais a combatirle, no podíais comprender el buen fondo que tenía.

-Lee la carta, por favor -sugirió Bors, impaciente.

-Parece ser que la herida que le produje en la cabeza era grave. Nunca debió emprender el viaje, pero se sentía sumamente afligido por haber sido traicionado así por Mordred, el último hermano que le quedaba. Insistió en acompañar al rey, y al desembarcar tomó parte en la batalla. Recibió de nuevo un golpe en la vieja herida, y murió pocas horas después.

-No veo la razón de que eso te aflija.

-Escuchad lo que dice la carta.

Lanzarote se acercó hasta la ventana y permaneció un momento en silencio, observando la misiva. Había algo de conmovedor en ella, por ser la caligrafía tan diferente de su autor. Gawain, en efecto, no era lo que podría decirse un intelectual. Realmente, no hubiera sido extraño que fuese analfabeto, como tantos otros caballeros de la época. En vez de las agudas letras góticas entonces en uso, Gawain utilizaba las hermosas minúsculas gaélicas que había aprendido de un viejo santón de Dunlothian. Aunque escribiera muy raramente desde entonces, había retenido su belleza en este arte. Era como la caligrafía de una solterona o de un muchacho que traza las letras sacando la punta de la lengua. Aún conservaba la inocencia de los años jóvenes.

«A sir Lanzarote, flor de los más nobles caballeros que viera u oyera en mis días: Yo, sir Gawain, hijo del rey Lot de Orkney, hijo de la hermana del noble rey Arturo, os envío mis saludos.

»Deseo que todo el mundo sepa que yo, sir Gawain, caballero de la Tabla Redonda, he merecido morir en vuestras manos. Por

consiguiente, os ruego, sir Lanzarote, que volváis de nuevo a este reino, que acudáis a mi tumba y recéis alguna plegaria por mi alma.

»El mismo día en que escribo esta misiva, he sido herido mortalmente en la vieja herida que recibí de vuestras manos, sir Lanzarote. Hombre más noble no podía nunca haber sido causa de mi muerte.

»También, sir Lanzarote, por todo el afecto que hubo entre nosotros...»

Lanzarote dejó de leer y arrojó la carta sobre la mesa, al tiempo que decía:

-No puedo seguir leyendo. Me pide que vuelva rápidamente para ayudar al rey contra Mordred, su último hermano vivo. Gawain quería profundamente a su familia, y al fin quedó sin nadie. Por último ha escrito para perdonarme. Incluso ha reconocido tener él la culpa. Dios sabe bien que era un hombre recto.

-¿Qué haremos en favor del rey?

-Debemos regresar tan pronto como podamos. Mordred se ha retirado a Canterbury, donde prepara una batalla decisiva. Puede que se esté luchando en estos momentos, pues las noticias llegaron retrasadas debido a la tormenta. Todo depende de la rapidez con que volvamos.

-Iré a preparar los caballos -dijo Bleoberis-. ¿Cuándo partimos?

-Mañana, esta noche, ahora mismo. Quiero decir, en cuanto el viento amaine un poco. Daos prisa, por lo tanto.

-Está bien.

-Y tú, Bors, encárgate de las vituallas.

-Sí.

Lanzarote siguió a Bleoberis hacia las escaleras, pero al llegar a la puerta volvióse hacia Bors.

-La reina está cercada -dijo-. Debemos liberarla.

-Desde luego.

Bors se quedó solo en la estancia y recogió la carta con curiosidad. La colocó bajo la débil luz y admiró la *zeta* parecida a una *ge,* la curvada *be y* la sinuosa *te.* Deletreó el final de la misiva, moviendo los labios mientras el viento seguía aullando en la chimenea.

«Y *en esta fecha ha sido escrita mi carta, pocas horas antes de mi muerte. Escribo por mi propia mano, y firmo con una parte de la sangre de mi corazón.*

»Gawain de Orkney.»

Bors deletreó el nombre dos veces, y observó que la firma tenía un color rojizo.

Luego depositó la carta sobre la mesa, se dirigió hacia la amenazadora ventana y comenzó a canturrear una tonada que se llamaba «Bruma, bruma en la colina», y cuyas palabras se perdieron en los tiempos. Tal vez eran como en otras menos antiguas que dicen:

Aún la sangre es fuerte y el corazón es de las Tierras Altas. Y en sueños contemplamos nuestras Hébridas.



CAPITULO XIV



El mismo viento de tristeza soplaba en torno al pabellón circular del rey, en Salisbury. Dentro reinaba una gran calma, comparada con el torbellino del exterior. Los tapices reales contribuían a dar un aspecto suntuoso al ambiente, y en ellos aún se veía a Uriah en el momento en que le cercenaban en dos partes. El lecho se hallaba cubierto de pieles que brillaban a la luz de los candiles. Sobre un estante, más atrás, se veían los rollos con el correo del rey.

Un halcón mal educado, que tenía la costumbre de chillar, se alzaba encapuchado e inmóvil sobre una percha, como un vulgar loro, rumiando alguna ancestral pesadilla. Un galgo tan blanco como el marfil, acostado sobre las patas y con la cola curvada como suelen ponerla esos canes, observaba al anciano rey con mirada llena de compasión. Junto al lecho se hallaba un soberbio tablero de ajedrez cuyas piezas habían quedado en posición de jaque mate. Había papeles por todas partes. Cubrían la mesa del secretario, el atril de lectura y los taburetes. Eran temibles edictos de gobierno, leyes aún por codificar, actas del comisariado y de armamento, y órdenes del día.

Veíase abierta una gran carpeta y un documento donde se notificaba acerca de cierto malvado delincuente, William Lane, que fuera condenado a la horca, *suspendatur,* por saqueador. Al margen, y con su prolija caligrafía, el secretario había anotado el lacónico epitafio «susp.», adecuado al tono de la tragedia. Cubriendo el escritorio había grandes montones de peticiones y memorándums -todos anotados con las decisiones del rey y con su firma- en los que el soberano daba su consentimiento. Había escrito trabajosamente *Le roy le veult.* Las peticiones rechazadas estaban anotadas con la evasiva nota que utilizaba la monarquía: *Le roy s'advisera.* El escritorio de lectura y su asiento estaban hechos de una sola pieza, y allí se encontraba el rey. Tenía la cabeza apoyada sobre los papeles, como si estuviera muerto, y en realidad casi lo estaba.

Arturo se hallaba exhausto. Las dos batallas que había sostenido anteriormente le habían dejado agotado. Una se desarrolló en Dover, y la otra en Barham Down. Además, su esposa estaba prisionera, su mejor amigo había sido desterrado y su hijo trataba de darle muerte. Gawain acababa de ser sepultado, la Tabla Redonda estaba dispersa y su patria hallábase en guerra. Y a pesar de ello, hubiera sido capaz de soportarlo todo de no tener el corazón ya destrozado. Mucho tiempo antes, cuando fuera un despierto muchacho llamado Verruga, había sido educado por un benévolo anciano de larga barba blanca. Merlín le enseñó a comprender que el hombre era un ser con defectos, que en general era más bueno que malo, y que no existía una cosa llamada pecado original. Le forjaron como a una herramienta para ayudar al hombre, en la presunción de que éste lo merecía. Fue destinado a luchar contra la fuerza bruta. Su Tabla Redonda, su idea de la Caballería, su Santo Grial, su devoción por la Justicia, habían sido pasos progresivos en el camino para el que fuera

educado. Arturo era como un científico que persigue toda su vida el descubrimiento de las causas del cáncer. Era partidario del poder, siempre que hiciera más felices a los hombres. Pero todo el edificio de sus creencias descansaba en la idea más elemental: que el hombre era bueno.

Al recordar su vida pasada, le pareció que había estado luchando siempre por dominar una riada, la cual volvía a escaparse por algún otro lugar, obligándole a iniciar otra vez el trabajo. Durante los tiempos anteriores a su boda, había tratado de combatir la fuerza con la fuerza -en sus luchas contra la Confederación Gaélica-, hasta que al fin comprendió que no debía perseverar en su error. Pero logró dominar con éxito el sueño feudal de la guerra.

Luego, con su Tabla Redonda, trató de anular a la tiranía en sus formas menores, procurando encauzarla hacia fines útiles. Envió sus caballeros a rescatar a los oprimidos y a reparar injusticias; hizo que los barones depusieran su actitud hostil como lo había logrado con los reyes. Con el correr del tiempo llegó a lograr su objetivo, pero la fuerza siguió entre sus manos sin que la pudiera dominar. Entonces ideó un nuevo modo de encauzar las energías, y envió sus gentes al servicio de Dios, en busca del Santo Grial. También aquello demostró ser un fracaso para él, pues los que alcanzaron la meta llegaron a la perfección y se perdieron para el mundo, en tanto que los que no lograron el objetivo no llegaron a mejorar. Por último trató de codificar las formas del mal, a fin de poder aplicar la justicia impersonal del Estado. Estuvo dispuesto a sacrificar a su esposa y a su mejor amigo en aras de esa Justicia, y entonces, cuando la fuerza del individuo parecía dominada, otro principio de poder surgió bajo la forma de una fuerza colectitiva, de numerosas bandas que no se doblegaban ante la ley del individuo. Había dominado el crimen para enfrentarse de nuevo con la guerra. Para eso ya no disponía de leyes.

Las guerras de los primeros tiempos, las que sostuvo contra Lot y el dictador de Roma, fueron luchas destinadas a combatir el poder feudal. A tal fin creó la idea de la guerra total. En su ancianidad esa guerra total se había convertido en odio total, como en las modernas contiendas.

En ese momento, con la frente descansando sobre los papeles, y con los ojos cerrados, el rey estaba tratando de comprender. Pues si hay algo como el pecado original, si el hombre es en conjunto un ser maligno, en tal caso el propósito de la vida misma sería vano. La Caballería y la Justicia se convirtieron en sus ilusiones más queridas y ahora las veía fracasar.

Detrás de aquellos pensamientos tristes, había otro peor aún. Tal vez el hombre no era bueno ni malo, sino sólo una pieza de un universo insensato; tal vez el valor del hombre no era más que un reflejo ante el peligro; quizá no había virtudes, quizá el Poder bruto era la ley de la Naturaleza, la más adecuada para conservar las especies.

Sintió Arturo como si hubiera algo atrofiado entre sus ojos, donde la base de la nariz se unía con la cara. No podía dormir, tenía malos sueños. Mañana sería la batalla decisiva. Y entretanto tenía todos aquellos papeles para leer y firmar. Pero le resultaba imposible hacer nada de eso. Ni siquiera podía levantar la cabeza del escritorio.

«¿Por qué luchan los hombres?», se dijo.

El anciano siempre fue un pensador laborioso, más que inspirado. Ahora su agotado cerebro iba por los derroteros conocidos, como el asno por el sendero que ha recorrido un millar de veces.

¿Eran los malvados dirigentes los que conducían a los pueblos a la matanza, o eran los pueblos malignos los que elegían sus jefes según su gusto? En realidad, parecía imposible que un jefe pudiera obligar a un millón de ingleses a hacer algo contra su voluntad. Si Mordred hubiera tratado de hacer que los ingleses usaran enaguas o se pusieran cabeza abajo, seguramente no habría logrado que se unieran a su partido, por muy astuto y persuasivo que se hubiera mostrado. Todo dirigente se veía obligado a ofrecer algo que sedujera a los que pretendía atraer. De ser esto cierto, las guerras no eran calamidades a las que eran conducidos los pueblos inocentes por hombres malvados, sino que eran movimientos más profundos y sutiles en su origen. En realidad, Arturo no consideraba que él o Mordred hubieran sumergido al país en aquella desgracia. Si tan fácil era conducir al pueblo en diversas direcciones, ¿por qué había fracasado al querer llevarlo hacia la justicia y la paz? Y ciertamente Arturo lo había intentado.

Después de estos pensamientos, y en un segundo plano, como en el Infierno de Dante, surgía la pregunta de que si Mordred y él no habían puesto en marcha aquella desgraciada circunstancia, ¿quién era el causante de ello? ¿Cómo empezaba el hecho general de la guerra? Pues toda contienda parece profundamente enraizada en sus antecedentes. Mordred obró por Morgause, ésta por Uther Pendragon, y Uther por sus antepasados. Parecía como si tras la muerte de Abel a manos de Caín, éste se hubiera apoderado del país, y ahora los partidarios de Abel quisieran recuperar su patrimonio para siempre. Los hombres no habían cesado, siglo tras siglo, de asestar daño por daño, matanza por matanza. Nadie salía beneficiado con eso; por ambas partes resultaban perjudicadas, pero así seguían implacablemente las cosas. La guerra actual podía ser atribuida a Mordred, o a él mismo, pero también se debía a un millón de Azotadores, a Lanzarote, a Ginebra, a Gawain, a todo el mundo. Los que vivían con la espada veíanse forzados a morir por ella. Los errores de Uther y de Caín eran cuestiones que sólo hubieran podido solucionarse de haber sido olvidadas.

Hermanas, madres, abuelas, todo se hallaba enraizado en el pasado. Los actos de una generación podían tener incalculables consecuencias en otra. Parecía como si la única esperanza residiera en no hacer nada, en no desenvainar las espadas por nada, en quedarse quietos. Pero eso hubiera sido tremendo.

¿Qué era el Bien, qué era el Mal? ¿Qué distinguía el Hacer del No hacer? De tener que comenzar de nuevo, se dijo el anciano rey, se encerraría en un monasterio por temor a que el Hacer pudiera ocasionar una tragedia.

La bendición del olvido, eso era lo esencial. Comenzar sin recordar el pasado. No se puede construir el futuro vengando agravios de tiempos ya idos. Sentarse todos como hermanos, y aceptar la paz de Dios. Por desgracia, eso es lo que dicen siempre los hombres después de concluida cada guerra. Siempre aseguran que aquélla será la última, y que todo

marchará a la perfección. Siempre estaban dispuestos a rehacer un nuevo mundo. Pero llegado el momento se comportaban como necios, como chiquillos que pensaran en construirse una cabaña, y que al ponerse a hacerlo se dieran cuenta de que no tenían habilidad para ello.

Los pensamientos del anciano continuaron surgiendo trabajosamente. No le conducirían a ninguna parte; se repetían una y otra vez, pero estaba tan acostumbrado a ellos que no podía evitarlos. Entonces entró en otro círculo.

El lobo hambriento atacaría al ciervo rollizo; el pobre siempre robaría al rico; el siervo haría revoluciones contra los poderosos, y las naciones menos afortunadas lucharían con las que tenían más suerte. Posiblemente las guerras sólo se presentaban entre los que tenían y los que no tenían. Pensando en esto, había que enfrentarse con el hecho de que nadie podía definir el estado de «poseer». Un caballero en armadura de plata se consideraría un paria en cuanto viese a otro con armadura de oro.

«Pero pensemos por un momento -se dijo Arturo- que 'poseer', defínaselo como se quiera, pueda suponer el punto crucial del problema.»

«Yo tengo -pensó- y Mordred no tiene.» Arturo se mostró disconforme, diciéndose que no era justo presentar el problema tan simplificadamente, como si Mordred y él fueran los causantes de cuanto sucedía. «En realidad -continuó diciéndose-, no somos más que expresiones de unas fuerzas complejas que parecen actuar en una dirección determinada. Mordred se ve arrastrado ahora, casi sin querer, por un numeroso grupo de gentes que creen en John Ball. Imagina que obtendrá el poder sobre esa masa asegurándoles que todos son iguales. Todo parece venir desde abajo.

»Pero dejemos eso -decidió su mente-. Supongamos que la guerra se debe al 'poseer'. En tal caso, lo adecuado sería negarse a tener nada. Ese, como el obispo de Rochester había señalado, era el consejo de Dios. Existe el precedente del rico y el ojo de la aguja, y de los mercaderes del Templo. Por eso la Iglesia no podía mezclarse demasiado en los tristes asuntos del mundo, como aseguraba el obispo, porque las naciones, las clases y los individuos siempre gritaban 'mío, mío', cuando la Iglesia debía enseñar a decir 'nuestro'.»

De ser esto cierto, no sería sólo un problema de repartir la propiedad. Debería compartirse todo, hasta las reflexiones, los sentimientos, las vidas. Dios dijo a las personas que debían abstenerse de vivir como individualidades. Tendrían que entrar en la vida como una gota que cae en un río. Dios había dicho que sólo el hombre que depusiera los celos, los fútiles deseos de envidia y posesión, podría morir apaciblemente y entrar en el círculo de los elegidos. Quien quisiera conservar su vida tendría que perderla.

Pero había algo en lo que la venerable cabeza de Arturo no podía mostrarse de acuerdo con la divinidad. Era evidente que un cáncer de matriz podía curarse perfectamente si no había matriz. Las medidas drásticas podían acabar con todo, hasta con la misma vida. El consejo ideal, que nadie era capaz de seguir, era no aconsejar en absoluto. Los consejos de los cielos sobre la Tierra eran inútiles.

Otro círculo comenzó a girar ante Arturo. Tal vez la guerra era debida al temor, a la falta de confianza. Mientras existiera la verdad y la gente la

ocultara, siempre habría algún peligro fuera del individuo. Uno podía decirse la verdad a sí mismo, pero no tenía seguridad respecto a su vecino. Esta incertidumbre debía terminar por hacer del vecino un enemigo. Esa habría sido la explicación que hubiese dado Lanzarote acerca de la guerra. Este solía decir que la posesión más importante del hombre era su palabra de honor. El pobre Lanzarote había roto su propia palabra. De todos modos, pocos hombres la tuvieron tan buena.

Tal vez las guerras ocurrían porque las naciones no tenían confianza en la Palabra. Estaban atemorizadas, y por eso luchaban. Las naciones, a semejanza de las gentes, tenían sentimientos de inferioridad o superioridad, de venganza o de temor. Era un acierto el representar a las naciones como personas.

Sospecha y temor, codicia, resentimiento, todo ello era una parte del mismo problema. Sin embargo, no podía entreverse la solución. Arturo se hallaba demasiado cansado, se sentía demasiado viejo para pensar constructivamente. Sólo era un hombre que tuvo buena voluntad, una persona hecha a esos pensamientos por un excéntrico mago que sentía debilidad por los seres humanos. La justicia fue su última tentativa. Y también fracasó. Estaba acabado.

Pero Arturo demostró que no estaba acabado del todo al levantar ahora la cabeza. Había algo invencible en su corazón, un efluvio de grandeza y sencillez. Irguióse en su asiento y tendió la mano hacia la campanilla.

-Paje -dijo Arturo al chiquillo que llegó corriendo mientras se restregaba los ojos.

-Majestad...

Arturo le miró. Aun en su situación, el rey era capaz de ver a los demás, sobre todo si eran gente joven y buena. Hacía tiempo que no veía a nadie con aspecto más inocente.

-Pobre muchacho -agregó Arturo-. Debieras estar en la cama. Mira, lleva esta nota al obispo. Pero no le despiertes si ya está durmiendo.

-Sí, mi señor.

-Gracias.

Cuando el vivaz muchacho se marchaba, Arturo volvió a llamarle.

-Escucha, paje.

-Sí, mi señor.

-¿Cómo te llamas?

-Tom, majestad -repuso cortésmente el aludido.

-¿Dónde vives?

-Cerca de Warwick, señor.

-Ah, cerca de Warwick.

El anciano parecía estar tratando de imaginar el lugar como si fuera el Paraíso Terrenal o un país descrito por Mandeville.

-Vivo en un sitio llamado Newbold Revell. Es un lugar muy bonito.

-¿Qué edad tienes?

-Cumpliré trece años en noviembre, señor.

-¿Y te he tenido despierto toda la noche?

-No, mi señor. He dormido bastante sobre una de las sillas de montar.

-Tom, de Newbold Revell... -murmuró el rey-. Y dime, Tom, ¿qué piensas hacer mañana durante la batalla?

-Luchar, señor. Tengo un buen arco.

-¿Vas a matar soldados con ese arco?

-Sí, mi señor. Muchos soldados, eso espero.

-¿Y si te matan a ti?

-Entonces habré muerto.

-Claro.

-¿Puedo llevar la carta, ahora?

-No, espera un momento. Deseo hablar un poco con alguien. Tengo las ideas algo confusas.

-¿Os traigo un vaso de vino, señor?

-No, Tom, siéntate y escucha. Quita ese tablero del escabel y toma asiento. ¿Sabes entender bien las cosas cuando te las dicen?

-Sí, señor, soy bueno para comprender.

-¿Podrías entenderme si te pidiera que no lucharas mañana?

-Deseo pelear, señor -repuso el chico, con determinación.

-Sí, todo el mundo quiere luchar, Tom, pero nadie sabe por qué lo hace. Imagina que te pido que no intervengas en el combate, que te lo pido como un favor que puedes hacer al rey. ¿Lo harías en tal caso?

-Haré lo que vos me pidáis, mi señor.

-Escucha, entonces. Quédate aquí un momento y te contaré una historia. Yo soy un hombre muy viejo, Tom, y tú eres muy joven. Cuando a tu vez llegues a anciano, podrás repetir lo que te he contado esta noche. Deseo que lo hagas así. ¿Has comprendido lo que quiero?

-Sí, mi señor, creo que sí.

-Una vez había un rey llamado Arturo, que soy yo. Cuando ascendió al trono de Inglaterra advirtió que todos los reyes y barones estaban luchando entre sí como poseídos, y como peleaban protegidos por sus recias armaduras, prácticamente no había quien les impidiera hacer lo que querían. Llevaban a cabo muy malas acciones porque vivían por el poder. Ahora bien, el rey tuvo una idea, y esa idea fue que el poder debía usarse en favor de la justicia, y no contra ella. Por consiguiente, reunió en torno suyo a los hombres buenos y honrados que conocía, les entregó armaduras y los hizo caballeros después de inculcar en sus mentes aquella idea. Esos fueron los que se sentaron en torno a la mesa de la Orden de la Tabla Redonda. Eran ciento cincuenta caballeros en los mejores días, y el rey Arturo quiso a esa Orden con todo su corazón. Estaba más orgulloso de ella que de su querida esposa. Durante muchos años sus caballeros fueron por ahí matando forajidos, rescatando doncellas y liberando gentes oprimidas. Con ello trataban de instaurar el bien en el mundo. Esa era la idea del rey.

-Me parece que era una buena idea, mi señor.

-Lo era y no lo era, vaya usted a saber.

-¿Qué le ocurrió después al rey? -preguntó interesado el muchacho.

-Por algún motivo que no podía preverse, las cosas salieron mal. La Tabla Redonda se dividió en facciones, comenzó una dura guerra y todos murieron.

El chiquillo interrumpió al rey, lleno de confianza.

-No, no fue así -dijo-. El rey ganó. Mañana venceremos.

Arturo sonrió en silencio y movió la cabeza negativamente. No quería decir más que la verdad.

-Todo el mundo resultó muerto -repitió-, menos cierto paje. Sé bien lo que digo.

-Mi señor...

-Ese paje era el joven Tom, de Newbold Revell, lugar situado junto a Warwick. El viejo rey le había mandado alejarse antes de la batalla. ¿Comprendes?, el rey quiso que alguien quedara con vida para que sobreviviese su antigua idea. Quería que Tom regresara a Newbold Revell, para que se hiciera un hombre de provecho en la paz del condado de Warwick; quería que contase a todo el que le quisiera escuchar la verdad de aquella antigua idea. ¿Crees que podrás hacerlo, Thomas, para complacer al rey?

El chiquillo, con la verdad asomándole a los ojos, respondió:

-Haré cualquier cosa por el rey Arturo.

-Eres un buen muchacho. Y ahora escúchame. No dejes que esas gentes legendarias te confundan. Fui yo quien te habló de la idea, y yo soy el que te ordena que cojas un caballo, que te marches a Warwick en seguida y que no luches con tu arco mañana. ¿Me has comprendido?

-Sí, mi rey Arturo.

-¿Me prometes que tendrás cuidado más adelante? ¿Te acordarás que eres el depositario de una idea y que todo depende de que tú estés vivo?

-Lo recordaré.

-Creo que soy un egoísta al emplearte para ese fin -dijo Arturo.

-Eso es un honor para este pobre paje, mi señor.

-Thomas, mi idea era una especie de vela, como esas de ahí. La llevé durante muchos años conmigo para resguardarla del viento, y a menudo he sentido que oscilaba. Yo te entrego ahora esa llama. ¿No la abandonarás?

-Seguirá ardiendo, señor.

-Así me gusta, Tom. ¿Qué edad me dijiste que tenías?

-Casi trece años.

-Medio siglo más tarde...

-Entregaré esa llama a otras gentes, rey. A gentes inglesas.

-Perfectamente, Tom. Ahora debes marcharte inmediatamente. Toma la mejor yegua que puedas encontrar y galopa hasta el condado de Warwick.

-Galoparé como me habéis ordenado, señor, para que la llama siga ardiendo.

-Muy bien, Tom. Dios te bendiga. Y no te olvides de ir a ver al obispo de Rochester, antes de marcharte.

El chiquillo se arrodilló para besar la mano de su amo, el rey.

-Mi señor de Inglaterra...

Arturo le hizo levantar suavemente y le abrazó.

-Sir Thomas de Warwick -dijo el rey.

Un momento después el muchacho se había marchado.

La tienda se hallaba vacía, pero conservaba su magnífico aspecto. El viento ululaba entre las lonas del pabellón. Mientras aguardaba al obispo,

el anciano permanecía sentado cerca del atril de lectura. Al fin su cabeza fue a reposar sobre los papeles. Los ojos del galgo reflejaban espectralmente la llama de las velas. La artillería de Mordred, que iba a mantenerse activa toda la noche hasta la batalla de la mañana siguiente, comenzó a retumbar en el exterior. El rey, agotado por el esfuerzo, dio rienda suelta a su pena. La lona que cubría la abertura de la tienda se alzó, y Arturo volvió la cabeza hacia el otro lado, deseando que no le vieran, incapaz de hacer nada más. La lona volvió a caer al tiempo que entraba silenciosamente una extraña figura de túnica y capirote puntiagudo.

-¿Merlín?

Pero no había nadie allí. El anciano lo había soñado en una cabezada senil.

-¿Merlín? -insistió.

De nuevo comenzó a pensar, pero ahora todo aparecía tan claro como siempre lo había sido. Recordaba al viejo mago que le educara, que le enseñara a convivir con animalillos. Había algo así como medio millón de especies diferentes de animales, pensó Arturo, de entre las cuales el hombre era sólo una. Por supuesto que el hombre era un animal, pues no era ni vegetal ni mineral. Y Merlín le había enseñado, por medio de animales, cómo gracias a una especie podían llegar a conocerse los problemas de miles de otras especies. Recordó a las belicosas hormigas que luchaban por sus fronteras, y a los pacíficos gansos, que jamás lo hacían. Recordó las lecciones que recibiera del tejón; recordó a la gansa salvaje y la isla que vieron durante su viaje migratorio, donde convivían pacíficamente los pufinos, las alcas y las gaviotas, protegiéndose de la civilización sin luchar entre ellos, porque tampoco tenían fronteras que mantener.

Entonces Arturo vio el problema delante de él tan claramente como si estuviera representado en un mapa. Lo más notable acerca de las guerras era que se luchaba por nada, realmente por nada. Las fronteras no eran más que líneas imaginarias. No existía ninguna línea visible entre Escocia e Inglaterra. La culpa era de la geografía, de la geografía política. Eso era todo. Las naciones no tenían necesidad de poseer el mismo tipo de civilización ni el mismo tipo de dirigentes, como no los tenían ni los pufinos ni las alcas. Todos podían conservar sus propias costumbres, igual que los esquimales y los hotentotes, con tal de que se concedieran unos a otros la libertad de comercio y el libre acceso a todas las zonas del mundo. Los países debían convertirse en condados o provincias, pero provincias que conservaran su propia cultura y las leyes locales. Las líneas imaginarias de la superficie de la tierra deberían eliminarse, puesto que las aves, que habitaban en el aire, las desdeñaban por naturaleza. ¡Qué ridículas le parecieron las fronteras a Lyo-lyok, la gansa salvaje, y le parecerían al hombre, si aprendiese a volar!

El anciano rey sintióse con la mente refrescada, más clara, dispuesto casi a comenzar de nuevo.

Habría un día, tenía que llegar un día, en que él regresara a Gramarye con una nueva Tabla Redonda que no tuviera esquinas -del

mismo modo que el mundo no las tenía-; una Tabla sin límites entre las naciones, las cuales podrían tomar asiento a la mesa para festejar el acontecimiento. La esperanza de llevar a cabo tal empresa descansaba en la cultura. Si podía persuadirse a la gente para que aprendieran a leer y escribir, y no sólo a comer y a amar, aún habría posibilidad de que entrasen en razón.

Pero ya era demasiado tarde para hacer otro esfuerzo. En aquel instante su destino era morir. El de Lanzarote sería recibir la tonsura y el de Ginebra cubrirse con el velo de monja, mientras que Mordred sería asesinado. El destino de este hombre o de aquél no era más que una diminuta gota, por brillante que fuera, en la gran masa azul del mar iluminado por el sol.

Los cañones del adversario seguían retumbando bajo el cielo plomizo de la mañana, cuando su majestad, el rey de Inglaterra, levantóse para enfrentarse al futuro con ánimo sereno.